Jero García

Cola de lagartija



temas de hoy

Table of Contents

Índice

Sinopsis

Un debut narrativo sorprendente. La primera novela de Jero García es un relato extraordinario sobre un niño que, a pesar de tenerlo todo en su contra, es capaz de encontrar su sitio en el mundo.
Todos somos un poco como Cola, el inolvidable protagonista de esta historia, porque todos, en algún momento de la vida, necesitamos ayuda y sentimos la necesidad de tenderle una mano a alguien. Esto es lo más extraordinario: ayudar a otro ser humano. Y no hay nada más bonito que recibir apoyo cuando lo necesitas.
Cola se cayó muchas veces, pero todas consiguió levantarse. Y no solo para estar en pie, sino para seguir peleando. Eso es la vida. Hay que aprender a encajar más que a esquivar, porque no somos el golpe, sino lo que hacemos tras el golpe; no somos la hostia, sino lo que hacemos después de la hostia; no es lo que nos pasa, sino lo que hacemos con lo que nos pasa.

Cola de lagartija

Jero García



Para los que se fueron, pero siguen aquí conmigo: mi padre, su ejemplo es mi luz; Raúl, el barrio no es lo mismo sin ti; Gistau, la cochera abandonada que solo sabe hablar a golpes te echa de menos. Y yo también. ¡Abuelo! Ahora hay en casa un niño con tu nombre. No me olvido, todo esto empezó contigo.

PRÓLOGO
HOLDING OUT FOR A HERO

Tiene algo de arponero que se hubiese batido en Terra Nova. Un no sé qué de viejo lobo de bar, que decía Manuel Alcántara. Gasta esos ojos serenos del que ha visto cosas que nadie debería ver jamás. Cuando gira el cuello a derecha e izquierda para que suene «crac», es que algo está a punto de pasar: una mujer, un consejo, una hostia, un abrazo.

Si tienes un problema serio, *better call Jero*.

Si tienes mucha tontería encima, *better call Jero*.

Si duermes mal, *better call Jero*.

Y si te niegas a levantarte de la cama, también *better call Jero*.

Porque te aseguro que te va a sacar.

La primera vez que entré en su gimnasio, estuve un rato flipando. Porque aquello es una mezcla entre la primera de *Rocky* (los que son buenos) y la cuarta de *Resacón en Las Vegas* (los que vamos con unos kilos de más).

Lo sé porque lo he visto. No es la sangre que restaña allá arriba sobre el ring, sino con la que brega abajo. Tomando un café en el Jema, que es su diván favorito. Una madre cuyo hijo le tiene los brazos llenos de moratones, ¿qué hago, Jero? Un chaval que quiere dejar de consumir, ¿qué hago, Jero? Una chica a la que le destrozaron la vida, ¿qué hago ahora, Jero? Y Jero, escuchando en silencio, dándole vueltas a la cucharilla, con la receta lista, a punto de empezar a mover el cuello a derecha e izquierda.

Ha sido campeón de boxeo. Ha forjado campeones y campeonas. Ha sido hermano mayor y dice que padre pequeño. Ha cosido pollos a mano. Ha puesto copas y se las ha bebido. Ha salvado vidas. Ha prohibido el paso y ha dejado pasar. Ha sido actor con Garci y

presentador de televisión. Ha dejado con la boca abierta a directivos del Ibex. Entre perder un combate y arriesgar a un chaval, siempre elige lo primero.

Si mañana viniera un apocalipsis zombi, creo que sé a quién llamaría. Es mi hermano, qué quieren que les diga.

Y, ahora, esta novela.

Cola de lagartija tiene algo de Huckleberry y del chaval de *El pico*, del *Lazarillo* y de *La leyenda del indomable*, de rodaje de Scorsese en el barrio de Lucero y de cuaderno de notas de Mailer.

Hasta ahora uno sabía cómo pegaba Jero García, pero no cómo escribía. Y viene a hacerlo de un modo parecido: sin mentira.

Aquí la enseñanza impresa es la misma que cada día aplica entre sacos de boxeo, vendas, linimento y guantes: que, en la vida, la felicidad no tiene tanto que ver con las cosas buenas que nos pasan, sino con la gestión que hagamos de las malas.

Este es un libro para los que aman el boxeo y combaten los golpes, para los que tienen hijos y han perdido la brújula, para los que vivieron un terremoto y fueron a refugiarse a una esquina, para todas esas periferias que jamás se creyeron el centro del mundo. Este es un libro —por encima de todo— para los que leen por el mero placer de hacer guantes.

Avisamos: estás a punto de entrar en un gimnasio de tinta y papel. Vas a subirte a un ring. Te vas a poner unos guantes. Te sentirás solo, sudarás, maldecirás el cansancio y el dolor. Recibirás lo tuyo. Volverás a por más en cada página.

Y luego, con el paso del tiempo, frente al espejo, renacido y pleno, celebrarás aquellos golpes que te ahormaron contigo mismo.

Los golpes de Jero. Los que recibió. Los que da. Los que te tienes que ganar a pulso.

Los amigos queremos a Jero porque es de una lealtad palermitana y de una nobleza antigua. Por su nariz rota y por lo tanto ejemplar.

Cuando el tren descarrile, cuando te muestren el cartel de salida, cuando no suene el teléfono, cuando venga la larga noche y todos duden de ti; cuando pase todo eso, decíamos, mira a un lado y haz recuento de los leales. No habrá muchos, pero algo tendrás claro: esos

serán los tuyos.

Es eso lo que nos enseña este libro. O sea, Jero. O sea, Cola. O sea, Fernando. Que «los colegas de hostias lo son para toda la vida».

PEDRO SIMÓN

1

Carabanchel Bajo. 1976.
—Que quiero jugar.
—Que no.
—Pues o juego yo o aquí no juega ni Dios.
—Pero es que no se puede jugar contigo, Cola.
—¿Y por qué no?
—Pues porque no, porque siempre acabas a golpes.
—Quejica.
—¡Pues anda que...!
No acabó la frase. Cola, que a sus seis años manejaba mejor los puños que las palabras, lo tumbó con un directo de izquierda, dio media vuelta y echó a correr como alma que lleva el diablo. Los espectadores de la escena no se hicieron de rogar y empezaron a perseguirlo. Mientras el agraviado, aún confundido, se frotaba la mandíbula y contenía las lágrimas, sus amigos iban ya dispuestos a vengarlo. El chiquillo comprendió que había cometido un terrible fallo de cálculo. Ellos eran muchos y él estaba solo. Vivir en un tercero sin ascensor le había dado buenas piernas, pero aquella vez iba a necesitar más que eso para librarse.
Con la sangre palpitando en las sienes, esquivó un camión. Y luego otro. Su plan era llegar al descampado, perderlos detrás de la montaña de escombros y salir por el otro lado para intentar llegar a casa. Pero al oír la primera piedra supo que era un esfuerzo inútil. La segunda golpeó el suelo cerca de sus pies. La tercera la notó en la cabeza. Casi en la nuca. Gritos de alegría y desbandada general de los perseguidores. Solo en medio de la calle, se echó la mano a la cabeza y notó el calor de la sangre. Su madre lo miró con hastío al abrir la puerta y encontrarse el cuadro. Resignada, lo llevó al practicante del

barrio. La cosa se saldó con varios puntos de sutura y una cicatriz que asomaría toda su vida cuando llevara el pelo corto. No era la primera y tampoco sería la última.

Por algo lo llamaban Cola de lagartija.

2

Cola de lagartija.

Nadie recordaba quién le había puesto ese mote, pero le iba como anillo al dedo.

Tanto, que ya nadie usaba su nombre de pila. Ni siquiera su madre.

Y es que no paraba quieto.

Daba igual lo que hiciera o cuánto lo intentara. Daba igual que lo abroncaran o lo castigaran. Daba igual que su falta de temple le costara a menudo alguna hostia. Era superior a él. Por las mañanas, su madre le atusaba el pelo negro azabache y le hacía salir de casa con los calcetines subidos y la camisa por dentro del pantalón. Pero aquella estampa de niño bueno desaparecía antes de llegar siquiera al colegio.

Porque era puro nervio.

Vivía en alerta permanente. Su cuerpo estaba siempre tenso como la cuerda de un arco. No tenía paciencia con nada ni con nadie. Nunca supo contar hasta diez. Si le daban palmas, bailaba flamenco. Se levantaba de la cama enfadado y así pasaba el día entero, buscando culpables contra quienes descargar su ira. Cuando la cosa iba bien, se desfogaba; cuando iba mal, le tocaba esquivar pedradas. Pero eso le daba igual, porque lo importante en sí era la violencia. El chute de adrenalina de saberse en peligro, que era lo único que lo calmaba.

No entendía cómo lo hacían sus compañeros de clase para estar sentaditos y calladitos mientras la maestra se tiraba el rollo. Cuando él lo intentaba, se le disparaba la cabeza. Y la sensación de tener el cerebro a mil por hora era peor que los golpes. Así que había aprendido que la única forma de conseguir algo de paz era haciendo la guerra. Y eso, en un barrio como el suyo, donde imperaba la ley del más fuerte, tampoco estaba mal del todo.

3

Vivía muy cerca del parque de San Isidro. En un edificio de tres plantas que era casi un rascacielos en aquel barrio de casas bajas. Las calles sin asfaltar que lo rodeaban, con sus adoquines, sus montañas de escombros, sus camiones aparcados en cada esquina y sus farolas rotas constituían su territorio. A finales de los setenta, Carabanchel Bajo era un paisaje en construcción. Un barrio donde todos se conocían y la mayoría había llegado en busca de trabajo y un futuro mejor. Como Pedro, el padre de Cola, un segoviano que llevaba años haciendo más horas que un reloj para sacar a la familia adelante. Un hombre gris que madrugaba más que nadie y volvía a casa cuando ya era de noche. Siempre demasiado cansado para hacer nada aparte de comer algo y caer rendido en la cama.

Para el niño, su padre era una presencia borrosa, casi fantasmal. Nada que ver con su abuelo Gabriel, el padre de su madre, con quien solía pasar los fines de semana en su casa de El Pardo. Admiraba a su abuelo más que a nadie. Él era el único que le entendía. El único con quien se podía hablar. El único que siempre estaba a su lado. Para lo bueno y para lo malo. Para los piropos y las broncas. Para darle regalos y decirle que no. Los ratos que pasaba con él suponían el mejor momento de la semana. En el comedor de su casa, se sentía en paz. Su talante callado y retraído se aflojaba en presencia del abuelo. Con él sí que hablaba, pero, sobre todo, le escuchaba. El abuelo era su faro.

Una de sus actividades preferidas consistía en sentarse frente al televisor, las piernas bajo los faldones del brasero, a ver combates de boxeo. El abuelo era un gran aficionado al Noble Arte y le gustaba compartir aquella pasión con su nieto. Quizá por eso se le daba tan bien al chiquillo lo de pegar y dar el paso atrás. No era casualidad ni

instinto, sino más bien observación.

Cola recordaba con total claridad la primera vez que había visto un combate en vivo. Tenía cinco años. Eran las fiestas patronales, y en la plaza de El Pardo se había instalado un cuadrilátero de doce cuerdas. De la mano de su abuelo, no había podido apartar sus ojos claros de aquellos hombres sin camiseta que, bajo los focos, sobre la tarima brava, con la piel empapada en sudor y las manos enguantadas, se enfrentaban por un poco de gloria. Tipos rudos y manchados de sangre, superhéroes de barrio, dioses de un Olimpo terrenal y alcanzable.

Aquella imagen quedó grabada a fuego en el cerebro del crío.

Él aún no lo sabía, pero su suerte estaba echada.

4

Tras el incidente de la pedrada, decidió que quería un hermano. Cansado de ir por la vida él solo contra todos pensó, con infalible lógica infantil, que un hermano estaría siempre de su lado. Que serían como Batman y Robin. Que así tendría siempre a alguien en su esquina, como en los combates de boxeo. Y, dicho y hecho, empezó a pedirlo. Día y noche. Sin descanso. Dedicando a la empresa toda su energía, que no era poca. Y debió de ser muy pesado, porque al cabo de unos meses la barriga de su madre empezó a crecer.

Misión cumplida.

Aunque, claro, nueve meses son muchos cuando la impaciencia te devora. Y si Cola no sabía estarse quieto, el embarazo le puso aún más las pilas. Si siempre fue un culo inquieto, aquellos meses se convirtió en un ciclón.

—¿Cuánto falta?

Y quizá por eso, un mes antes de la fecha prevista para el parto, saliendo de casa con su madre, tropezó y cayó por la escalera. Una escalera que no superaría ninguna inspección técnica actual, larguísima y empinada, con un solo tramo desde el portal hasta el tercero. Tras unos segundos que a la madre le parecieron horas, el cuerpo de Cola aterrizó de bruces en el portal, magullado, sí, pero sorprendentemente ileso. Acostumbrado a los golpes, el futuro hermano mayor se levantó como si nada, sin derramar ni una lágrima, que él no era de esos. Pero la ausencia de heridas o fracturas no le ahorró el susto a la pobre Carmen, que al poco se puso de parto y achacó el adelanto al maldito episodio. Y ser prematuro en el 76 no era ninguna broma.

Roberto, el tan ansiado hermano, nació con problemas de salud y hubo que operarlo antes de cumplir un año. La cicatriz sobre aquel

cuerpo minúsculo impresionaba más que cualquiera de las que decoraban el cuerpo del primogénito, que empezó a notar un cambio en su madre. De repente, Carmen solo tenía ojos para el pequeño, el frágil, la pobre víctima inocente, y trataba al mayor con desdén y hartazgo, como si fuera el origen de todos los males, la fuente de todas las desdichas. Y, encima, aquel renacuajo insoportable no podía jugar, ni salir a la calle, ni ser su Robin. Solo lloraba, cagaba y dormía. Menudo negocio. Había perdido a su madre y ni siquiera había ganado un aliado.

La culpa siempre es jodida, pero a los seis años es puro veneno.

5

Su madre no era la única que lo había dado por perdido. En el colegio, sus maestras pensaban un poco igual. Aunque se trataba de un centro concertado, también era muy modesto, como todo en el barrio. El uniforme obligatorio, jersey verde y pantalón gris, no lograba ocultar que casi todos los chicos venían de familias humildes. Las suelas gastadas y los remiendos los delataban. El edificio tampoco era nada del otro mundo, y algunas aulas estaban divididas por puertas correderas para acoger a dos grupos.

Cola pasó todo tercero de EGB en una de esas. Su grupo, el A, ocupaba el espacio más cercano a la puerta que daba al pasillo, mientras que el B ocupaba el espacio interior, y debía desfilar por el aula del A para salir siempre que acababan antes la clase.

A él aquello lo sacaba de quicio. No soportaba ver pasar a los del B con aquella sonrisa pícara de quien sabe que está dando envidia. Y, encima, su pupitre estaba precisamente en la zona de paso, por lo que sus compañeros, que sabían que tenía poca mecha, no escatimaban en burlas. Aquello era una insolencia, una falta de respeto intolerable. Alguien debía pagar. Y él sabía quién era la culpable: la señorita del B.

La idea se instaló en su cabeza y empezó a madurar. Los días eran largos y él pasaba las horas dándole vueltas a aquella afrenta. Masticándola. Cabreándose. Pensando en una venganza acorde al desprecio. Con la ira acumulándose en su cuerpo. Tenía que hacer algo. No podía no hacerlo. Y un día estalló.

Al pasar la maestra cerrando la fila de compañeros camino del pasillo, Cola, cual defensa leñero en el área grande, le hizo un penalti de manual. La pobre mujer cayó al suelo como un saco y el aula entera soltó un respingo que se oyó en todo el barrio. Tras unos segundos de desconcierto, la maestra se levantó dignamente del suelo, apretó la

mandíbula y, sin inmutarse, agarró al pequeño gamberro de la pechera y le soltó cuatro sopapos como cuatro soles. Acostumbrado a los puñetazos y las peleas de descampado, aquellas bofetadas a mano abierta lo hirieron en lo más hondo. Prefería mil veces un ojo morado que aquella humillación. Y encima delante de todos.

El incidente le costó, cómo no, una expulsión. Su madre, curada de espantos, le dedicó una mirada ausente cuando llegó a casa.

—Tienes que aprender a controlarte, hijo.

Él se encogió de hombros y pasó de largo.

Ojalá fuera tan fácil.

6

El padre de Cola era un hombre orquesta, que compaginaba distintos empleos para que la familia llegara a fin de mes. Entre semana, conducía cualquier cosa con volante y cuatro ruedas: coches, camiones, furgonetas, taxis, lo que hiciera falta. Los fines de semana, en cambio, tocaba estar detrás de una barra, una de ellas en el Palacio de los Deportes, sirviendo cañas en conciertos, partidos de baloncesto, convenciones y veladas de boxeo.

Y eso último, que solía ser los viernes por la tarde, era una excusa perfecta para que su hijo fuera a hacerle una visita. Al llegar, saludaba a los de la puerta con un gesto y corría escaleras arriba hacia las gradas. Le encantaba saborear el ambiente del pabellón durante los combates. El humo de los habanos se elevaba hacia el techo de madera y filtraba la luz amarillenta de la lámpara gigantesca que colgaba sobre el ring.

Todo tenía un aspecto mágico, casi irreal.

Tras contemplar la escena un segundo, iba corriendo a abrazar a su padre. Su relación no era la que tenía con el abuelo, más que nada porque el viejo no paraba en casa, pero le quería. O, más bien, le admiraba. Porque sabía que era un currante y aun a tan corta edad entendía su sacrificio. Después, regresaba a la grada y fijaba su vista y su atención en los boxeadores. Él, que nunca paraba quieto, que no sabía estar sentado, se quedaba hipnotizado con aquellos hombres que se jugaban la vida en la tarima brava y agradecía poder asistir en vivo a aquellas peleas.

7

1980 trajo consigo novedades al barrio. Y no precisamente buenas. La heroína, una nueva droga que lo destrozaba todo a su paso, había entrado en escena y Carabanchel Bajo había quedado enclaustrado entre dos de sus mayores mercados: el del cerro de la Mica y el del camino alto de San Isidro. Así, los senderos adoquinados del barrio se convirtieron en zona de paso obligado para los enfermos que perseguían su dosis. Yonquis en busca de su placentero sueño. Zombis que convertían el barrio en un infierno de cucharillas quemadas y jeringas sucias. Su caminar triste y lento no despertaba lástima, sino miedo. Porque la trashumancia continua de toxicómanos estaba irremediablemente unida al peligro de la delincuencia. Vivir entre cruces de puñales en portales no es lo mejor para nadie, menos para un niño, pero Cola y sus vecinos tuvieron que acostumbrarse.

Aquel verano de sus diez años, cuando todo empezó, quedaría grabado para siempre en su memoria. El calor comenzaba a apretar y él estaba echando la mañana en un descampado, jugando al fútbol con otros críos. Al verlo su madre, que volvía cargada del mercado de San Isidro, le dio una voz y le mandó subir a casa las bolsas de fruta y carne. Él refunfuñó y se quejó, pero acudió enseguida. Para ahorrarse la bronca pero, sobre todo, para poder volver cuanto antes al partido.

—Tú quédate aquí —le dijo a su hermano, que con cuatro años se había convertido en su sombra.

Después, sin levantar la vista, agarró las bolsas de manos de su madre con un gruñido y se dispuso a seguirla. Ella, liberada de la carga, apretó el paso, entró en el portal antes que él y empezó a subir. Al llegar a su rellano, dio un grito desgarrador y Cola empezó a saltar los escalones de tres en tres. Al llegar al tercero, lo entendió todo. La puerta de su casa estaba abierta, forzada. La escena era terrible. El

piso estaba destrozado: jarrones, televisor, juguetes, incluso la ropa, todo por el suelo, revuelto y pisoteado. Quienquiera que hubiera entrado buscaba efectivo, cosas pequeñas que vender, lo que fuera para costearse el siguiente pico. Aquella mañana les había tocado a ellos.

Cola nunca había visto llorar a su madre, ni siquiera cuando había nacido su hermano. Estaba rota, rendida, cansada, frustrada. Él, aún con las bolsas en la mano, no supo si entrar o consolarla. Aunque lo que de verdad le pedía el cuerpo era liarse a hostias con alguien, ¿pero contra quién? Allí ya no había nadie.

—Vamos, mamá.

Su madre, como recordando de repente que no estaba sola, alzó la vista, se secó las lágrimas y entró en su hogar con paso firme. Él no pudo evitar pensar que aquella maldita escalera no le daba más que disgustos.

8

Cuando no estaba en clase, Cola pasaba el tiempo jugando al fútbol en el descampado. Y es que la adrenalina de aquellos partidos era un bálsamo para él. Porque aquello, más que fútbol, era un deporte de riesgo. El suelo desnivelado, los escombros y los camiones aparcados en mitad del paso aportaban un plus de peligrosidad que a él le daba la vida. Allí, los regates se hacían bajo los volquetes. Driblar al rival y al camión era lo mismo y, si algún chaval se descuidaba y subía la cabeza antes de tiempo, el golpe con el amasijo de hierros lo mandaba o bien a ponerse puntos o bien a la fuente para intentar aliviar el enorme chichón. Un peligro controlado que los distraía del panorama desolador que los rodeaba.

Aunque no del todo. Porque, para bien o para mal, todo se pega. Y criarse rodeado de la economía de guerra que generan las drogas, el menudeo y los hurtos hace que los niños empiecen a manejar dinero muy pronto, quizá demasiado. Y los críos asalvajados con los que alternaba Cola, los mismos que se pasaban el día esquivando camiones tras un balón en descampados, se dejaron encandilar enseguida por los cantos de sirena del capitalismo. ¿Y cómo iban a sacarse las primeras perras? Pues con el fútbol, claro.

Así, ni cortos ni perezosos, con una mezcla de arrojo e inconsciencia, decidieron emprender, una vez a la semana, el camino al Vicente Calderón, la única catedral donde todos rezaban. Les separaba del estadio un parque, el Manzanares y la M-30, que en aquel entonces no tenía pasos subterráneos, sino semáforos eternos. Media hora buena de trayecto con todos los peligros que uno pueda imaginar. Aunque eso a ellos les daba igual. Una vez allí, ponían su mejor sonrisa de niños buenos y esperaban a que saliera alguien del club a repartir fotografías de los jugadores. Porque lo típico en los ochenta era pedir autógrafos,

y los clubes, para evitar que la gente se amontonara en las puertas, solían regalarlos, ya impresos, sobre fotografías promocionales. Aunque aquello, por supuesto, no servía de nada, porque todo el mundo intentaba igualmente obtener la firma de puño y letra. Faltaría más. Los chavales podían pasar horas esperando. A veces conseguían las firmas y, a veces, no.

Aquellas largas esperas ponían a prueba la paciencia de Cola, que no tardó en dar con una forma de mejorar aquel sistema. Al fin y al cabo, si había sido capaz de aprender a imitar la firma de su padre, bien podía hacer lo mismo con la de Marcelino o Arteche. Todo era ponerse. Y así fue como, al poco, su buena muñeca y su maña no solo lo librarían de más de una bronca en casa, sino que también le reportarían unos cuantos duros. Porque, como es obvio, los chavales no cruzaban la M-30 por gusto, sino para comerciar con las fotos. Y no valía lo mismo una con la firma impresa que con la original. Así que Cola aprendió enseguida a aportar «valor añadido» a los botines que obtenían en la puerta del Calderón. Y así, peseta a peseta, casi podría decirse que empezó a sacarse un salario mucho antes de acabar la educación obligatoria. Lo que hoy en día llamarían un emprendedor.

Los cromos del deporte rey eran otra buena fuente de ingresos. Aquellos benditos retratos en miniatura que se vendían en sobres en los quioscos siempre iban muy buscados en los patios de los colegios, sobre todo los de las grandes estrellas y los últimos fichajes. Y, como en la bolsa, su cotización era variable: cuanto más raro o escaso fuera un cromo, mejor se pagaba, y si lo llevabas el domingo al Rastro, el precio se multiplicaba, que por algo el mercadillo estaba en el centro de Madrid.

Conseguirlos no era tarea sencilla. Pero él y sus vecinos tenían cierta ventaja. Así, con la excusa de cambiar cromos, salían del barrio e iban a otros en busca de chicos que aceptaran hacer trueque. Y cuando aquellos pobres inocentes empezaban a enseñarles sus posesiones, bastaba que una mano rápida golpeara el taco para que todos se desparramaran por el suelo y los compinches se lanzaran a pillarlos con la esperanza de cazar alguno de los raros. Después, unas buenas piernas para la carrera o unos buenos puños para zanjar cualquier

discusión bastaban para cerrar el trato.

Y en el colegio, lo mismo. Con la diferencia de que allí ni siquiera tenían que molestarse en salir corriendo. Si algún niño se quejaba de que le habían robado los cromos, se le aplicaba una colleja y punto en boca. Que la ley de la calle mandaba también en el patio: el esto es así porque lo digo yo y como te quejes aún te vas a llevar una hostia era el pan nuestro de cada día. Allí no se hacían prisioneros. O dabas o te daban.

Y eso Cola lo tenía clarísimo.

9

A sus casi doce años, Cola sabía que los chavales con los que jugaba al fútbol o cambiaba cromos no eran sus amigos. Que solo le dejaban ir con ellos porque tenía carácter y sabía partirse la cara si hacía falta.

Y a él le parecía bien.

Entendía la vida como una guerra eterna en la que no te podías relajar ni un minuto: si te descuidabas, perdías; si te faltaban al respeto una sola vez, estabas muerto.

Lo había aprendido en la calle, claro, porque en su barrio la violencia era estructural, pero había algo más. De muy niño, la furia había sido sobre todo su reacción frente a un mundo que no entendía, su forma de expresarse y reclamar su espacio, pero con el paso de los años había empezado a disfrutarla.

Era como un subidón.

Su pulso se aceleraba, sentía como una presión en el pecho y, de repente, el mundo frenaba. Cuanto más subida de tono era la pelea, más centrado se sentía. Cuanta más violencia y peligro, más paz. Por eso, cuanto más enfadado con el mundo estaba, cuanta más tristeza sentía, más broncas necesitaba.

Porque eran su gasolina.

Todo el barrio sabía que Cola tenía un carácter de mil demonios. Que no dudaba en gritar, insultar o partirte la cara si hacía falta. Que aunque no levantara un palmo del suelo, le daba igual quien fueras y le sobraban los motivos. Cromos, dinero, palabras, chuches, bocadillos y hasta un mal gesto, cualquier excusa era buena para un enfrentamiento. En el patio del colegio y en el descampado, los demás niños sabían que era mejor estar con él que contra él. Porque si estabas en su bando, su lealtad era férrea, pero si no, podías prepararte para sufrir. Muchos compañeros del colegio lo temían. Se

escondían de él, procuraban no llevarle la contraria y pasar desapercibidos.

Cola confundía aquel miedo con respeto.

Cuanto más cabrón era, más poderoso se sentía y cada vez necesitaba más. Seguía siendo un chaval de pocas palabras, solitario y arisco, pero había entendido que la violencia necesita público y la tiranía, aplausos.

Y había aprendido a ganárselos.

10

Un día, Cola y sus compañeros tuvieron que asumir que el descampado sembrado de camiones que había sido su Maracaná durante años se les había quedado pequeño. Con doce años cumplidos, cada día chutaban más fuerte, y rara era la tarde que no rompían una ventana o tiraban una maceta. Por eso los vecinos respiraron aliviados cuando los chavales decidieron empezar a ir al campo del Tercio y Terol, que estaba entre la Colonia del Tercio y el parque de San Isidro, donde jugaban y entrenaban cuatro equipos federados: el Tercio, el River Plate, el Fontanes y el Toboso.

Aunque sobre el papel podría parecer que sus vidas mejoraron, lo cierto es que no tanto. Para empezar, el terreno de juego no era ninguna maravilla; estrecho y corto, cualquier portero con buena pegada podía hacer llegar el balón al área contraria de un solo golpe, lo que quitaba mucha emoción a los partidos. Y, encima, casi siempre estaba ocupado por los federados o por chicos más mayores, que no dudaban en mandarlos a la calle de una colleja para quedarse con el espacio.

Así que lo más normal, después de intentarlo, que a cabezotas no los ganaba nadie, es que acabaran jugando en un parque de hierba colindante. Allí, tras marcar las porterías con cuatro cazadoras, jerséis o camisetas, dependiendo de la época del año, elegían dos capitanes que se echaban a suertes quién sería el primero en decidir a quién quería en su equipo. Aquellos momentos eran los más tensos de toda la tarde, porque ningún chaval quería quedarse de los últimos en el sorteo. Cola, que sin ser un as del balón tenía fama de defensa aguerrido y generoso en el esfuerzo, no fue nunca de los primeros en salir, pero tampoco era de los últimos.

Por lo demás, los partidos allí no eran distintos a los del descampado:

primeras partes de gloria y segundas de miseria, que lo de guardar fuerzas es complicado a esa edad. Además, allí se jugaba duro y había normas no escritas: regatear a uno estaba bien, a dos era una pasada, pero a tres ya era vacilar. Y si alguien se atrevía, se le entraba con todo y a comer tierra, que hasta ahí podríamos llegar.

Una tarde, el vacilón había sido Juanito, el delantero del equipo de Cola, que había acabado por los suelos, avisado estaba, después de una segada criminal del defensa contrario. Pero mientras que el agresor se había levantado del suelo tan campante, Juanito había empezado a gritar:

—¡Me he clavado algo, me he clavado algo!

El miedo en su voz era evidente y, al levantarse, todos vieron que estaba en lo cierto, el pobre Juanito tenía una jeringuilla colgando del muslo.

En el campo se hizo un silencio denso y pesado. Los chavales que hacía un momento gritaban y corrían de un lado a otro se habían quedado paralizados. Solo Cola, como activado por un resorte, fue capaz de reaccionar. Agarró uno de los jerséis que hacían de poste, se acercó a Juanito, le arrancó la jeringuilla de un solo tirón seco, la envolvió en el jersey y farfulló:

—A la casa de socorro, vamos.

Juanito, que había empezado a llorar desconsoladamente, apenas podía moverse, pero lo agarró del brazo y tiró de él hacia el camino alto de San Isidro, por entre las chabolas del mercado de la droga. Cruzar aquella zona no era lo más seguro, pero sí era el camino más corto para llegar a Marqués de Vadillo, que era a donde iban, y a Cola el peligro no le daba miedo, más bien al contrario, lo centraba. En momentos así él siempre sabía lo que había que hacer, y lo hacía. De modo que echó a correr como un loco tirando del pobre Juanito con una mano y apretando con fuerza el jersey que contenía «el mal» en la otra.

Contra todo pronóstico, el trayecto transcurrió sin incidentes.

Al llegar al dispensario, Cola entregó el jersey a los médicos y estos, con rostro preocupado, tumbaron a Juanito en una camilla y se lo llevaron.

Las siguientes dos horas fueron un sinvivir. Sentado en un banco de madera, en una sala alicatada con baldosines verdes y frente a un póster gigante de una mujer con cofia y cara de pocos amigos que pedía silencio insistentemente con un dedo sobre los labios, Cola no pudo dejar de darle vueltas a una idea terrorífica: que su amigo se iba a convertir en uno de esos zombis que cruzaban el barrio a todas horas en busca de su dosis. Porque eso era lo que le habían contado sus padres, sus maestras, su abuelo, todos los mayores: que si probabas la heroína una vez, estabas perdido. Y él temía que si la aguja que se había clavado el pobre Juanito tenía restos de droga no habría nada que hacer. Y sentía tanto odio que casi no podía respirar.

Cuando por fin regresó, Juanito ya había recuperado el color y parecía más tranquilo. El médico les explicó que había desinfectado la herida y que, por suerte, el contenido de la jeringuilla no había llegado al torrente sanguíneo. Les dio un informe para los padres y los mandó para casa.

Cola y Juanito pasaron todo el trayecto discutiendo si se lo iban a contar o no al padre del herido. Mientras subían esa avenida eterna que es General Ricardos, su principal miedo no era que el padre de Juanito les echara la bronca por jugar fuera del campo del Tercio y Terol, sino que pensara que habían emprendido el camino del vicio, de la droga. Antes de llegar a Comandante Fontanes habían decidido dos cosas: que el padre de Juanito sabría lo que había pasado y que a partir de ese momento tomarían precauciones. A saber, hacer una batida antes de cada partido en busca de jeringuillas. Al fin y al cabo, aquel era su parque y nadie, y mucho menos la heroína, se lo iba a robar.

Los días pasaron y el incidente fue disolviéndose en la memoria de todos. Vivir con miedo no era una opción en aquel Carabanchel de entonces. Pero Cola ya no volvió a ser el mismo. Como le había pasado ya cuando habían entrado a robar en su casa, los baños de realidad no hacían sino empeorar su enfado con el mundo.

Y como no hay dos sin tres, lo peor estaba por llegar.

11

El chico recordaba perfectamente su último año de la EGB. Y no porque fuera el último curso y por fin pudiera librarse de volver al colegio si le daba la gana. Sino porque fue el año que el abuelo enfermó.

Así se lo dijo su madre:

—El abuelo está enfermo.

No le dijo de qué, ni tampoco hizo mucha falta. Cola entendió que la cosa era grave cuando su padre dejó de llevarlo a pasar los fines de semana a El Pardo. Y, como siempre que la vida se le torcía, se cabreó. Se cabreó con el cielo y con el infierno, con su familia y sus amigos, con el barrio, con la vida, con Dios y todos los santos, pero sobre todo con el abuelo, porque le iba a dejar solo.

A los trece años cuesta entender que algunas cosas son ley de vida, y él se resistía a tener que acostumbrarse a vivir sin las conversaciones con su abuelo, sin las veladas de boxeo, sin sus broncas cariñosas, sin sus caricias (las únicas que aceptaba), sin su presencia. Aquello era un golpe bajo. Una traición. Una broma macabra. Y no estaba dispuesto a agachar la cabeza y aceptarlo.

Por supuesto que no.

En el colegio y en la calle, todos sufrieron la ira de Cola. Su carácter se volvió aún más arisco. Las peleas, más violentas y constantes. Parecía que le daba igual todo, aunque él lo único que quería era quitarse de la cabeza la idea de que se iba a quedar solo.

Solo.

Una tarde de viernes, al volver a casa del colegio con su hermano, su madre le cogió aparte y le dijo que si quería despedirse del abuelo sería mejor que la acompañara al hospital.

—No, gracias.

Su madre insistió un poco, pero él se mantuvo en sus trece, con sus ojos de acero llenos de lágrimas, pero el rostro bien seco.

—Yo me quedo aquí cuidando a Roberto. Vete tú.

Su madre negó levemente con la cabeza, miró al suelo resignada y se fue.

Cola se encerró en su cuarto y se puso a mirar por la ventana. Desde allí arriba todo se veía tan pequeño, tan insignificante, que casi podía convencerse de que nada importaba. Aunque no fuera cierto.

Su abuelo no llegó al lunes.

La noticia lo partió en dos.

Negar la realidad no la había evitado. Su abuelo había muerto y él no había sido bueno para despedirse de él. La única persona que le había querido, la única persona a quien respetaba, se había ido y él se había quedado encerrado en su cuarto como un cobarde, incapaz de mirar a la realidad de frente y comportarse como un hombre.

Se sintió como una mierda.

Por primera vez en su vida, su odio y su violencia no eran contra los demás, sino contra sí mismo.

Y tenía que encontrar una forma de acallarlos.

12

Cola echaba mucho de menos al abuelo. A todas horas, pero sobre todo los fines de semana. Su casa de El Pardo había sido su refugio y ahora no sabía qué hacer con tanto tiempo libre. Por eso había empezado a ir al videoclub. Había uno cerca de su casa, así que él cogió la costumbre de ir a mirar las carátulas y regresar siempre a casa con alguna cinta de acción, mejor si era de artes marciales. Se convirtió en un fanático de Bruce Lee y Chuck Norris, quizá porque sus peleas perfectamente coreografiadas le recordaban las tardes pasadas con el abuelo viendo combates de boxeo.

Hasta que un día, mientras repasaba las novedades, se fijó en que uno de sus vecinos, Raulito, estaba intentando decidir entre dos películas que él ya había visto.

—Llévate la del Bruce Lee, que es mucho mejor.

Raúl alzó la vista y lo miró con cierto temor, como si no supiera muy bien qué hacer con esa información.

—No tengo vídeo. Solo estoy mirando las fotos.

—Pues vente a mi casa.

Cola no estaba seguro de dónde había surgido aquel ofrecimiento. No era para nada propio de él mostrarse tan amigable, pero enseguida pensó que si la cosa se torcía, siempre podría solucionarlo con un buen par de hostias.

No hizo falta. A partir de aquella tarde, Raúl se convirtió en su primer y quizá su único amigo.

Raulito, que tenía su misma edad, no iba con él al colegio porque no vivía en la zona de los pisos altos del Tercio y Terol, sino en la Colonia. Aun así, conocía a Cola del barrio, de los partidos en los descampados, aunque siempre se había mantenido a cierta distancia de él por su carácter solitario y explosivo.

Sin embargo, aquella tarde, viendo aquella película de Bruce Lee que Cola ya había visto mil veces, surgió entre ellos una conexión inesperada. A partir de aquel día hubo muchas tardes de películas, pero también de poner en práctica lo que veían en la pantalla. A Raúl le gustaban los golpes tanto como a su amigo, así que cuando no había partidillo, se dedicaban a darse de hostias imitando a sus ídolos de la pantalla. Para hacerlo, tenían un lugar secreto, apartado, cerca de la tapia del cementerio, donde nadie los molestaba. Ninguno había hecho jamás una clase de artes marciales, pero se sabían de memoria las peleas de sus películas favoritas. Estaban tan obsesionados con ellas, que eran capaces de imitar muchos movimientos. Lo que ellos no sabían, claro está, era que las peleas de las películas estaban falseadas. Sus golpes eran siempre de verdad.

De hecho, la primera persona que le rompió la nariz a Cola fue Raúl, de un *uppercut* al mentón que se desvió y aterrizó en el centro del rostro. El chico recordaba perfectamente el dolor y la sangre saliendo como un géiser. Y también que, al llegar a casa, su madre ni se inmutó.

Por supuesto, aquel mal golpe no se interpuso en la amistad entre ambos chavales. Al contrario. Las patadas, estrangulaciones, puñetazos y derribos auténticos siguieron protagonizando sus tardes.

Porque, aunque ninguno de los dos lo supiera entonces, los colegas de hostias lo son para toda la vida.

13

Sin embargo, ni las tardes con Raúl ni ningún otro pasatiempo bastaba para acallar las voces de la cabeza de Cola. Tampoco para borrar de la memoria la muerte del abuelo, ni el episodio de Juanito, ni mucho menos el robo en su piso ni los silencios de su madre.

Aunque, siendo sincero, mientras corría entre chabolas y toxicómanos con su amigo de un brazo y una jeringuilla envuelta en un jersey se había sentido bien.

Vivo.

Menuda paradoja. Cola no entendía por qué, pero había descubierto que el miedo lo calmaba. Que estar alerta lo estabilizaba. Y, poco a poco, casi sin querer, empezó a buscarlo a propósito. A ponerse en la línea de fuego para sentir la paz que tanto ansiaba.

El riesgo se convirtió en su gasolina, y ya no le valía con poner la zancadilla a las maestras. Necesitaba algo más.

Así fue como empezó con los pequeños hurtos. Poca cosa, la verdad. Algún que otro chicle de a duro en La Paca, la tienda de chucherías que había al lado del campo de fútbol. Aunque, ojo, que había que echarle valor, porque la dueña del puesto tenía una mala leche de aúpa. Que también es normal, porque su tienda colindaba con el Jaro, un bar del barrio donde había más camellos que en la comitiva de los Reyes Magos. Así que la pobre mujer no solo tenía que lidiar con toda la chiquillería del barrio, sino también con los yonquis que entraban a todas horas a pedirle dinero. Eso cuando no había redada.

Total, que entre pitos y flautas, los chavales aprovechaban cualquier distracción para echarse algo al bolsillo y salir de allí tan panchos.

Cuando la adrenalina de robar en La Paca dejó de bastar, Cola empezó a probar suerte en el Rastro con los cromos. Hasta entonces, se había conformado con darles el palo a otros chavales de barrios más

pacíficos, pero ahora su objetivo eran los tenderos. Y eso sí que era jugársela, porque aquellos tipos, si te pillaban, te calzaban dos hostias que te vestían de torero.

El plan en sí era sencillo. Se trataba de ir puesto por puesto y esperar a un descuido para deslizar alguno de los cromos más caros del álbum de exposición al taco propio y luego revenderlo un par de puestos más abajo, a escasos metros del lugar del delito. Y aunque lo habían pillado más de una vez, y se había llevado más de un palo, lo cierto es que las más de las veces Cola había salido de allí por patas. Porque, al final, vivir en aquel tercero sin ascensor había sido una bendición: lo mantenía en forma.

Por desgracia, lo del Rastro, como antes lo de La Paca, fue perdiendo también emoción. Así que el chico amplió horizontes y empezó a frecuentar las grandes superficies. Allí la cosa se puso seria. Los vigilantes jurados no se andaban con chiquitas y si tenían que placarte o darte una buena colleja te la daban, y aquí paz y después gloria. Eso cuando no acababas en un cuartillo con dos tíos mucho más grandes que tú amenazando con llamar a la policía.

El resultado de los hurtos nunca fue lo importante. De hecho, cuando Cola observaba el botín enseguida veía que no había valido la pena. Lo que a él le gustaba de aquellas experiencias era el riesgo. La adrenalina. La posibilidad de estar totalmente concentrado en algo, de apagar las voces, de calmar el dolor.

El vivir aquí y ahora.

14

Pero llegó el día en que la adrenalina de robar discos en Galerías Preciados también dejó de bastar.

Como sucede con cualquier droga, siempre llega un día en que el cuerpo se acostumbra y hay que subir la dosis. Aunque, para entonces, el aprendiz de delincuente juvenil que era Cola ya había montado una «banda» que lo acompañaba en sus incursiones. No eran sus amigos, que amigo solo tenía uno, y a Raúl aquellas correrías no le interesaban lo más mínimo, sino otros dos chavales tan sedientos de riesgo como él.

Igual de alocados.

Igual de dispuestos a ir al límite.

Y un día se les ocurrió dar el palo en una pastelería.

Se habían acabado los hurtos. Aquello sería un atraco en toda regla. Un palo fácil, pero del que se sacarían unas perras. A saber, el contenido de la caja.

El plan era sencillo. Lo primero era esperar a que el pastelero se metiera en la trastienda a atender el horno. Entonces, con cuidado de no hacer sonar la campana de la puerta, entrarían los tres: uno iría a vigilar por si regresaba el pastelero, otro se quedaría en la puerta y el tercero, Cola, abriría el cajón de madera donde estaba el dinero y lo vaciaría.

El problema fue que no contaron con un factor inesperado: la clientela. O, más bien, con una señora mayor, pero muy cabezota, que esquivó al vigilante de la puerta y entró en el local al grito de «¿Pero qué estáis haciendo?» que alertó al pastelero. Al verlo llegar, Cola, con la mano izquierda en el cajón del dinero echó la derecha al bolsillo y sacó su navaja automática. Hacía poco que la tenía. De hecho, se la había encontrado en el suelo en la calle, cerca de casa. Pensó que la

habría perdido un yonqui y se la había guardado. Apretar el botón fue un acto reflejo. Igual que acercarla a la barbilla del pastelero, que se quedó quieto como una estatua, más sorprendido que asustado.

El tiempo se detuvo para Cola. La adrenalina inundaba su cuerpo. El corazón le golpeaba el pecho como nunca antes y, sin embargo, por un momento, sintió que lo controlaba todo. Se sintió el amo del mundo. Todo estaba claro. Todo estaba en paz.

Entonces se dio cuenta de que sus compañeros habían echado a correr hacía rato y que si no espabilaba iba a pagar el pato. Con el bardeo aún en la mano, dio media vuelta al grito de:

—¡Ni se te ocurra moverte!

Y salió de allí como alma que lleva el diablo.

Por supuesto, aquella vez la cosa no quedó ahí.

El pastelero presentó denuncia y la anciana hizo una descripción tan buena del chaval de la puerta, que lo trincaron. Hay que decir que el mérito no fue tanto de la investigación policial como de la falta de luces de aquellos aprendices de gánster: la pastelería estaba justo al lado de su colegio.

El detenido aguantó el tipo a medias. Soltó el nombre del otro chaval, pero no dijo ni mu sobre Cola, que la poli daba miedo, sí, pero no tanto como su compañero. Aun así, no había que ser Sherlock Holmes para deducir que el tercero debía de estudiar en el mismo centro. De modo que una tarde se presentaron allí un par de agentes y el pastelero en busca del perla de la navaja.

Cola, siempre alerta, se olió la tostada. Fue oír movimiento en el pasillo y saber que iban a por él. Y aunque estaba seguro de que su compañero no se había ido de la lengua, el pastelero le había visto la cara en primer plano. Tocaba huir. Así que cuando el profesor salió a ver a qué venía tanto revuelo, no dudó: saltó por la ventana, que estaba en un segundo piso, y se agarró a la reja instalada para evitar robos en aquel barrio tan conflictivo. Así, como en los cómics de Spiderman que tanto le gustaban, se deslizó hasta el suelo y echó a correr sin mirar atrás. Para cuando los polis y el pastelero entraron en su aula, él ya había batido el récord de la milla y estaba tirado bajo un pino en el parque de San Isidro con un pitillo entre los dientes.

Aun así, aquella vez no se sintió a salvo.

Porque sí, porque al final se cansarían y lo dejarían en paz, que el botín no había sido nada del otro mundo, pero ¿y si no? ¿O si un día se equivocaba y con el calentón le sacaba la navaja a un tío más chulo?

Por una vez, el miedo y la adrenalina no le estaban dando paz, sino todo lo contrario. El riesgo empezaba a ser de verdad y, aunque no pensaba renunciar a él, Cola sintió que había llegado el momento de elegir mejor las batallas.

No tenía sentido jugársela por la caja de una pastelería.

Y menos con dos bobos de su colegio.

Ya tenía catorce años, tenía que empezar a decidir mejor.

15

Con tanta emoción y tanta adrenalina, a Cola se le atragantó el octavo de EGB y tuvo que repetirlo. Aunque, en el fondo, fue más por cabezonería que por otra cosa. Le quedaron dos asignaturas para septiembre, se negó a abrir un libro en todo el verano y, claro está, las suspendió.

Para la repetición, el colegio le ofreció cursar solo esas dos asignaturas, quizá para que no pasara tantas horas en el centro. Pero a él le gustaba el peligro y se tomó aquella repetición como un reto a cara o cruz. Triunfar o fracasar, pero a lo grande.

Así, su último año de educación obligatoria fueron unos meses raros que, para sorpresa de casi todos, culminaron en una media de notable.

Casi todos, porque sus padres sabían que el chaval era tan listo como ingobernable, así que se alegraron del cambio de rumbo, pero no se hicieron muchas ilusiones, por si acaso.

Acabada la obligatoria, tocaba elegir instituto.

Los padres eligieron el Gran Capitán, un centro de la otra orilla del Manzanares, que contaba con dos directores: un militar y un cura. Él no quería alejarse del barrio, pero aceptó su destino a regañadientes. Su historial era el que era y sus progenitores solo le dieron dos opciones: o el Gran Capitán o un internado.

Aunque la verdad es que ahí Pedro y Carmen cometieron un terrible fallo de cálculo, porque si la idea era enderezar a su hijo, presentarle a un enemigo a batir no era la mejor fórmula.

Para uno de Carabanchel, aquel instituto era como visitar otro planeta. En aquel patio, compartiendo espacio con hijos de generales, políticos y gente influyente, Cola conoció el clasismo. Y sobre todo, que tiene dos direcciones. Que tanto desprecian los de arriba a los de abajo, como los de abajo a los de arriba. A veces más los segundos. Él,

que seguía siendo un tipo callado, de los que están siempre alerta y tienen la mirada larga, decidió no hacerse notar y mimetizarse con el ambiente.
Eso sí, en cuanto acababan las clases, cogía el 17, el autobús que cruzaba el puente Pontones y subía la cuesta del cementerio hasta el canódromo, y se bajaba justo enfrente del cerro de la Mica para ver a sus antiguos compañeros del colegio.
Así pasó Cola su primer año allí, observando y apuntando. Preparando la jugada y regresando siempre al barrio. A los partidillos, a las tardes de cine y peleas con Raúl y a proteger a su hermano de los abusones, que el chaval había salido fino y no sabía defenderse.
Pero al empezar el segundo año, decidió recuperar su espíritu emprendedor. Porque si algo había visto claro el año anterior era que en aquel patio de instituto había negocio. Vaya si lo había.
Con dieciséis años, a sus compañeros les gustaba más fumar porros que comer con los dedos, y Cola sabía perfectamente donde conseguirlos. Ser de arrabal te proporciona contactos. Y aunque en el barrio todos tenían claro que la heroína era veneno, y que mejor tenerla lejos, el menudeo de hachís ya era otra cosa.
Él había hecho sus números y le habían salido redondos.
Conseguía la postura de seis gramos por dos mil pesetas y después vendía el gramo a sus compañeros a cien duros. Así, como poco, se sacaba mil pesetas por postura, que no estaba nada mal. Si se le daba bien la semana, se levantaba cinco mil pelas en siete días, un sueldo más que digno para un imberbe de dieciséis años.
Ser el conseguidor del insti tenía sus peligros, claro está, pero también le dio una fama de malote que lo convirtió en intocable.
Sus días volvieron a ser emocionantes y entendió lo mucho que había echado de menos aquella sensación y, lo que es peor, lo mucho que la necesitaba.

16

Como era de esperar, Cola no tardó en fumar con sus compañeros el mismo hachís que les vendía. Lo hacía porque había descubierto que los porros tenían en él un efecto similar al de las peleas y el riesgo: lo calmaban. Al contrario que algunos de sus compañeros, que se reían a carcajadas o se obsesionaban con minucias, él se fumaba un canuto y se relajaba. Aunque, para ser justos, no lo hacía a menudo. Le iba a épocas. Había semanas que consumía mucho y otras que nada.

Eso sí, aprovechando que en su barrio era más fácil comprar droga que fruta, y que con el trapicheo se sacaba un buen jornal, lo probó todo.

Lo que menos le gustó fue el ácido. Porque si el LSD ya era de por sí una lotería, que nunca sabías ni qué llevaba ni qué te iba a provocar, y eso Cola lo sabía, a él le bastó un cuarto de dosis para comprender que aquella droga le sentaba especialmente mal. Lo probó una tarde con unos compañeros del instituto y, al rato, se fue de allí a la francesa sin que nadie entendiera qué coño le pasaba. Mientras anochecía, cruzó a la carrera el puente de Pontones, subió la cuesta del cementerio y ahí le dio por boxear con los fantasmas que se escondían tras los pinos del parque de San Isidro. La pelea fue corta.

Y la perdió.

Llegó a casa con las manos temblorosas y ensangrentadas.

Al día siguiente se juró dos cosas: que se habían acabado los viajes de ácido y que no volvería a pegarse con un árbol sin vendarse las manos.

17

A aquellas alturas del partido, a punto de cumplir los diecisiete, si Cola iba cada día al instituto era por el trapicheo. Por eso, y para que sus padres lo dejaran tranquilo. Que suficiente bronca le daban por las pintas y las greñas.

Pero en lo que se estaba graduando en realidad, y casi se podría decir que con honores, era en la carrera delictiva.

Uno de sus maestros era el Fitipaldi: gitano, bajito, tirando a gracioso y especialista en cualquier cosa con cuatro ruedas. Nacido en el cerro de la Mica, pero viviendo en Aluche por un problema entre familias del que no hablaba demasiado.

Su primer contacto había sido físico.

En concreto, Cola lo había tumbado de un bofetón cuando él se había puesto a hablar con unas chicas de Eugenia de Montijo, barrio situado a la sombra del muro de la antigua cárcel de Carabanchel. Y es que a esas edades las chicas de los demás son sagradas, y Cola, superando su timidez, llevaba un rato trabajándoselas. El Fitipaldi había gritado a pleno pulmón desde el suelo:

—¡Ahora llamo a mis hermanos y te vas a cagar!

Pero cuando las chicas salieron huyendo de aquel exceso de testosterona, los dos chavales acabaron tomándose una birra juntos y, sin querer, se hicieron amigos.

Siempre que quedaban, el Fitipaldi, que solo tenía quince años, aparecía con un coche distinto. Y eso a Cola lo llevaba loco. Así que al cabo de nada decidió preguntarle cómo coño lo hacía y el otro, con una sonrisa malévola, se lo llevó a hacer su primera «clase».

Lo primero fue aprender a hacer el puente: «Juntas marrón con azul y puntúas corriente con el cable rojo, hasta que suene el motor de arranque». Eso si era de gasolina, que los coches de gasoil tenían otro

cable, que era para encender los calentadores y buscar la corriente directa. Luego estaba el método de clavar un destornillador en el contacto y hacerlo girar, pero Cola prefería abrir la tapa y juntar cables. Le parecía más artístico y mucho más elegante. Además de a hacer puentes, el Fitipaldi le enseñó a abrir las puertas de los vehículos con la varilla del aceite, mucho mejor que romper ventanillas a pedradas, y a sacar radiocasetes con pulso de cirujano.
«Rojo con azul» era su clave para indicar que había un buen coche que asaltar a la vista. Con los primeros, Cola aprendió a conducir, pero en unos meses ya estaba tirando del freno de mano y derrapando en el parque de las Cruces y poco después haciendo carreras en la M-30 con los cristales bajados, la melena al viento y la cinta de Los Chichos a tope como banda sonora de su adolescencia.
Así, gracias a su varilla de aceite trucada, con la que podía abrir cualquier coche que se propusiera, Cola amplió su negocio para incluir la venta de radiocasetes robados. En el barrio, todos sabían dónde conseguir un buen loro y él disfrutaba tanto robándolos que los dejaba siempre a muy buen precio.

18

El Fitipaldi tenía un primo, el Tele, que no tardó en sumarse al grupo. Si el Fitipaldi y Cola tenían calle, el Tele era una auténtica pieza de museo. Con dieciséis años ya había pasado por más de un reformatorio y tenía a varios hermanos repartidos en las mejores cárceles de España. Hijo de paya y gitano, el Tele era rubio como la cerveza y, si lo vestías un poco bien, pasaba por guiri en cualquier discoteca de Benidorm.

Con él nunca sabías qué iba a pasar.

Una noche, después de colarse con Cola en una discoteca, habían acabado los dos en el baño con sendos cuchillos apoyados en sus cuellos. Los sostenían dos chavales no mucho mayores, muy encabronados porque el Tele había estado hablando con su amiga. Menos mal que la chavala, que entró dando un portazo en aquel baño, como si de un *saloon* del Oeste se tratara, vino a rescatarlos al grito de:

—¡¿Estáis gilipollas?! ¡Que el rubio es mi tío!

Cola, que había estado calculando cómo librarse de aquella, respiró aliviado al oír la voz y, como en aquella canción de Sabina, la cosa acabó con abrazo fraternal, birra y canutos, pero se cortaron de meterse algo más fuerte.

Para el carabanchelero, aquel peligro constante, aquella incertidumbre, era mejor que los porros, el alcohol o la cocaína que esnifaba de vez en cuando. Además, por una vez en la vida, se sentía realmente parte de algo. Porque sí, Raúl, las pelis y las peleas improvisadas en la tapia del cementerio seguían ahí, pero no eran ni la mitad de emocionantes. Con el Fitipaldi y el Tele le pasaban cosas.

Cosas de verdad.

Cosas peligrosas.

La Nochevieja de aquel año, los chavales del barrio consiguieron que la Asociación de Vecinos les prestara un local para ir a celebrarla. Lo que faltaba era el equipo de música. Y eso sí que no. Cuando el Tele se enteró del problema, se presentó voluntario para solucionarlo y sumó a Cola a la empresa. Al sentarse a contemplar sus opciones, vieron que solo había dos: la legal y la criminal. Y la segunda era más barata. Así que esperaron a que se hiciera de noche, robaron un coche oscuro y discreto y lo aparcaron en Puerta de Hierro, una calle poco iluminada donde reinaba un silencio sepulcral.

—Si viene alguien, silba —dijo el Tele antes de saltar la verja de un chalé con pinta elegante.

Los siguientes veinte minutos de tensa espera pusieron a prueba los nervios de Cola que, de haber podido, habría preferido participar en la acción. El caso es que al final apareció el Tele por la puerta principal y con un equipo de música enorme en brazos.

En el barrio los recibieron como héroes y aquella fiesta de fin de año fue una de las más recordadas durante mucho tiempo.

19

A mediados de los ochenta se puso de moda robar en tiendas estampando un Opel Kadett contra el escaparate. La elección de aquel modelo no era casual: eran coches muy fáciles de robar y muy potentes. La técnica, que acabaría recibiendo el nombre de alunizaje, fascinaba a Cola. Lo tenía todo: peligro, velocidad y posibilidad de sacarse un buen pellizco.

Además, lo de robar coches se había convertido en algo tan rutinario para él que había perdido toda emoción. De hecho, cada vez que perdía el autobús se afanaba uno para no llegar tarde a clase, aunque siempre lo aparcaba a un par de manzanas, para que nadie sospechara.

El caso es que, como le pasaba siempre, necesitaba más: más adrenalina, más peligro, más emoción, porque sus aventuras con la pareja de primos habían dejado de servirle para calmarse.

Y así fue como se le ocurrió proponerle al Fitipaldi lo de dar el palo en una peletería del centro. Y el otro, que no necesitaba comer sardinas para tener sed, se apuntó al momento.

Robar el coche fue sencillísimo y, contra todo pronóstico, el escaparate se vino abajo al primer golpe, como si fuera de papel. Cola y el Fitipaldi entraron a toda prisa en la tienda y salieron con abrigos suficientes para llenar el maletero y los asientos traseros. El aire se llenó del aroma inconfundible del cuero y la piel, y los dos amigos no podían dejar de reír de excitación. Pero la risa se les congeló en el rostro al oír la sirena de los maderos acercándose a toda velocidad.

—¡Conduce tú! —gritó el Fitipaldi.

Su amigo no entendía nada, pero lo hizo igualmente. El gitano conducía mucho mejor que él, ¿por qué cojones no se ponía al volante?

La respuesta llegó al cabo de unos segundos. Mientras Cola metía gas a tope para intentar sacar el coche de aquel mar resbaladizo de cristales rotos, el Fitipaldi se echó la mano a la espalda y sacó una pistola.

—¡Pero qué coño haces! ¡Guarda eso, joder! ¿Tú estás loco?

—¡Y una mierda, a mí no me cogen esos cabrones!

—¡Suelta eso, gilipollas! ¡Que nos matan!

—¡Como no te calles el primer tiro te lo vas a llevar tú, hostia ya!

Cola se puso pálido como un fantasma.

El ruido del disparo dentro del coche se le quedaría grabado en la memoria de por vida.

Por primera vez, había llegado al límite de lo que podía y quería soportar. Aquello ya no tenía ninguna gracia. Si el Fitipaldi quería morir aquella noche, que lo hiciera, pero él no estaba dispuesto. Sin perder ni un segundo, abrió la puerta del conductor y salió corriendo como no había corrido en su vida. Los disparos sonaban cada vez más lejos, pero él no miró atrás. Corrió, corrió y corrió hasta llegar al Manzanares y, al alcanzar su orilla, vomitó hasta vaciar el estómago.

Solo aquel río sucio y contaminado fue testigo de sus lágrimas.

20

Al cabo de unos días, se supo que el Fitipaldi había logrado huir de la poli y que se había ido de Madrid para evitar más problemas. El Tele también desapareció del mapa y Cola casi lo agradeció, porque aquel susto lo había dejado tocado.

Muy tocado.

Después de meses yendo de un lado a otro en coches robados, trapicheando, drogándose y pasando el rato en bares y discotecas, el joven regresó al barrio y a los colegas de siempre. Porque si algo tenían los carabancheleros es que eran gente sana. Raro era el que fumaba o bebía, y la droga ni la mentaban. Además, la mayoría seguían jugando al fútbol para entretenerse. Y eso era precisamente lo que él necesitaba. Algo que le hiciera olvidar el silbido de las balas y el miedo que había pasado en aquella peletería.

El equipo del Tercio y Terol jugaba en la liga regional madrileña, y Cola no tardó en sumarse a la alineación. Pero su carácter impulsivo, más descontrolado que de costumbre después de meses de asalvajamiento, no tardó en dar al traste con su idea de convertir aquel equipo en su refugio.

Aunque, eso sí, batió el récord de expulsión más rápida en categoría juvenil.

El escenario fue el campo del Aviación y el culpable el equipo del Derby Millán Astray, enemigo histórico del «Tercio Terror», como eran conocidos fuera del barrio. Ese día, Cola jugaba de medio centro y fue el encargado de recibir el primer pase después del saque. Él, zurdo cerrado, paró el balón con la izquierda, pero el delantero rival decidió entrarle con los pies por delante. Afortunadamente, los reflejos felinos de Cola evitaron la lesión, pero eso no libró al rival de recibir un crochet de izquierda en el mentón que lo mandó a dormir un rato.

Suerte similar tuvo el otro delantero del Derby cuando se acercó a quejarse. Patada voladora al estómago y, en menos de veinte segundos de partido, dos chavales tirados sobre el terreno de juego.

Se hizo un silencio sepulcral.

El árbitro, acojonado y desde lejos, se llevó una mano temblorosa al bolsillo, pero antes de poder sacar siquiera la tarjeta, tronó la voz de Cola:

—No se preocupe, señor colegiado, ya sé que estoy expulsado.

Se fue al vestuario con la cabeza gacha. En su interior, se maldecía por haber estropeado aquella oportunidad de hacer algo productivo con sus colegas. Pero es que siempre le pasaba lo mismo. Cuando las cosas podían ir bien se aburría, o se calentaba, o perdía los nervios. Y todo se iba a la mierda.

Una vez más.

21

Pasaron varias semanas y el Tele seguía sin dar señales de vida. Después de preguntar un poco, Cola se enteró de que su familia también lo andaba buscando, y no precisamente porque lo echaran de menos. Al parecer, el angelito se había pirado de casa de sus padres con algo que no era suyo. En concreto, un paquete lleno de polvos. Y no precisamente de los de talco. Normal que sus hermanos mayores fueran como locos buscándolo por toda la ciudad.

El caso es que no hay nada como un susto a tiempo y, después de tanto sobresalto, Cola había decidido empezar a portarse más o menos bien. Se había quitado de robar coches y de las emociones fuertes, y se había quedado solo con la venta de hachís a sus compañeros de instituto que, al fin y al cabo, era su fuente de ingresos. Sin ganas ni intenciones de estudiar, el menudeo le proporcionaba pasta suficiente para ir tirando. El resto del tiempo, lo pasaba jugando al fútbol con sus compañeros o con Raúl viendo películas y dándose de hostias. A veces, también se iba a la tapia del cementerio a fumarse un porro o tomarse una birra, pero sin meterse en líos.

Entonces llegó la primavera y, con ella, las fiestas de San Isidro. Como cada año, las laderas del parque de Carabanchel dedicado al santo se llenaron de atracciones. El tren de la bruja, el balance, las tómbolas con sus perritos pilotos, las camas elásticas, los tiovivos y la preferida de los chavales del barrio y, por supuesto, también de Cola: los autos de choque. Lo cierto es que en aquella pista iluminada por luces de neón y altavoces a toda tralla con Los Chichos, Los Chunguitos, Los Casta y, de vez en cuando, hasta Rosendo y sus Leño, se juntaba lo mejor de cada casa. Raro era el día que no había una pelea entre pandillas o que no tenían que recoger del suelo a algún chaval con el labio partido.

A Cola le encantaba sentarse en un banco justo al lado de la pista para disfrutar de aquel ambiente electrizante. Y, una tarde, desde su puesto de vigilancia, vio aparecer una inconfundible cabeza rubia.

—Oye, primo —le gritó al Tele sin levantar el culo del asiento—, ¡que te andan buscando tus hermanos!

—Está todo solucionado, rey —le respondió el Tele guiñándole el ojo.

El chaval intentó que su voz sonara tranquila, pero Cola había pasado demasiado tiempo con él para dejarse engañar. Aun así, los dos estaban tan contentos de volver a verse que decidieron no pensar en el tema, liarse unos canutos, agenciarse unas cervezas y pasar la tarde la mar de a gusto riéndose de todo y de todos.

Tan bien lo pasaron, que quedaron para repetir al día siguiente.

Mismo sitio, misma hora, mismo plan: litros de Mahou, la buena goma que gastaba siempre el Tele y el banco de delante de los autos de choque para no perder detalle y disfrutar de la música.

Un plan de tranquis en toda regla.

Hasta que se torció.

Ni el Tele ni Cola los vieron venir hasta que los tenían ya encima.

Y mira que llamaban la atención. Cuatro tíos grandes como armarios con pinta de entrar y salir de la trena como quien va de paseo al Retiro. Y liderando el grupo el hermano mayor del Tele, que se le plantó delante y le soltó tal bofetón que lo mandó de bruces al centro de la pista de los autos de choque.

Cuando Cola se recuperó de la sorpresa y se levantó para ir a ayudar a su amigo, vio que el otro, lejos de calmarse, había sacado una pistola y la dirigía al rostro del Tele.

Inmediatamente se hizo el silencio.

Hasta Los Chunguitos dejaron de sonar.

La Star de 9 mm había logrado captar la atención de todo el mundo.

Y, sin pensar en lo que estaba haciendo, Cola se lanzó delante del arma.

Ahora era su rostro el que estaba al otro lado del cañón. Y los ojos inyectados en sangre de quien la empuñaba no auguraban nada bueno.

—Primo, tranquilo.

La voz no era lo único que le temblaba.
—¡Quita de ahí! ¡Que yo a ese hijo puta lo mato!
Estaba claro que compartir madre no le iba a servir de nada al Tele.
—Pero hablémoslo, ¡por Dios! ¡Que es tu hermano!
—Que me devuelva lo mío.
—¡Yo no tengo nada tuyo, mierdero!
Cola maldijo en arameo a su colega y su incapacidad para callarse la boca en semejantes circunstancias.
—Nos has robado una manta de la casa y la vas a pagar.
Para entonces, más de la mitad de la gente que estaba en las atracciones había echado a correr colina abajo como si aquel año los sanfermines fueran en el parque de San Isidro.
—Baja la pistola y yo te prometo que convenzo al Tele para que os devuelva la manta. Te lo juro.
Estaba desesperado. El mayor no se había movido ni un milímetro y él ya veía a su amigo como un colador. Entonces, un sonido que en general no era muy bienvenido llegó para salvarlos. Era la sirena de la poli, que se acercaba a toda velocidad.
El mayor bajó la pipa y les dedicó la mirada condescendiente del que está, literalmente, perdonando la vida.
Cola y el Tele echaron a correr conscientes de que, aquella vez sí, les iba la vida en ello.
Aquel fue el último día que el joven vio a los dos hermanos. Durante un tiempo se preguntó qué habría sido de ellos, pero nunca llegó a saber cómo había acabado la historia. De lo que no tenía duda era de que había sido una suerte que no le volaran la tapa de los sesos por mediar en aquel conflicto.
Visto en frío, no había sido muy inteligente lo de intentar defender al Tele. Y menos cuando él había sido tan burro como para mangar un kilo de heroína (la famosa manta), pero es que era superior a él. Se lanzaba al peligro y la emoción, viniera de donde viniera. A veces montaba broncas y, a veces, las zanjaba. Lo mismo le partía la cara a uno que defendía a otro. En el fondo, no era un mal tipo.
Solo un adicto a la adrenalina.

22

El año que cumplió los diecinueve, como todos los chavales de su época, recibió la carta que lo llamaba a filas. Le tocaba hacer la mili.

Lo bueno fue que lo destinaron a Campamento, otro barrio de Madrid, por lo que estaba cerca de casa. Lo malo, que la disciplina castrense no era para él. Si de normal Cola no llevaba bien que nadie le dijera lo que tenía que hacer, lo de que los oficiales se le pusieran en plan «sargento de hierro», gritándole al oído, lo sacaba de sus casillas. Que con un Clint Eastwood bastaba y sobraba.

Además, en su caso no era más que un cabo y no era de Hollywood, claro, sino catalán. Eso sí, parecía tan dispuesto a amargarle la existencia como el oficial más cabrón de cualquier película. A saber por qué. El caso es que aquel cabo primero no perdía ocasión de gritar, humillar y provocar a Cola, con motivo o sin él.

Y tanto va el cántaro a la fuente que al final se rompe.

Aunque tampoco es que costara mucho hacerlo saltar.

Una tarde, y sin venir a cuento, el cabo le negó a Cola el pase pernocta para irse a dormir a casa y el chaval perdió los nervios. Harto de tanta tontería, esperó a que el otro se diera la vuelta y se lanzó como un toro para agarrarlo del cuello desde atrás. Por suerte, la sangre no llegó al río, porque los demás quintos, algunos vecinos suyos del barrio, fueron a por él y lo frenaron. Pero aquello no iba a quedar así.

Al día siguiente, cuando Cola pudo por fin salir del cuartel para ir a dormir a casa, el Renault 5 con matrícula de Barcelona que vio aparcado a un par de calles le dio una idea. Decidió que si no podía ser el cabo, sería su coche el que pagara el pato. Y que conste que no fue el único que la emprendió a golpes con el vehículo, que el cabo era un especialista haciendo amigos. Aunque sí fue el único que dio un

paso al frente al día siguiente cuando los mandos reunieron a la compañía y amenazaron con arrestarlos a todos por tiempo indefinido si no salían los culpables.

Porque Cola podía ser muchas cosas, pero no un cobarde. Y no le importaba dar la cara para evitar que otros se comieran sus marrones. Que si se podía librar, se libraba, que no era gilipollas, pero tampoco era un cabrón. Cierto es que todos los demás se callaron y al final le tocó a él apechugar solo con las consecuencias, pero chivarse no era una opción.

El caso es que el capitán de la compañía estaba muy cabreado. De hecho, de haber podido, habría plantado una guillotina en el patio del cuartel, pero como no podía, metió al carabanchelero en un calabozo y decidió darse unos días para pensar qué hacer.

Por los pasillos empezó a correr el rumor de que lo iban a mandar al pelotón de disciplina de la Brigada Paracaidista de Alcalá de Henares. Una idea que a Cola no le hacía puñetera gracia. Por lo que sabía, aquel destino era peor que galeras, y lo último que él necesitaba era un grupo de tíos aún más gritones y abusones que su querido cabo.

Afortunadamente, las noches en el calabozo le daban tiempo para pensar, y durante el día seguía haciendo la instrucción con sus compañeros, por lo que estaba al tanto de las novedades. Necesitaba una buena excusa para ablandar a los mandos y conseguir el perdón. Y, cuando la encontró, sus colegas del barrio no dudaron en echarle una mano.

Así, empezó a correr por el cuartel la historia de que el famoso día, Cola había recibido una llamada de su novia, que le informó de que tenía un retraso. Imagínate. Él se moría de ganas de verla y hablar con ella, claro está, y, al castigarlo, el pobre se había vuelto loco.

La tal novia no existía y el supuesto embarazo aún menos, pero eso los del cuartel no lo sabían. Y los que lo sabían no lo iban a contar. Así que la noticia corrió como la pólvora y llegó a oídos también del cabo primero, que se apiadó del pobre chaval y fue a hablar con él para disculparse. Al día siguiente, el oficial llamó a Cola a su despacho y le explicó que el cabo había ido a interceder por él.

Aunque, claro está, la disciplina no se impone a base de indultos.

Castigo hubo, pero se descartó la brigada paracaidista y el calabozo permanente.

Al final, pasó dos meses enteros durmiendo en el calabozo y se quedó sin pase pernocta, es decir, sin poder ir a dormir a su casa, el resto del servicio. Solo podía salir del recinto durante el día y solo para cumplir sus obligaciones como soldado, nada más.

23

Aquellos dos meses de dormir solo en el calabozo fueron una auténtica tortura para Cola. En su celda, que era tan oscura como pequeña, solo había una litera desvencijada. Él dormía en la cama de abajo, porque no se fiaba ni un pelo de que la estructura aguantara su peso si se tumbaba en la de arriba, de modo que cuando abría los ojos solo veía unas lamas agrietadas y llenas de rayajos.

Era deprimente.

Una cárcel dentro de otra.

Como si el servicio militar no le robara ya bastante libertad.

Le costaba mucho dormirse, y los minutos se le hacían horas.

Si de por sí su cabeza ya solía ir a mil por hora, estar encerrado se la aceleró aún más.

Y como no tenía absolutamente nada más que hacer, le dio por pensar.

Tenía que hacer algo con su vida.

No podía seguir jugándosela en la calle con los robos, las drogas, la velocidad y los primos con pistolas. Porque algún día acabaría saliendo mal el asunto y se partiría la crisma, o se equivocaría de rival en un portal y se llevaría una puñalada o un tiro en la pierna. Y si el servicio militar lo estaba enloqueciendo, imagínate si acababa en chirona. Y estaba comprando ya muchas papeletas.

Tenía que encontrar una forma de canalizar sus instintos en algo más constructivo. Dejar el trapicheo y empezar a ganarse la vida con algo legal.

Pensó en Raúl. Él también estaba haciendo la mili, pero le había tocado lejos, por Andalucía. Hacía meses que no sabía nada de su amigo y sintió que lo echaba de menos. La verdad era que en los últimos tiempos, con tantas emociones, habían empezado a verse menos. Pero cuando lo hacían, era como si el tiempo no hubiera

pasado.
Y después Cola pensó en su abuelo, algo que llevaba mucho tiempo evitando. Porque, en el fondo, sabía que el abuelo Gabriel no aprobaría lo que estaba haciendo con su vida. Porque, a lo mejor, si no se hubiera muerto, él habría tomado otras decisiones.
A lo mejor.
Entonces recordó las tardes de boxeo con él en El Pardo. Y también lo bien que le sentaban las sesiones de palos con Raúl en la tapia del cementerio. Y pensó que le gustaba hacer deporte, que le iba bien, pero que el fútbol no le convenía, porque allí siempre acababa a hostias. Tenía buenas piernas, pero mal carácter. Seguía jugando con el equipo de su barrio, y estaban en preferente, que en Madrid no es moco de pavo, pero Cola sabía de sobra que ningún equipo grande iría a ficharle, porque pasaba más tiempo expulsado que jugando.
¿Quién cojones lo iba a querer con aquel carácter de mierda suyo?
Y, así, dándole vueltas a su vida y a qué hacer con ella, acababa siempre en el mismo sitio: sobre un ring y rodeado de dieciséis cuerdas. Encerrado entre aquellas cuatro paredes, comprendió que el boxeo podía ser su tabla de salvación. Un deporte hecho a su medida. Un lugar donde canalizar toda su ira.
Cuando salió por fin de aquel calabozo, tenía un plan para cuando acabara la mili: dejaría definitivamente los estudios, buscaría un gimnasio de boxeo y se convertiría en uno de esos tipos a quienes admiraba de pequeño desde las gradas.
En esos meses se preguntó muchas cosas, pero solo obtuvo una respuesta. Una voz en su interior le dijo que ya había llegado el momento de dejar de ir detrás de los demás, de dejarse llevar por la corriente. Tenía que empezar a tomar sus propias decisiones, buenas o malas, pero propias. A partir de entonces, el destino lo marcaría él.
Por primera vez en mucho tiempo, Cola sintió un ligero alivio en el pecho. Y supo que estaba tomando la decisión correcta.

24

Fernando era un boxeador retirado que había convertido su pasión en su trabajo. Tras casi diez años sobre el cuadrilátero y un interesante palmarés, había abierto su propio gimnasio para preparar a la siguiente generación.

Estaba convencido de que el boxeo le había salvado la vida, y sentía que su deber era devolver al Noble Arte todo lo que este le había dado, aunque, siendo justos, habría necesitado tres vidas enteras para lograrlo.

A Fernando le gustaba enseñar y transmitir todo lo que él había aprendido a base de trabajo y hostias. Siempre tenía una reflexión o una anécdota para cada circunstancia. Su sonrisa era afable y cariñosa, pero cuando se ponía serio, sus chicos sabían que podía arder Troya.

Cuando alguien le preguntaba por su oficio, él siempre respondía igual:

—No soy más que un pequeño aprendiz de entrenador de boxeo.

—¿Pequeño? —El metro ochenta de Fernando y su espalda ancha solían provocar una respuesta incrédula ante el adjetivo.

—Sí, pequeño, porque en esta vida hay que ser humilde: mucho cuidado con quién pisas al subir, porque te los encuentras al bajar. Y también aprendiz, porque el día que deje de aprender, dejaré de enseñar. Porque el verdadero maestro es el que aprende de sus alumnos, el verdadero entrenador el que aprende de sus deportistas y el verdadero padre el que aprende de sus hijos.

Fernando se había criado en Carabanchel y había abierto su gimnasio en el barrio Lucero. La zona era complicada, pero a él le daba igual. Es lo que tiene criarse en un barrio bravo, que no se olvida. El local estaba en una nave industrial que había sido un lavadero de coches.

Cuando había ido a verla, antes de alquilarla, no tenía ni luz ni agua. La dueña se la había enseñado ayudándose de unas linternas y no hacía falta esforzarse para oír a las ratas correr de un lado a otro. Aquello, más que un local comercial, parecía el escenario de una película postapocalíptica, pero Fernando había sabido ver las posibilidades y, con mucho cariño e ilusión, había logrado llenar de vida aquel espacio.

En la puerta, escrito en letras blancas, lucía su lema: «El boxeo es vida, vive duro».

25

Cuando terminó la mili, Cola informó a sus padres de que no pensaba seguir con los estudios. La noticia fue recibida con desagrado, pero no hubo forma de hacerlo cambiar de opinión. Por supuesto, aquello sirvió para que su madre sumara una nueva afrenta a la lista de agravios, pero él sabía que aquella batalla estaba perdida. Carmen hacía tiempo que había abandonado su equipo para pasarse al de su hermano pequeño, Roberto, mucho más formal y tranquilo que el primogénito.

Así era la vida, no había más que hacer.

Cola era consciente de que el boxeo no le reportaría ingresos a corto plazo y sus padres le dejaron claro que no pensaban mantenerlo, así que lo primero que hizo fue buscar un trabajo legal para cubrir sus gastos.

Su primer oficio fue como limpiador en el teatro Apolo de la plaza Tirso de Molina. El horario era lo que menos le convencía: de lunes a sábado, seis horas todas las mañanas. Y es que a él nunca le había gustado madrugar, aún menos si la noche anterior había sido larga. Muchas mañanas, al entrar a trabajar, se cruzaba con un tal Joaquín Sabina que iba de retirada después de cerrar su Mandrágora. Cola le envidiaba enormemente la suerte de poder irse a dormir cuando a él le tocaba empuñar sus armas. A saber: la ballesta para limpiar los cristales y el aspirador para las moquetas.

Los jueves cambiaba el teatro Apolo por el cine Avenida de la Gran Vía y aquel destino fue el que truncó su prometedora carrera en el gremio de la limpieza. La culpa la tuvo un encargado que no veía con buenos ojos que aquel chaval de barrio pasara los descansos durmiendo en el patio de butacas.

Todo se torció el día que el tal encargado irrumpió en la sala y

despertó a Cola a gritos. Este que, como los gatos, tardaba menos de un segundo en despejarse cuando lo sobresaltaban, se cagó sonoramente en todos los difuntos del tipo.
De los gritos pasaron a las manos y Cola lo mandó al suelo de un empujón.
La sorpresa llegó cuando iba a darse la vuelta para seguir con lo suyo. El encargado sacó del bolsillo una navaja de grandes dimensiones y se levantó dispuesto a usarla. En la calle no le habría pasado, porque no solía relajarse en mitad de una pelea, pero quién demonios iba a pensar que su jefe era tan bravo.
En cualquier caso, aunque hubiera perdido la ventaja, lo de rendirse no estaba en su diccionario. Miró a su alrededor, vio la aspiradora, que por lo menos debía de pesar veinte kilos, la agarró y se la lanzó a la cabeza. Resultado: quien dormía ahora en la platea no era Cola, sino su jefe.
Por supuesto, el chaval no se quedó a ver cómo acababa la cosa, sino que tomó las de Villadiego para el barrio, que el final lo podía intuir.
Aquella tarde llamaron a su casa del trabajo. Si no volvía a aparecer por allí, no le denunciarían. Trato hecho.
Después de aquello, Cola empezó, como su padre, a conducir vehículos, pero al final regresó también a su antiguo negocio del hachís.
Era lo que mejor se le daba y lo más rentable.
Lo de ser legal resultaba muy complicado.

26

En sus ratos libres, Cola empezó a indagar por el barrio y, al final, alguien le habló de un sitio en Lucero donde un exboxeador se dedicaba a entrenar a chavales. La cosa sonaba bien, así que decidió ir a ver qué se cocía.

Después de dar un par de vueltas y perderse otras tantas, lo encontró. Una nave industrial que había visto tiempos mejores. Sobre la puerta abierta, unas letras blancas que decían: «El boxeo es vida, vive duro». A Cola le llamó la atención la frase, aunque no estaba seguro de entenderla. Frente a la nave había una especie de terraplén con árboles y arbustos. El carabanchelero buscó un lugar desde donde mirar sin ser visto y se pasó toda una tarde observando la actividad dentro de aquel gimnasio.

Enseguida vio al que supuso que era el exboxeador. Su envergadura, pero, sobre todo, su nariz chata lo delataban. Él también se había roto la nariz unas cuantas veces y sabía reconocer una cuando la veía. El tipo tenía el pelo largo y rizado, negro azabache, como el suyo, y no dejaba de hablar y gesticular.

Cola sabía que en algún momento tendría que entrar a hablar con ese hombre y presentarse, pero se sentía incapaz. Todo el desparpajo y la chulería que mostraba en sus trapicheos o en los partidos de fútbol no eran más que una fachada. En el fondo, él era un chaval tímido. No podía entrar allí siendo el Cola que la lía y trapichea, tenía que entrar como entraba a casa del abuelo. Y se moría de vergüenza solo de pensarlo. Le daba pudor presentarse y hablar con aquel hombre al que, posiblemente, había visto boxear de pequeño en la tele del abuelo. Seguro que al ver sus pintas lo mandaría con viento fresco. Y, entonces, ¿qué? No podía perder aquella oportunidad.

Cuando empezó a caer la noche, vio salir por la puerta a los alumnos

recién duchados, que se subieron en sus coches o emprendieron el camino hacia el metro Alto de Extremadura, que quedaba allí cerca. El último en salir fue el exboxeador y, al verlo, la impulsividad ganó la batalla a la timidez y Cola salió precipitadamente de su escondite.

Fernando, que no solo se había pegado en el cuadrilátero, sino también en muchas puertas de discoteca, se volvió instintivamente y se puso en guardia. No como en el ring, claro, que eso habría sido patético, sino de lado, con el pie derecho adelantado, el puño izquierdo, su puño bueno, cerrado y los ojos en busca de la mandíbula del rival.

Para su sorpresa, lo que vio fue a un chaval tropezando y golpeándose torpemente contra el coche aparcado frente a la puerta, aunque de buenas a primeras no supo si era un patoso o un yonqui.

—No te acerques más que te reviento —dijo Fernando, por si acaso.

Cola entendió que lo estaba haciendo todo mal, así que se quedó clavado en el sitio y con su mejor expresión de no haber roto jamás un plato empezó a decir:

—¡Perdón, perdón! Solo quería hablar con usted.

—Pues no son maneras, amigo mío.

—Ya. Sí. Perdón. Es que no sabía cómo...

—Ya veo, rey. A ver, ¿qué quieres?

—Quiero entrenar con usted.

—Pues no sé yo, porque como seas así de torpe en el ring...

Cola agachó la cabeza y negó mirándose la punta de los pies. Tenía que decir algo que convenciera a ese hombre de que iba en serio.

—¿Puedo hacerle una pregunta?

—Claro, dime.

—¿Qué quiere decir «el boxeo es vida, vive duro»?

—Pues que la vida a veces es más dura que el boxeo, pero que el boxeo puede salvarte la vida.

—Eso es lo que yo necesito.

—¿Cómo te llamas, chaval?

—Me llaman Cola de lagartija.

—Yo soy Fernando. Vuelve mañana y a ver qué podemos hacer.

27

Cola empezó a ir donde Fernando tres días por semana a ultimísima hora de la tarde, después de trabajar, cuando todos los demás usuarios del gimnasio se habían ido ya a casa. La elección de la hora no había sido casual.

El ambiente del local le incomodaba.

Una cosa era darse de hostias en la calle, en una pelea de verdad; otra era imitar las películas de kung fu con Raúl en la tapia, donde nadie los veía; y otra muy distinta era ponerse allí en medio a dar golpes a un saco, o a saltar a la cuerda o a lo que fuera que le pidiera el entrenador y que lo vieran los demás.

Cola se sentía torpe.

Observado.

Juzgado.

Y eso le ponía la cabeza a mil, que era justo lo contrario de lo que buscaba en el boxeo.

En cambio, cuando estaba a solas con Fernando todo era distinto. Se dejaba llevar y sentía que había tomado la decisión correcta.

28

Cola de lagartija decía que era tímido, pero Fernando sabía que aquello suyo no era timidez, era introversión malsana.

Lo había visto el primer día. No tenía ni idea de dónde había salido aquel chico, pero en esos ojos azules, tan faltos de brillo como los suyos, vio una tristeza y una soledad impropias de alguien tan joven. Cola necesitaba que alguien le echara una mano, y Fernando asumió la tarea con ganas y entusiasmo.

Lo primero que notó en él cuando empezaron a entrenar fue que Cola no se relajaba nunca. Jamás. Su cuerpo reaccionaba a la mínima, siempre tenso, siempre esperando lo peor. Siempre alerta. Cualquiera diría que se había criado en una zona de guerra.

Lo segundo que notó fue su silencio. Cola no abría la boca más que lo justo. Nunca una palabra de más. Nada de charla intrascendente. Pero Fernando era perro viejo y sabía que en aquel silencio obstinado latía una llamada de auxilio que el chaval no sabía articular. Como si llevara tanto tiempo sin hablar que hubiera olvidado cómo hacerlo.

El chico le había pedido entrenar a solas y Fernando, después de verlo en acción rodeado de gente, había accedido. Era obvio que temía la mirada ajena. Temía lo que los demás pudieran pensar de él, y ese miedo lo paralizaba. Lo paralizaba en el gimnasio y, seguramente, lo volvía agresivo fuera, que Fernando tenía experiencia en estas lides y sabía reconocer a un chaval con problemas en cuanto lo veía. Lo de entrenar a solas le suponía a él llegar más tarde a casa, pero decidió que valía la pena.

«No hay nada más extraordinario que ayudar a otro ser humano», se decía Fernando a menudo.

Y a él le encantaba hacer cosas extraordinarias.

29

Encerrados entre aquellas cuatro paredes llenas de pósteres de boxeo, Fernando empezó por lo más básico.

—Vamos a ver, chaval. Que tú pelear ya veo que sabes, pero de boxear no tienes ni idea. Recuerda esto: un puñetazo lo puede lanzar cualquiera, ahora, hacerlo bien es otro cantar. Y eso solo se consigue trabajando.

Cola asintió cerrando los puños.

—El boxeo es un deporte muy sincero —siguió Fernando andando en círculos a su alrededor—, para bien o para mal, te va a poner siempre en tu sitio. Recuerda siempre que el ring pide humildad, pero no confundas jamás ese magnífico principio ético con el miedo a brillar. Esto no va de sentirse más que nadie, sino de intentar ser siempre la mejor versión de ti y de crecer como persona.

Durante las primeras semanas, Fernando comprobó aliviado que Cola no era tan torpe como le había parecido la primera vez que se habían visto. Al contrario, era bastante coordinado. El fútbol y las prácticas con Raúl en la tapia del cementerio le habían dado cierta psicomotricidad y coordinación que se notaban en los entrenos.

Lo que no le gustaba tanto era que el chaval era puro nervio, cambiaba constantemente la guardia y la posición.

—Quieto, ya, niño, que mareas. ¡Te mueves más que los precios!

—No puedo, señor profesor.

Fernando suspiraba, miraba al cielo y se encomendaba a todos los santos para tener paciencia.

—Pero a ver, tú con qué mano escribes, chaval.

—Con la izquierda.

—Nos ha fastidiado, ¡otro zurdo, como yo! Pues me temo que vas a tener que aprender a dar el jab con la derecha.

Fernando le explicó que el jab era un golpe directo con la mano adelantada.

—Es el golpe que abre camino, al que recurres cuando dudas. Un puñetazo seco, percutante, con rebote. No saber manejar el directo es como tener novia y no llevarla al cine los domingos. ¿Tú tienes novia, Cola?

—No, señor profesor.

Fernando sonrió y le alborotó el pelo. Lo primero que tenía que conseguir era hacer una grieta en aquella coraza de introversión y timidez.

Y teniendo en cuenta que el jab era el mejor golpe cuando dudas y que la timidez es la expresión máxima de la incertidumbre, Cola iba a tirar jabs hasta hartarse.

30

Aunque le costara admitirlo, una de las cosas que más le gustaban a Cola de ir al gimnasio eran las conversaciones con su entrenador. Aunque hablar, lo que se dice hablar, casi siempre hablaba solo Fernando. Él se limitaba a escuchar, asentir o hacer alguna que otra pregunta, pero aquello le bastaba para sentirse a gusto. De hecho, los ratos que pasaba en el gimnasio le recordaban a las tardes con el abuelo. Era la primera vez desde su muerte que Cola se sentía arropado por un adulto. La primera vez que no tenía la sensación de estar siendo juzgado, sino escuchado. Y le gustaba.

—Al poco de empezar a practicarlo, el boxeo te regala tres cosas —le había dicho una tarde Fernando—. La primera es la física. Tú ya venías fuerte de casa, pero seguro que te has fijado en cómo te ha cambiado el cuerpo en estas pocas semanas, ¿a que sí?

El joven asintió sin dejar de golpear el saco que sostenía Fernando.

—La segunda es la psicológica, porque estar fuerte sienta bien y eso lo notas en el ánimo y en otras cosas.

Cola pensó que eso también era cierto. Aunque su cabeza seguía yendo a mil por hora la mayor parte del tiempo, había momentos en el gimnasio en los que todo se detenía, casi como cuando se dedicaba a las carreras ilegales de coches. Y también era verdad que casi siempre salía de allí con una sonrisa. Cosa rara en él.

—Pero la tercera es, para mí, la más importante: los valores. Constancia. Sacrificio. Disciplina. Motivación. Y, aunque ahora no te lo parezca, pertenencia a un grupo. A mí fue todo esto lo que me salvó.

—¿Por qué? —A Cola le interesaba mucho aquello. Para ser sinceros, lo de la disciplina y esas cosas lo llevaba regular. Seguía saliendo por las noches, seguía bebiendo y fumando porros y, en general, cuando le

tocaba coger la furgoneta por las mañanas, seguía haciéndolo con resaca. Sus veinte años le permitían cometer todos aquellos excesos y aun así entrenar con cierta solvencia, quizá por eso no entendía de qué demonios le podían servir todos esos valores.

—Si sigues entrenando y lo haces bien, ya lo entenderás.

Cola alzó las cejas decepcionado y siguió con lo suyo.

31

Una tarde, mientras Cola ayudaba a Fernando a recoger el material antes de irse a casa, le preguntó cómo había llegado a abrir aquella escuela. Fernando lo miró algo sorprendido y sonrió. Aquella era posiblemente la primera pregunta personal que le hacía el chico, y le alegraba ver cómo se resquebrajaba poco a poco el muro de silencio y timidez.

—Bueno, a ver. Si te soy sincero, yo nunca quise ser entrenador. Es que no me gustaba nada, ¿sabes? A mí lo que me gusta de verdad es aprender. Además, aunque no te lo creas, yo de joven era bastante así, como tú. Tímido. Callado. —Cola lo miró con incredulidad—. ¡Que sí! ¡Te lo juro! ¡Había que sacarme las frases con sacacorchos! Pero al final todos somos esclavos de nuestras circunstancias, ¿no? —Cola asintió—. Vamos a ver, lo de dedicarme al boxeo no fue una decisión fácil, la verdad, pero hay trenes que solo pasan una vez en la vida, o los coges o los pierdes. Yo por aquel entonces peleaba en amateur y trabajaba de repartidor. Había ganado unos cuantos combates y, si quería dar el salto al boxeo profesional, no podía esperar más. El problema era que en casa tenía a mi esposa y un bebé. Tres bocas que alimentar, las letras de la furgoneta que usaba para el trabajo, muchos gastos y muchas responsabilidades. Ser boxeador iba a conllevar unos sacrificios que íbamos a sufrir todos. Tenía que ser una decisión consensuada con mi familia. Para poder rendir al máximo como boxeador no podía pasarme diez horas al día metido en una furgoneta subiendo y bajando paquetes, tenía que entrenar a diario. Pero cuando uno desea mucho una cosa y pelea por ella, parece que todo se dirige a alcanzarla. Y justo entonces Juan, mi entrenador, me propuso dar clases en uno de los gimnasios más antiguos de Madrid, el Metropolitano. Y yo no lo dudé ni un segundo, me agarré a la

oportunidad y la aproveché al máximo. Y a partir de ahí, empezaron a llamarme de más gimnasios y me convertí en un nómada del boxeo. Con lo que ganaba, me daba para ir tirando en nuestro pisito barato de alquiler con renta controlada. En aquella época me apunté más de una vez a peleas que igual no tendría que haberme apuntado solo para ganar unas perras, pero al final todo aquello me sirvió mucho para aprender y coger tablas. Además, como necesitaba la pasta, peleaba con uñas y dientes. Aprendí muchísimo.

—¿Y yo cuándo podré pelear? —Fernando no había podido evitar ver el brillo en los ojos del chaval.

—Aún te queda mucho, rey. Tú sigue viniendo y ya veremos.

Fernando vio que Cola fruncía el ceño contrariado.

Aquel chaval era puro nervio, pero aún no estaba preparado.

32

Su trabajo había convertido a Fernando en un gran observador.

La única forma de hacer brillar a sus chicos era leer sus movimientos, sus cuerpos, sus reacciones, para así poder ir modelándolos y aconsejándolos hasta lograr su mejor versión.

El cuerpo de Cola gritaba tensión.

Y eso no podía ser.

Fernando lo notaba sobre todo cuando practicaban el golpe con la mano atrasada, la mano buena, ese directo con los nudillos que te puede acabar el pleito en un santiamén. En el caso de Cola, como buen zurdo, su mano buena era la izquierda. Estaba claro que en él todo era al revés, pero ese no era el problema. El problema era que Cola siempre tenía esa mano tensa, congestionada, estresada.

—A ver, chaval, ¿no ves que así no golpeas, solo empujas? ¡Suelta ese brazo!

—Ya lo intento, señor.

—Pues inténtalo más.

Pegar con la mano buena es dar con todo, pero Cola no podía.

Le pasaba igual en el ring que en la vida. No era capaz de comprometerse al máximo, de cerrar los ojos y confiar, de entregarse. Siempre estaba en guardia y esa era su maldición.

Fernando supo que si quería desbloquear a aquel chico primero tendría que convencerlo de que no había nada que temer. De que, por fin, había llegado a un puerto seguro.

Para lograrlo, solo había un camino: practicar, practicar y practicar. El recto con la mano de atrás, como todo golpe de boxeo, tiene decenas de variantes y Cola las aprendió todas hasta que empezaron a salirle sin pensar. Así, poco a poco, fue sucediendo precisamente lo que Fernando quería y esperaba.

33

—¡Otra vez! ¡Otra! ¡Otra!

Fernando era un fanático de la repetición y eso a Cola le sacaba ligeramente de quicio. Él, que desde siempre había tenido problemas para concentrarse y estar mucho rato haciendo lo mismo, estaba descubriendo que en el boxeo había mucho de eso, y no le estaba gustando nada.

Pero todo cambió una tarde en la que estaba repitiendo por enésima vez una combinación de golpes y esquivas que le había enseñado Fernando. Era como una coreografía. Tirar el golpe, subir la guardia, esquivar. Tirar el golpe, subir la guardia, esquivar. Tirar el golpe, subir la guardia, esquivar. De repente, se hizo el silencio, y Cola se sintió totalmente en el momento. Estaba allí. Ni antes ni después. Su cabeza no andaba desbocada y su cuerpo no estaba exageradamente tenso, sino a su disposición. Cola estaba bailando consigo mismo y se sintió completamente en paz.

Una sensación muy rara que le recordó de forma vaga a aquellos tiros en la peletería o a cuando había atravesado corriendo el barrio de chabolas tirando de Juanito. Solo que en el gimnasio y en aquel momento no había peligro. No había nada. Solo él y el movimiento.

La voz de Fernando lo sacó de su ensueño.

—Ahora sí. Bien hecho. ¿Lo has notado?

—Sí, señor.

—Es bonito estar aquí y ahora, ¿eh?

—Sí, señor.

—Pues eso es lo que tienes que lograr hacer siempre sobre el ring.

Cola dibujó una sonrisa de oreja a oreja que pilló a Fernando totalmente desprevenido. Era la primera vez que la veía.

—Ahora que ya llevas un tiempo entrenando habrás notado que

boxear es una buena manera de canalizar la agresividad y regular la ira, ¿verdad? —Cola pensó en que últimamente no perdía tanto los nervios en casa con sus padres o su hermano y era mucho más capaz de controlarse cuando había algo que lo sacaba de quicio—. Mi teoría es que boxear nos acerca a nuestra naturaleza animal, que para muchos es pelear, y que, por eso, jugar a pelear nos regula, nos hace empatizar con el daño que hacemos y con el que recibimos y, al final, nos obliga a estar presentes y en el momento, no antes ni después, sino ahora. ¿Como los monjes esos que meditan? Pues igual. Y eso es bueno para el coco, chaval, créeme.

A aquellas alturas, Fernando ya sabía que Cola era un boxeador instintivo y que la única forma de ayudarlo a alcanzar su potencial era encarrilar su salvajismo. Y para lograrlo, más que enseñarle técnica, que también, tendría que enseñarle a usar su intuición.

De momento, iban por buen camino.

34

Cola mejoraba a ojos vista, pero seguía teniendo muchos tics de los años pasados en la tapia del cementerio con Raúl. Tanto tiempo jugando a pelear había dejado huella. Era muy proclive al descontrol, a desconcentrarse, a no tomárselo tan en serio como debería.

—Mira, chaval, a ver si lo entiendes de una vez: tú puedes jugar a cualquier deporte, pero no al boxeo. Aquí no puedes ni dudar, porque te estás jugando el tipo. ¿Lo entiendes?

—Sí, señor.

—¡Qué atrevida es la ignorancia! Siempre dices que sí, pero yo no lo veo.

Un día, al acabar de entrenar, Fernando decidió invitar a Cola a un refresco y hablar seriamente con él.

—Cuando te digo que el boxeo no es un juego, no lo hago por darte la murga. Que yo he sido monaguillo antes que fraile y, cuando empezaba, también me tomé esto a pitorreo. Hasta que, un día, se me quitó la tontería de golpe. En mi caso fue con el *kick-boxing*, pero lo que me pasó aplica a todos los deportes de contacto. Fue en un campeonato internacional. Por aquel entonces, allí se mezclaban amateurs y profesionales y el sistema era ir pasando eliminatorias hasta llegar a la final. En mi categoría eran todos soviéticos y tenían cara de tener muy malas pulgas. La primera pelea me tocó contra el campeón de Europa que, además, era la estrella local. Todo el pabellón clamaba su nombre. Me veían como carne de cañón, pero yo tenía otros planes. Empecé metiéndole dos *low-kicks* de izquierda en su pierna adelantada y enseguida noté que el tipo se preocupaba mucho por el daño que podría llegar a hacerle en las extremidades inferiores. Yo, que otra cosa no, pero listo en el ring lo era un rato, fijé la mirada en esa misma pierna antes de soltar mi siguiente golpe y, cuando el

otro la levantó para evitar que le diera, yo cambié la trayectoria para darle en la cabeza, con tan mala suerte que le di con la espinilla en la mandíbula y el tipo cayó como un saco. El pabellón entero soltó un respingo y yo empecé a dar saltos de alegría. Pero la euforia se me pasó en cuanto vi que el tío no se movía. No reaccionaba.

Cola miró a Fernando con los ojos muy abiertos.

—¿Se murió?

—No, no se murió. Pero lo mandé a dormir cinco minutos. Y no sabes lo largos que se me hicieron. Eternos. Se me llenó el culo de preguntas. Además, yo qué sé, igual le hice daño de verdad. Igual le dejé secuelas. No hice nada ilegal. Mi golpe fue bueno y él tendría que haber sido más listo, pero aquellos cinco minutos de mirar a un tío inconsciente me hicieron comprender por primera vez y de verdad que lo que hacemos sobre el ring no es ninguna broma. Que si no estás concentrado o no te lo tomas en serio, las cosas se pueden torcer en un segundo y acabar en el hospital o algo peor. Incluso haciéndolo todo bien te puedes lesionar. Esto no es un juego, ni una película... —Fernando miró a Cola con intención. El chaval le había hablado un poco de sus intentos de imitación de Bruce Lee y Chuck Norris. Y aunque, para qué negarlo, a él también le gustaban aquellas películas, él sí sabía que lo que se veía en pantalla eran coreografías, no peleas de verdad—. Mira, de hecho, después de aquel combate, en ese mismo campeonato, yo mismo acabé en el hospital. El siguiente soviético con el que peleé se lanzó sobre mí con los puños por delante. El tío salió como un vendaval soltando manos a diestro y siniestro. Normal, claro, porque su entrenador ya había visto lo que hacía yo con las piernas, así que le dijo que acortara distancias y se metiera en las trincheras para jugar con los puños. Yo me protegí lo mejor que pude hasta que le vi abrir la boca en un gesto de cansancio. «Esta es la mía», pensé yo, y le lancé un golpe con la izquierda. Pero antes de que mi guante llegara a rozarlo caí de culo sobre la lona. De primeras no sabía qué demonios había pasado. Luego ya até cabos y entendí que el otro había sido más rápido y me había calzado un recto de derecha que, de regalo, me había roto también la nariz. Y para postre, como había viajado sin entrenador, no había nadie en mi esquina para echarme

una mano. Pero me levanté. Sangrando como un cerdo y medio mareado, pero me levanté y seguí peleando. Y qué peleón nos marcamos. A mí solo me quedaba una opción, que era sacarlo del ring, porque con un asalto perdido y una caída o lo noqueaba o no había nada que hacer. El enfrentamiento fue espectacular y lo declararon el combate del campeonato, pero al final fue el soviético el que se lo llevó y a mí me subieron en una ambulancia camino del hospital. El trance fue complicado. Estábamos al otro lado del telón de acero, yo no hablaba el idioma y todo tenía pinta de añejo, de desgastado.

Cola estaba fascinado con el relato. Él, que ni siquiera había salido nunca de Madrid, apenas podía imaginar cómo era estar peleando en un país extranjero.

—Me metieron en un quirófano de baldosines antiguos con la pintura del techo agrietada y aparecieron un médico y una enfermera con las batas raídas del uso y haciéndome gestos para indicarme que me iban a anestesiar. Yo les dije que ni de coña, porque no me fiaba, y que me colocaran la nariz sin miedo, que mis fosas nasales estaban acostumbradas a fracturas de todo tipo. Me faltó poco para desmayarme, la verdad, pero aguanté. No veas, entre el directo de derecha y las tenazas de aquel médico, no fue mi mejor día...

Fernando se echó a reír y Cola con él. Le encantaba que su entrenador le contase anécdotas e historias de su vida. Y aunque hasta entonces el joven nunca había imaginado un futuro más allá de su barrio, a partir de ese instante empezó a pensar en grande. Quizá el boxeo le permitiría viajar y ver mundo. Conocer gente de otros países. Hacer cosas que no tuvieran nada que ver con conducir una furgoneta y fumarse unos porros en el parque.

Quizá.

Ojalá

35

—¿Qué pasa? ¿Que tú no saludas o qué?

Cola, que aquella tarde había llegado un poco antes, se sobresaltó al oír el grito de Fernando salido de no sabía bien dónde. Acababa de cruzarse con un grupo de chavales que se iban ya a sus casas y, en su más puro estilo de tío tímido, se había mirado la punta de las zapatillas y había pasado de largo sin decir ni mu.

—¿Qué?

—Que si no saludas. ¿O es que te crees mejor que ellos?

—No, yo...

—No quiero excusas de ningún tipo. Yo no entreno a maleducados. Me da igual que no llegues nunca a ser un campeón del mundo, siempre y cuando seas una persona educada. ¿Oído?

—Sí, señor.

—Mira, Cola, yo he conocido a muchos boxeadores y siempre me fijo en su comportamiento tanto dentro como fuera del cuadrilátero, porque según eres en la vida así serás en el ring. Y viceversa. Dime cómo boxeas y te diré quién eres. Los boxeadores decididos son decididos en la vida y las personas decididas en la vida lo son igual entre las dieciséis cuerdas. Y lo mismo pasa con la educación, ¿lo has entendido?

—Sí, señor.

—Vale, pues al lío.

Aquella tarde, Fernando empezó a introducir a Cola en el mundo de los golpes que se tiran en la distancia corta.

—Los puñetazos cortos son demoledores, pero también arriesgados, porque te estás metiendo en las trincheras. Es una zona sin medias tintas, donde las balas silban a tu alrededor. Aquí no puedes dar un golpe flojito como esos que ponemos a veces en la distancia larga para

engañar. Aquí hay que poner toda la carne en el asador. Las manos flojas no tienen sentido.
—Sí, señor profesor.
Fernando asintió. En realidad, aquella arenga no era muy necesaria con Cola. Su problema, si acaso, era el contrario, que él siempre echaba el resto en cada golpe, daba igual a qué distancia se encontrara. Tenía más rabia que picardía. Quizá porque se había pegado mucho en la calle, donde siempre conviene acabar rápido y, a poder ser, por KO. Y eso se notaba en su forma de moverse y de golpear el saco. Siempre sin cuartel. Por eso, Fernando no se cansaba de repetirle:
—No olvides nunca que por KO puedes ganar y puedes perder. Como solemos decir aquí: en el riesgo está el placer, pero en la distancia corta ese placer puede acabar siendo una siesta gratis.
Cola siempre se reía ante esa afirmación. Como cualquier chaval de apenas veintiún años, se creía invencible, imposible de tumbar.
—Aquí en la distancia corta tenemos los golpes curvos. —Cola pensó que Fernando tenía la tarde habladora—. Los ganchos, que cuando el brazo va paralelo al suelo se llaman *crochets* y cuando van en perpendicular, *uppercuts*. —Fernando gesticulaba y rozaba la cara de Cola con sus nudillos desnudos—. De todos, el *uppercut* es el golpe más peligroso, pero también el más contundente. Ahora bien, como es un puñetazo que va de abajo arriba, darlo implica dejar tu cara desprotegida. —Fernando se estaba emocionando. Llegados a ese punto, gesticulaba tanto que casi sudaba más que su pupilo—. Y aquí es donde tienes que empezar a tomar tus decisiones. Puedes decidir arriesgar menos, pero entonces ralentizarás la técnica. Y en el boxeo velocidad es calidad, no podemos ni debemos renunciar nunca a ella. —Cola vio que Fernando se había metido a fondo en la explicación y ya casi hablaba como si estuviera solo—. Si quieres arriesgar menos, agáchate más y no separes la mano de tu cara, pero para cuando quieras pegar a tu rival este te estará esperando en el bar tomando una copa. —Fernando parpadeó como si regresara de un lugar muy lejano. El joven pensó que, seguramente, aquella explicación lo había transportado a un recuerdo—. En resumen, que me lío: el éxito

siempre está al otro lado del muro del riesgo. La vida son golpes y decisiones, y las decisiones más importantes que tomes serán siempre después de cada golpe. No lo olvides nunca.

A modo de conclusión, Fernando le alborotó el pelo a Cola y se quedó tan ancho.

36

Fernando estaba ayudando a Cola a quitarse los guantes después del entrenamiento cuando el chaval le soltó la pregunta a bocajarro.

—Fernando, ¿a ti te daba miedo subirte al ring?

—¿Tú qué crees?

—Supongo que no.

Fernando negó con la cabeza y le miró fijamente.

—Pues claro que sí. ¿Te crees que soy idiota?

Fernando estaba esperando que llegara el día de tener aquella conversación. En realidad era algo ineludible con todos los chavales a quienes preparaba. El miedo está indisolublemente unido a los deportes de contacto y, como entrenador, era su responsabilidad transmitírselo a los chavales.

—Siéntate aquí y escúchame bien, porque esto es importante. Puede que sea la lección más importante que te voy a dar jamás. —Cola se sentó y apoyó la barbilla sobre sus manos en un gesto de concentración—. ¿Tú sabes quién era Cus D'Amato? —El joven negó con la cabeza—. Pero Mike Tyson sí, ¿no? Vale. Pues Cus D'Amato era su entrenador y, antes que a él, entrenó también a José Torres y Floyd Patterson, todos campeones del mundo. Cus D'Amato siempre preguntaba a sus boxeadores quién era su mejor amigo, y cuando ellos respondían el nombre de alguien él siempre les decía: «No, tu mejor amigo es el miedo».

—Pues no lo entiendo.

—Mira, Cola, el miedo es como el fuego: si lo controlas, trabaja para ti; si no, te devora. O como una bola de nieve en lo alto de una colina. Mientras está allí quieta no hace nada, pero si empieza a rodar ladera abajo se va haciendo cada vez más grande hasta arrasar con todo.

—Pero entonces, ¿me estás diciendo que tú tenías miedo cuando

peleabas?
—Pues claro. Cuando empecé tenía en casa una esposa y un bebé que dependían de mí. Luego en lugar de uno fueron dos. ¿Cómo no iba a tener miedo? Pero asumía mi responsabilidad y salía de casa todos los días a entrenar o a pelear, lo que tocara. Porque valiente no es quien no tiene miedo, es quien aun teniéndolo lo supera. No tener miedo es de locos.
Cola se dio por aludido. Pensó en sus aventuras con el Tele y el Fitipaldi. En cómo les daba igual todo. No tenían miedo porque ni pensaban en las consecuencias. Por eso había acabado vomitando aquella noche después del robo en la peletería. Porque por primera vez había sido consciente del peligro. Y se había cagado encima.
—Mira, chaval —Fernando seguía hablando—, yo me pasé años acojonado desde el amanecer hasta la puesta de sol, pero huevos nunca me han faltado. Porque una cosa no quita la otra. Sabía que tenía responsabilidades en casa igual que sabía que había elegido una forma de vida complicada, con ingresos irregulares y en unos deportes que un día me calzaban un puñetazo que me dejaban un ojo a la virulé y otro me daban una patada que me dejaban cojo un mes.
Cola pensó que tenía suerte de no tener novia ni grandes responsabilidades. Era verdad que quería irse a vivir solo, porque estaba harto de tener que aguantar las charlas y los sermones de sus padres, que no entendían qué estaba haciendo con su vida. Pero eso no era comparable con tener que mantener a un bebé.
—Mira, Cola, cada cual tiene su carácter, pero lo normal al principio con el miedo es enfadarse, huir o bloquearse. Es lo natural, lo instintivo. La mayoría de las personas consideran que el miedo es una emoción negativa. En psicología, no me mires así, la psicología es muy importante en el boxeo, en psicología, te decía, se habla a menudo de cinco emociones básicas: alegría, tristeza, ira, asco y miedo. Y, en condiciones normales, podríamos decir que cuatro de ellas son negativas y solo una, la alegría, es positiva. Ya ves, cuatro contra una. Imagínate lo mucho que hay que esforzarse para estar bien. Entonces, ¿por qué no hacer que el miedo juegue en nuestro favor?
—¿Y eso cómo se hace? —La voz de Cola sonaba incrédula. Respetaba

mucho a Fernando, pero él siempre había pensado que el boxeo era algo más instintivo, más de tripas, de tipos duros y dispuestos a partirse la cara. Todo aquello de la psicología y el miedo le sonaba a paparruchas. En su barrio si tenías miedo se te comían. Punto pelota.

—A mí el miedo me llevó al principio por el camino de la amargura. A veces me bloqueaba y a veces me ponía demasiado nervioso, pero el caso es que siempre me perjudicaba. Y por mucho que intentaba engañarme y convencerme a mí mismo de que yo no era un cobarde y no temía nada, la emoción seguía ahí. Hasta que un día comprendí que necesitaba ayuda y que eso no significaba que fuera débil. Sino todo lo contrario. Todos somos vulnerables y reconocer esa vulnerabilidad es lo que nos hace fuertes. Busqué un buen psicólogo deportivo y fue él quien me dio las claves para abrazar mi miedo y convertirlo en mi aliado. Fue uno de los procesos más complicados de mi vida. El combate más duro al que me he enfrentado. Pero si yo lo logré tú también puedes. Así que apunta bien.

—Yo no he dicho que tenga miedo. —Cola había saltado como un resorte. Fernando siguió hablando como si no hubiera oído nada.

—El primer paso es reconocer que tienes miedo. —Al entrenador se le escapó una sonrisa pícara—. Aquí entra en juego otra emoción llamada vergüenza, que no deja de ser una forma de miedo: el miedo a lo que piensen los demás. Porque, claro, si a uno ya le cuesta reconocer lo que siente, peor es pensar que los demás también lo ven y lo saben. Aunque, al final, vivir pendientes del qué dirán es un yugo que nos limita. Por ejemplo, nos obliga a entrenar en un gimnasio vacío, no sé si te suena...

Cola bajó la cabeza al sentir que se ponía colorado.

—Créeme, que te importe un carajo lo que piense el vecino es el primer paso hacia una vida más alegre y, para lograrlo, lo importante es ser capaz de reconocer los propios errores y defectos.

El joven asintió mirando al suelo.

—El segundo paso es conocer bien tu miedo. Cuanto más sepas y entiendas sobre su origen, más armas tendrás para afrontarlo. La información es poder, pero conseguirla no es gratis. Hay que buscarla y luchar por ella. Hay que investigar. Piénsalo así. Cuando se

enfrentan dos boxeadores, uno experto y uno novato, te aseguro que los dos tienen seguramente el mismo miedo, lo que pasa es que el veterano lo tiene más controlado, porque tiene más experiencia y lo conoce mejor. Vale. Tercer paso: acepta tu miedo. Tal cual. No va a desaparecer, así que es mejor tenerlo a favor que en contra. Asumir el miedo no es rendirse, es entender que hay batallas que no puedes ganar por mucho que lo intentes. También hay quien cree que es más fácil mentirse que admitir la realidad, pero una vida de mentiras no es una vida, sino un teatro. Y por último, pero no menos importante: asume la responsabilidad. Tus actos tienen consecuencias y tu obligación es asumirlas. Da igual si lo que has hecho ha sido o no movido por el miedo. Esto es otra forma de aceptación, la más importante de todas. La que más te hace crecer. Al final, un valiente y un cobarde sienten exactamente lo mismo, es lo que hacen con su miedo lo que marca la diferencia. Así que ya sabes: marca la diferencia.

Cola miró a Fernando aturdido y un poco agobiado. Aquello era mucha información. Cuando le había preguntado a su entrenador sobre lo del miedo había esperado una respuesta mucho más sencilla, que Fernando le asegurara que al pelear sobre el ring toda su inseguridad desaparecería. Y, en cambio, le salía con esas…

El chico se despidió y salió de la nave industrial pensando que lo que tenía que hacer era subirse a la tarima y demostrarle a su entrenador y a sí mismo que todo aquello estaba muy bien, pero que él era distinto.

Que él no era un cobarde.

37

Al cabo de unos días, cuando terminaron de entrenar, Cola volvió a lanzar su bomba.
—Fernando, a mí me gusta mucho venir aquí a entrenar. Pero también quiero pelear. ¿Cuándo voy a poder hacerlo?
Fernando tomó aire y reflexionó un momento antes de contestar.
Lo primero que pensó fue que Cola había elegido perfectamente el verbo, porque si se subía a un ring desde luego que no iba a ser para boxear, porque para eso aún le faltaba bastante. Después pensó que aquella no era la primera vez que Cola le decía algo parecido, y era normal. Todos los chicos quieren subirse a la tarima brava más pronto que tarde, pero su obligación era precisamente evitar que lo hicieran antes de tiempo. Aunque, por otro lado, también sabía que debía encontrar la forma de mantener motivado a Cola. Cuantas más horas pasaba con él, más claras tenía muchas cosas sobre su carácter. Sabía que su paciencia era muy limitada y que si perdía la ilusión por lo que estaban haciendo no tardaría en cansarse, salir por aquella puerta y recuperar todos los malos hábitos que intuía que había tenido antes de aparecer por allí. Porque Cola hablaba poco, pero lo poco que decía le había dado muchas pistas a Fernando sobre sus actividades anteriores.
Hay quienes piensan que dar clases de boxeo es sencillo, pero no lo es en absoluto. Porque el entrenador tiene literalmente en sus manos las vidas de sus chicos. Una mala decisión puede mandarlos al infierno. Un paso en falso puede truncar una carrera prometedora. Pero Fernando no se había metido en aquello porque fuera fácil, sino porque creía en la capacidad del boxeo para salvar vidas.
Así que miró a los ojos a Cola y, con las piernas temblando, hizo un leve gesto de asentimiento.
—Si tú me das, yo te doy. Demuéstrame y te demostraré.

Su pupilo alzó las cejas, entornó los ojos e inclinó la cabeza en un gesto de no entender.

—Pronto —remató Fernando—. Pero antes, tendrás que empezar a guantear, y como no quieres venir al gimnasio a otra hora, tendrás que hacerlo conmigo.

Cola abrió mucho los ojos y dio un saltito de alegría antes de recuperar su habitual coraza de seriedad y silencio.

Fernando pensó que por grande y fuerte que fuera, Cola no era más que un niño, y que seguramente le partirían la cara en el ring.

Pero también que nadie escarmienta en cabeza ajena.

38

Cola empezó con el acoso y derribo inmediatamente después de que Fernando le dijera que la fecha de su debut se aproximaba. Así, igual que había presionado a su madre hacía ya muchos años para conseguir un hermanito, lo mismo hizo con el pobre Fernando, que estaba ya hasta el moño de oírle preguntar «Pero ¿cuándo peleo?».

—¡Cuando dejes de fumar! —respondía a veces su entrenador. O—: ¡Cuando bajes de peso!

Pero lo cierto es que los guanteos entre ambos eran cada día más duros y Fernando, que no estaba acostumbrado a tanta intensidad, algún día había tenido que esforzarse para que el descerebrado de Cola no le arrancara la cabeza de un golpe. Y es que, aunque el chaval se desenvolvía cada día mejor, seguía descontrolándose con facilidad. Por ejemplo, si Fernando quería volverlo loco, solo tenía que pegarle un poco en la zona hepática.

—¿Ves? Ya has vuelto a picar, si es que eres tan fácil de encabronar... Tienes que tener más paciencia, Cola. Tienes que aprender a contar hasta diez.

—Yo ya lo intento, pero es que no se me da bien.

—Pero es que a mí eso me da igual. Aunque no se te dé bien, pues te aguantas y aprendes. Porque hay veces en la vida que no puedes «intentarlo», lo tienes que hacer y punto. ¿Te he contado alguna vez cómo aprendí yo? Fue con mi segundo hijo. Como el primer embarazo había ido muy bien, pensamos que con el segundo sería igual, pero no. La cosa se torció con la ecografía. La primera vez no nos habían hecho, porque no existía aquí en España, pero entonces ya sí. Nosotros emocionados pensando que nos iban a decir si era niño o niña y lo que nos dijeron fue que el niño venía con el pie torcido y que eso podía ser una cosa postural o una alteración cromosómica. Mi mujer y yo

salimos de allí como el que va a un entierro, estábamos petrificados, y lo peor era que aún faltaban cuatro meses de embarazo. No te puedes imaginar lo largos que se nos hicieron. Yo por aquel entonces era una bomba de relojería. Saltaba a la mínima. Y, encima, el crío se retrasó mucho. Mi mujer salió de cuentas por Navidad, pero pasado Reyes aún no se había puesto de parto. Imagínate. Yo ya estaba que me subía por las paredes. A ese paso, el crío iba a nacer con el DNI en la mano y la mili hecha. Nosotros íbamos todas las semanas al hospital a que la revisaran y, al final, la última de enero ya nos quedamos. El médico nos avisó de que el parto iba a ser complicado y, aunque yo quise quedarme con mi mujer, me echaron fuera. Y allí estaba yo, solo en una habitación y esperando noticias. Bueno, solo no, acompañado del miedo más grande que te puedas imaginar. Treinta minutos con la pierna temblando descontrolada y totalmente cagado. Lo único que me apetecía era dar cabezazos contra la pared, llorar desconsoladamente o morder una almohada que había por allí. De hecho, creo que fue una suerte que me pillara ya con treinta años, no como la primera vez, porque si eso me pasa con mi primer hijo, me lío a palos con la almohada, la cama y hasta con la pared.

Cola se echó a reír al imaginar a su entrenador mordiendo cosas.

—El corazón se me salía del pecho y no hacía más que rezar, que yo soy poco de eso, pero siempre es bueno tener esperanza o fe en algo superior. Los segundos parecían horas. Yo oía a lo lejos los gritos de mi mujer y solo podía pensar en entrar allí y rescatarla de las fauces del dolor, pero no podía. No hay nada peor que ver sufrir a alguien que quieres y no poder hacer nada. La vida de mi hijo y la de mi mujer estaban en juego y a mí me habían dejado en el banquillo. Por fin, oí un llanto que me dio la vida. Me llamaron del paritorio y, nada más verlos sanos y salvos, sentí una alegría y un alivio indescriptibles. Al final, todo había ido bien y mi hijo había nacido completamente sano. De aquella experiencia aprendí que era capaz de controlar mis emociones sin dejarme llevar por ellas. De aquel hospital salí con un nuevo hijo y un nuevo compañero de viaje, saber contar hasta diez. Así que aplícate el cuento, Cola.

El joven asintió y durante unos días se esforzó por controlar sus

nervios y su impaciencia. Pero era superior a él. Así que, aunque Fernando siguiera pensando que era muy pronto, que Cola siguiera fumando como un carretero y no hubiera forma de que bajara de los noventa kilos, al entrenador no le quedó otra que claudicar e inscribir al carabanchelero en una pelea oficial.

—Prepárate, porque la semana que viene nos vamos a Malagón.

—¿A Malagón?

—Sí, vas a pelear en el campeonato de Madrid de peso pesado amateur.

—¿En serio?

—Sí. Sois cuatro en el grupo y tu primer combate va a ser contra un chaval más bajito que tú y con poca experiencia, así que la cosa pinta bien.

—Un momento, ¿pero Malagón no está en Ciudad Real?

—Sí, el campeonato de Madrid se celebra en Castilla-La Mancha. Qué quieres que te diga. Más vale que te acostumbres a estas cosas, porque en el boxeo son el pan nuestro de cada día.

Cola asintió con una sonrisa de oreja a oreja. Por fin iba a pelear. Por fin iba a poder demostrar de qué estaba hecho.

39

La semana pasó más lenta que de costumbre, quizá porque Cola no veía el momento de que llegara el sábado. Un par de días antes de la esperada fecha, había quedado con Raúl y se lo había contado todo. Su amigo se alegró mucho por él y se disculpó por no poder ir a ver su debut. Él trabajaba los fines de semana como portero de discoteca y no podía faltar, pero le hizo prometer que le explicaría hasta el último detalle a su vuelta.

Cuando por fin llegó el sábado, Cola acudió superpuntual a la cita con Fernando y se subió a su coche sin poder ocultar su excitación.

—Chaval, deja de mover ya la pierna que me estás poniendo negro.

—Perdón, señor. Es que no puedo.

—Entiendo que estés nervioso, pero tienes que controlarlo o la cosa irá fatal. Tienes que entender que cuando te subes a la tarima te juegas la vida. Yo en mi carrera me subí unas setenta veces y todas ellas me jugué el cuello. Este deporte es así: duro, cruel y maravilloso. Esta tarde cuando te pongas los guantes no te enfrentarás a tu rival, te enfrentarás a ti. ¿Recuerdas lo que hablamos sobre el miedo? Esta tarde lo mirarás de frente y ahí no habrá mentiras ni medias verdades.

Cola asintió.

—Recuerda, antes de empezar mira a los ojos de tu rival y no agaches la cabeza. Después, no olvides que los combates se ganan round a round, poco a poco. Las prisas matan y en el boxeo más. Así que tú a lo tuyo y con calma, ¿me has oído? Y si te toca el hígado no saltes, que nos conocemos.

Cola asintió.

—Has entrenado mucho y bien. Que se note.

Aquella tarde, Cola puso en práctica todo lo que le había enseñado Fernando y se mantuvo firme frente a las embestidas del otro.

Mientras aquel chaval bajito se dedicaba a tirar voleas a diestro y siniestro, Cola se dedicó a tirar el golpe, subir la guardia y esquivar, tal y como había estado haciendo tantos meses. El tiempo se detuvo y él sintió que bailaba consigo mismo y con los guantes del otro. Cuando sonó la última campana, Cola no se lo podía creer, ni siquiera había recibido un solo puñetazo.

En su esquina, Fernando sonreía incrédulo. En los días anteriores había tenido sus dudas al respecto de aquel combate y ahora, en cambio, se preguntaba si no tendría entre sus manos un auténtico diamante.

—Bien hecho, chaval —le dijo alborotándole el pelo cariñosamente como solía hacer en los entrenamientos—. Muy bien hecho.

Cola sintió que le iba a estallar el pecho. Lo había logrado, por primera vez en su vida era bueno en algo de provecho, y lo invadió una sensación de orgullo desconocida para él.

40

Cola estaba supercontento con la victoria en su debut como boxeador amateur.

Su primera victoria.

Y quería compartirla con su familia. Que vieran que no era un tirado. Que su camino en el boxeo acababa de empezar, y de qué manera.

El sábado por la noche no salió a celebrarlo. Entre la batalla en sí y los nervios, había caído rendido en la cama. Así que el domingo, raro en él, se levantó temprano.

Al asomarse al cuarto de estar vio a sus padres y se sentó con ellos alrededor de la mesa camilla.

—Anoche peleé —comentó en tono alegre.

—¿Y qué hiciste? —contestó su padre sin levantar la vista del periódico.

—Gané. No me llevé ni un golpe.

—Cojo sería el otro —sentenció su madre.

El semblante de Cola se fue oscureciendo.

—¡Pues no! Era un buen boxeador y eran las semifinales del campeonato de Madrid.

—Entonces no te hicieron daño, ¿verdad? —siguió su madre en tono seco.

—No.

El monosílabo de Cola indicaba que estaba a punto de estallar. Carmen, que estas cosas se las olía, se levantó, miró a su hijo de soslayo y salió del cuarto de estar sin decir nada más.

—¿Vas a seguir peleando? —La voz de su padre sonó de nuevo desde detrás del periódico.

—Sí.

—Tú estás loco. Lo que tienes que hacer es ponerte a trabajar en serio

y dejarte de jugar con los guantes.
Un par de años antes, Cola la habría emprendido con los muebles y no habría quedado un jarrón vivo en toda la casa. Pero si algo le había dado el boxeo era cierto autocontrol. Con la frustración quemándole por dentro, el chico se levantó sin decir nada y se fue de casa. Estaba claro que allí no iban a apoyar su carrera como boxeador.
Ya en la calle, sus pasos lo llevaron de forma automática al parque. Allí estaba Raúl sentado en un banco. Como siempre. Después de currar toda la semana en la frutería y viernes y sábado por la noche en la discoteca, el día del Señor era el único que libraba.
En cuanto lo vio acercarse, Raúl se levantó y echó a correr hacia su amigo.
—¡Enhorabuena! ¡Enhorabuena, tío! Ya me han dicho que te lo llevaste del tirón.
—¡Joder! ¡Cómo corren las noticias!
—Las buenas como la pólvora, hermanito. Y las malas vuelan.
—Gracias, Raúl, estoy muy contento. ¡Qué sensaciones! Nunca había sentido lo que sentí ayer sobre el ring. Jamás. Fue increíble.
—Me alegro mucho por ti.
Cola y Raúl se sentaron en aquel banco que los había visto crecer y se pasaron el resto del día hablando del futuro. Uno quería ser campeón del mundo y el otro, policía.
Cola miró a Raúl con los ojos muy abiertos cuando su amigo soltó la bomba. Nunca le había dicho algo parecido.
—¡Pero, Raúl! ¿Tú estás seguro de eso?
—Sí. Estoy pensando en hacer las oposiciones y dedicarme a ayudar a los demás.
Cola lo escuchaba con el ceño un poco fruncido.
—Mira, hermano, yo te voy a seguir queriendo igual, pero en cuanto te den el uniforme voy a empezar con los antihistamínicos. ¡Que ya sabes que me dan alergia!
La carcajada de Raúl retumbó en todo el barrio.

41

El lunes siguiente, Cola llegó al gimnasio caminando un palmo por encima del suelo. Fernando, que sabía que aquella euforia le haría más mal que bien en su siguiente pelea, decidió que había llegado el momento de bajarle los humos.

—No te me relajes, que lo del sábado fue solo una pelea, y el tipo con el que te vas a encontrar el domingo en el Metropolitano no te lo va a poner tan fácil.

—Ya lo sé, señor, pero no me negarás que el sábado lo hice de maravilla.

—Menos lobos, Caperucita.

—Seguro que nunca has tenido a un alumno que lo hiciera tan bien en su primer combate, ¿a que no?

Cola puso los brazos en jarras y lo miró desafiante.

—Pues mira, ahora que lo dices, se llamaba Juanan el Loko y empezó a entrenar conmigo cuando yo me pasaba las mañanas en la Costa Marrón, ya sabes, Leganés, Getafe y Alcorcón. De hecho, él era precisamente de allí, de Alcorcón. Era buenísimo en todo, campeón de España, de Europa y del mundo de *kick-boxing* y también campeón de España de boxeo. Lo que se dice un crack. Aunque, como tú, también tenía sus cosas.

—¿Ah, sí? ¿Qué le pasaba? —respondió Cola lleno de curiosidad.

—Pues, mira, su principal pero es que era un carrusel de emociones y que a menudo se venía muy arriba, demasiado para mi gusto. Porque todo lo que sube, baja. Y sobre el ring, aún más deprisa. Me acordaré toda la vida de un combate de *kick-boxing* en Canarias. El Loko lo tenía clarísimo. Su plan era despachar la cosa rapidito, que no le aguantara el otro ni un solo round. Yo estaba harto de repetirle que estas cosas no se dicen fuera sino dentro del ring y en el idioma de los

puños, que lo de vender la piel del oso antes de cazarlo es mal negocio. El caso es que el combate se celebraba en un campo de fútbol que estaba lleno hasta la bandera, porque el otro era el héroe local. Había muchos periodistas. Un espectáculo en toda regla. Y el Loko, en su salsa. Total, que empieza el combate y lo hace todo bien. Acaba un primer asalto impecable y yo empiezo a pensar que el chaval tenía razón y motivos para estar tan confiado. Pero, claro, la cosa no es nunca como empieza, sino como acaba. Empieza el segundo asalto y el Loko le conecta un *middle-kick* al costado con la izquierda, lo que viene siendo un patadón en el hígado, pero enseguida veo que se ha relajado porque al otro le entra un buen golpe. El árbitro los separa y el Loko, en vez de mirar a su rival, va y me mira a mí. Me pone ojos de cordero degollado y me pide perdón vocalizando con los labios. Yo lo miro atónito y veo que da media vuelta y se baja del ring por la otra esquina. Lógico, claro, porque si se llega a venir por la mía, de la hostia que le meto sube directo de vuelta. Pero vamos, que el tío se bajó. Imagínate el revuelo. La gente silbando y lanzando cosas al ring. La esquina contraria y yo alucinados.

—¿Qué le pasó?

—Eso quería saber yo. Así que me fui corriendo detrás de él pensando que no íbamos a salir vivos, entré en el vestuario y lo vi allí, tan tranquilo. Y yo que estaba que echaba humo le grité: «¿Pero qué has hecho?». Y él me sonrió y me dijo: «Hacer caso al Señor». Yo abrí mucho los ojos y él remató: «Él vino a mí y me dijo que dejara de pelear. Que ya era suficiente».

—¿Y tú qué hiciste? —dijo Cola entre risas de perplejidad.

—Pues ¿qué iba a hacer? Salí del vestuario y fui a fumarme un pitillo a ver si tenía suerte y se me aparecía Dios a mí también y me decía qué hacer. Al final no cobramos la bolsa, lógicamente, nos dejaron dormir en el hotel de milagro y nos pagaron los billetes de vuelta porque les dimos pena, que ya nos veía yo a los dos volviendo a nado desde Canarias.

Cola lo miraba fascinado con la historia.

—Mira, al menos allí aprendí que tres son multitud. En el ring también.

42

Llegó el domingo por la mañana y Cola y Fernando se acercaron al gimnasio Metropolitano para disputar la final. Era un día soleado, con un cielo despejado de esos que solo se ven en Madrid. Por el camino, iban repasando los cambios en el reglamento. Generalmente, los combates de boxeo amateur eran de tres asaltos de tres minutos, pero la federación madrileña había decidido introducir algunos cambios de cara a la final: se disputarían cinco asaltos de dos minutos cada uno.

—¿Por qué han hecho eso? —preguntó Cola más intrigado que preocupado.

—Mira, chaval, donde hay patrón no manda marinero. Menos posibilidades de cagarla en cada asalto. Lo que te tiene que preocupar es el tío ese con cara de malo que te ha tocado como contrincante.

El joven asintió. Quizá era porque la eliminatoria se le había dado muy bien o quizá porque el Metropolitano era un gimnasio que le resultaba más familiar, el caso era que no estaba tan nervioso como la otra vez. Emocionado y con ganas, sí, pero nervioso no. Estaba tan convencido de que se llevaría el título de calle, que subió a la tarima con una sonrisa de oreja a oreja.

El combate empezó increíble. Cola hizo honor a su apodo y empezó a moverse de un lado a otro cual rabo de lagartija. Su contrincante, recién llegado de Rumanía, era mucho más lento y estaba totalmente desorientado. En vez de dar golpes, cazaba moscas, y Cola estaba tan a gusto que no hacía más que reír y hasta le sacaba la lengua burlándose de él.

El problema llegó en el tercer asalto. Después de dos moviéndose y brincando de un lado a otro, Cola estaba agotado. Muerto matao. Aquello sí que fue un hundimiento, y no el del Titanic. Su falta de fondo y sus pulmones castigados por el humo del tabaco hicieron acto

de presencia y al chico se le paró la música. Ahora lo único que sonaba eran los golpes que aterrizaba el rumano en su cara. Muchos y desde todas las direcciones. El muestrario completo, vamos. Cola intentaba concentrarse y recuperar el ritmo, pero no lo conseguía. En su esquina, Fernando tenía la toalla en la mano a punto para tirarla en cualquier momento. Aquellos tres asaltos seguidos recibiendo puñetazos se le estaban haciendo muy largos y él era de los que piensan que siempre es mejor abandonar un minuto antes que un segundo después. Aunque, afortunadamente, el rumano se hartó de darle, bajó el ritmo y Fernando se quedó con la toalla en la mano viendo cómo su alumno aventajado acababa con la cara como un mapa.

Cuando sonó la campana, Cola bajó de la tarima mirando al suelo y, en el camino a casa, no abrió la boca.

43

Cola entró en su casa y, sin saludar siquiera, se encerró en el baño. Tenía la cara hinchada y llena de heridas, y sabía que la cosa solo iba a empeorar los días siguientes. El barrio entero se enteraría de que le habían dado lo suyo en el ring.
«Y las malas vuelan.» Las palabras de Raúl retumbaban en su cabeza.
Qué vergüenza.
Todo había ido mal.
En los dos primeros asaltos había bailado con el rumano y, de repente, el suelo se había abierto bajo sus pies. Llegó al tercero tan agotado que era incapaz de lanzar ni un triste golpe. Demasiado ocupado intentando esquivar y recuperar el aliento. Aquel tío lo había engañado a base de bien. Se había dejado pegar al principio y luego lo había machacado. «Menudo cabrón. Es que así no se hacen las cosas, joder...»
Cola echó mano al bolsillo para encenderse un cigarro mientras seguía estudiando la constelación de morados que llevaba en el rostro. Al dar la primera calada se le llenaron los ojos de lágrimas. Salió del baño hecho una furia, y tiró el paquete arrugado a la basura.
Su hermano lo miró al pasar.
—¿Qué ha pasado? ¿No ha ido bien?
—Déjame en paz.
El portazo tronó en toda la casa cuando Cola se encerró en su cuarto. En su cabeza se mezclaban flashes del combate, frases de Fernando, recuerdos de infancia, imágenes de sus correrías con el Tele y el Fitipaldi, instantes de sus noches de juerga en las discotecas los últimos meses. La había cagado pero bien. No servía para nada. Estaba condenado a pasarse la vida vendiendo hachís. Algún día lo pillaría la pasma y acabaría en la cárcel. Eso era lo que le pasaba a la gente

como él. No tenía sentido seguir intentándolo. Nadie se lo tomaría en serio después de aquello. Seguro que Fernando no querría ni verlo. Era un mierda y punto. No tenía remedio.

Cola salió del cuarto, recuperó su paquete de tabaco, buscó un cigarrillo entero, lo encendió y salió por la puerta como había entrado. Si no iba a ser boxeador, bien podía ir a tomarse unas copas, ¿no?

44

Aquella noche Fernando apenas durmió. La derrota de Cola le había afectado mucho, no tanto por el fracaso como por la forma. Cola podría haber hecho más, pero no había querido, porque en este deporte no solo hay que querer pelear, sino que también hay que querer entrenar, hacer dieta, descansar. Hay que querer siempre.

Esto él lo sabía por experiencia, porque había competido.

Y en su deporte había muchos campeones de saco, de sombra y de espejo, pero que cuando se subían a partirse la cara y les empezaban a pegar se les llenaba el culo de preguntas. Por eso es más importante aprender a encajar que a esquivar. Porque uno no es el golpe, sino lo que hace después. Y lo mismo aplica a la vida.

Por otro lado, el boxeo es duro, a veces terrible, como escalar una montaña de la que no ves la cumbre, y no son pocos los que deciden que no es para ellos, más después de que les pongan la cara como se la había puesto a Cola el rumano. Porque lo cierto es que le había dado hasta en el carné de identidad.

Ahora la pelota estaba en su tejado, y Fernando solo podía confiar en haber logrado transmitir a su discípulo las enseñanzas correctas para que aquel combate no fuera un final sino un principio. Al día siguiente, el carabanchelero se levantaría con la cara y la nariz muy hinchadas, las manos doloridas y un más que probable dolor de cabeza. Los siguientes dos días tendría que aplicar hielo para bajar la hinchazón y ayudarse de antiinflamatorios y algún analgésico para ir tirando. Unas buenas gafas de sol y una gorra le servirían para esquivar las miradas curiosas de los demás. De todo eso habían hablado los días anteriores al combate, aunque Cola, haciendo gala de su insultante juventud e inexperiencia, había venido a decir que a él no le haría falta nada de eso. En cualquier caso, en una semana, las

huellas físicas del combate habrían desaparecido.

El otro dolor, el de la derrota, ya era harina de otro costal.

Fernando recordaba perfectamente la sensación. Un tormento que no pasa, que se queda adherido a la piel y no te deja en paz. Que se instala en la cabeza y en el alma, que te apuñala en las entrañas.

Que no te deja vivir.

Y cuando uno pierde porque el otro es mejor, pues mira, qué se le va a hacer, solo queda aprender de los errores y punto pelota. Pero cuando los fracasos en el ring nacen de errores propios, esos son los que duelen de verdad. Y ahí es donde entran en juego los entrenadores. Porque los hay que doran la píldora y hacen creer a sus chicos que todo es culpa de los demás y nada es culpa suya. Pero Fernando no era de esos. Él siempre decía las cosas como eran, porque aunque intentara engañar a sus púgiles, sabía que el ring no miente nunca.

—Se gana o se aprende —le había dicho a Cola la semana anterior antes de añadir un rotundo—: ¡y una mierda! Si ganas lo celebraremos, pero si pierdes, todo dependerá de cómo te lo tomes. Si te vas a una esquina a llorar y a echarle la culpa a los demás, entonces no aprenderás nada. Pero si te vas a tu esquina a llorar, que llorar no es malo, pero luego te secas las lágrimas y reflexionas sobre por qué has perdido, entonces empezarás a aprender.

Fernando sabía que hacer eso cuando la rabia te corroe no es fácil. Pero nadie dijo que lo fuera. Así que solo le quedaba esperar que Cola recordara sus palabras y estuviera haciendo los deberes.

45

Hacía más de una semana que Cola no iba a entrenar ni daba señales de vida. Fernando sabía por experiencia que muchos peleadores desaparecen sin dejar rastro después de la primera derrota, pero se resistía a creer que fuera eso lo que estaba pasando. En aquellos meses le había dado la sensación de que aquel chaval no era de los que se rendían fácilmente, así que no perdía la esperanza de verlo entrar por la puerta en cualquier momento.

Y tanto lo deseó que, al final, acabó pasando.

Una tarde, cuando estaba a punto de cerrar, vio aparecer por la puerta al chico de los rizos negros y los ojos claros, que entraba arrastrando los pies pero con la cabeza alta.

—Lo siento mucho, Fer.

—¿Por qué me pides perdón, mi rey? —Fernando avanzó a grandes zancadas para darle un abrazo.

Cola se apartó un poco y siguió hablando.

—Lo siento de verdad. No lo he dado todo.

Fernando lo miró a los ojos y le dejó hablar.

—Me he dado cuenta de que el boxeo no es solo venir aquí a entrenar y luego pegarme. Tenías razón, yo no boxeo, yo peleo. Y yo quiero boxear.

—Me gusta lo que oigo, Cola, sigue.

—Voy a dejar de fumar y a ponerme a régimen. Saldré a correr todos los días. Haré todo lo que tú me digas. Te lo prometo.

—Amén. Ya te lo dije una vez: si tú me das, yo te doy. Vamos a ponernos serios.

46

Cola cumplió su promesa.
Y de qué manera.
Al cabo de unos meses había perdido quince kilos y Fernando pudo meterlo en el peso medio. Corría por El Pardo todas las mañanas, llegaba el primero y se iba el último. Nunca se había dedicado tan a fondo a nada y no podía evitar sentirse orgulloso de sí mismo. El boxeo le estaba dando por fin lo que él llevaba años buscando, la paz mental y la disciplina que necesitaba para llevar una vida ordenada y tranquila. Sin meterse en líos.
Con el nuevo Cola a su disposición, Fernando empezó a pensar seriamente en el debut profesional. Que lo de boxear con camiseta y casco no era más que un trámite para dar el gran paso y, ahora sí, se había convencido de que su chico tenía madera. El problema es que a principios de los noventa el Noble Arte había caído un poco en el olvido. Tras unas décadas de mucha popularidad, la llegada de la Transición había traído consigo un cambio de ideas y hábitos que habían relegado este deporte a los márgenes. ¿Qué pasaba? Que apenas había combates oficiales, lo que era un hándicap para el progreso de los deportistas. Pasarían años antes de poder acumular la experiencia suficiente para dar el salto.
Pero Cola se había convertido en un monje: no bebía, no fumaba y no salía de noche, así que Fernando se dedicó a aceptar cualquier pelea, dentro y fuera de la provincia. Se pasaban la vida en el coche, de un lado a otro. Afortunadamente, hacía tiempo que el chico había abandonado su mutismo, así que Fernando pudo empezar por fin a conocer su historia. Pieza a pieza, el entrenador se hizo una imagen bastante nítida de lo que había sido la vida de aquel chaval y sintió cierta lástima por él. Había sufrido mucho. Demasiado.

47

Un buen día Fernando llegó al gimnasio con una noticia bomba:
—Cola, has entrado en la selección de Madrid para disputar el campeonato nacional amateur. Prepara la maleta, porque la semana que viene nos vamos a Cádiz, a La Línea de la Concepción.
Al llegar, Cola pensó que nunca había estado tan lejos de casa. Ni tan al sur. También que era una lástima haber dejado la noche madrileña, porque, de lo contrario, no habría tenido que volver a pagar una copa en su vida. El equipo estaba formado básicamente por porteros de discoteca y supervivientes de la vida. Más que un equipo de boxeo, aquello parecía una división del ejército.
Hasta entonces, le había resultado relativamente fácil mantenerse alejado de los vicios y las malas compañías. El truco consistía en agotarse físicamente en los entrenamientos y en no frecuentar según qué zonas a según qué horas. Cuando las fuerzas flaqueaban, Cola recordaba su rostro hinchado después de la paliza del rumano y se le pasaba.
Pero la cabra tira al monte. Y cómo vas a estar en La Línea y no probar ese buen hachís recién llegado del Magreb, que además está baratito. Para postre, los de Madrid se juntaron con el equipo catalán, que también era un muestrario de personajes curiosos, y no se les ocurrió mejor idea que irse a pillar chocolate a Los Junquillos, uno de los poblados chabolistas más peligrosos de España en la época.
La barriada de casas bajas, situada a medio camino entre la residencia donde dormían los púgiles y el pabellón deportivo donde se celebraban los combates, recordaba a Cola a su barrio. Quizá por eso no sintió todo el respeto que debería haber sentido estando tan lejos de casa. Porque cada barrio tiene su idiosincrasia y no conocerla te pone en peligro. Aunque cuando tienes veintidós años y unos buenos

puños te sientes invencible. Así que allá que se fueron a pie madrileños y catalanes en alegre comandita a por su botín.

Enseguida dieron con una corrala donde había negocio y todo iba bien hasta que a uno de los madrileños de los pesos más livianos, un tipo muy nervioso, se le metió entre ceja y ceja que los estaban engañando. La conversación fue subiendo de tono y, al final, la mujer que estaba haciendo la transacción, con los ojos inyectados en sangre, empezó a dar unos gritos que se oyeron en toda la provincia. Enseguida, la corrala se llenó de gente de todo tipo, pero con algo en común: armas arrojadizas en la mano.

Cola, que era el que tenía más calle de todos, empezó a replegar velas y a dirigir al grupo de boxeadores hacia la puerta, que soldado que huye vale para otra guerra. Por supuesto, salieron de allí sin hachís y corriendo como alma que lleva el diablo. Por suerte, estaban lo bastante en forma como para hacer un esprint de varios kilómetros, digno de un récord mundial, pero se pasaron el resto del campeonato observando atentamente las gradas y las entradas al pabellón por si aparecía algún amigo de Los Junquillos.

48

Fernando, como los demás entrenadores, se enteró de las andanzas de Cola y compañía, pero decidió hacer la vista gorda. El chaval había tenido un resbalón. Normal. Es lo que tiene salir del huevo por primera vez y juntarse con lo mejor de cada casa.

Qué se le iba a hacer. Lo importante era el campeonato y lo que pasara en el ring. Lo demás, aprendizaje.

El caso es que la primera pelea fue un paseo militar con un terrible infortunio.

Cola se enfrentaba a un mallorquín que no sabía cómo defenderse de la que le estaba cayendo encima. Él permanecía concentrado, alerta y ágil. Lo suyo era una auténtica lección de cómo dominar una pelea. El problema llegó cuando, en uno de los lances, el mallorquín se agachó de más, Cola entró con todo e impactó con las costillas sobre la cabeza del otro. Resultado: victoria en el combate y dos costillas fisuradas que no le dejaban ni estornudar.

—Lo has hecho muy bien, Cola. Es una lástima que no vayas a poder disputar la semifinal.

—¿Y por qué no?

—Porque el otro es ese catalán campeón del mundo de muay thai y tú no puedes ni sacar el brazo derecho. Te va a moler a palos.

—Tengo otro brazo. Si pierdo, que sea en el ring. Tengo posibilidades.

—Apenas. Él es experto y tú un novato. Y encima lesionado.

—Que yo peleo y punto.

Fernando no fue capaz de convencerlo de lo contrario, así que peleó y, como había vaticinado el entrenador, perdió. Aunque la pelea le dejó muy buen sabor de boca. El catalán era zurdo como él y Cola, a pesar de ir con la guardia cambiada, boxeando hacia atrás y con la lesión, lo dio todo.

—No te puedes quejar, Cola. Es la primera vez que participas en un campeonato de España y te llevas una medalla. Muchos firmarían.

Su pupilo asintió e intentó sonreír, pero su mente estaba en otro sitio. No pensaba parar hasta quedar primero.

49

A la vuelta del campeonato, Cola quiso hablar con Fernando del resbalón en La Línea.

—No sé qué me pasó. Bueno, sí que lo sé. Es decir, que yo según íbamos para el barrio ya sabía que estaba haciendo algo que no debía, pero fue más fuerte que yo. No sé. A lo mejor es porque es lo que he hecho toda la vida. ¿Qué hago, Fernando? ¿Me podré quitar el vicio alguna vez?

—Todo es cuestión de ganas y de rodearte de buena gente.

—Eso es muy fácil de decir. Tú no sabes lo que es esto —respondió Cola con ese tono suyo de sabelotodo que le salía a veces.

—¿Crees que no?

Cola lo miró con incredulidad.

—Mira, ven para aquí que te voy a contar una cosa que muchos no saben de mí. Cuando abrí esta escuela hace ya unos cuantos años pasé una de las peores épocas de mi vida. Se aplicó a todo la ley de Murphy, ya sabes, la que dice que si algo puede salir mal, saldrá. Total que, para empezar, cuando estaba justo a punto de abrir me quedé sin dinero. En aquella época esto era una república bananera y para abrir cualquier negocio tenías que ir dando sobres bajo mano. El último fue a un técnico del ayuntamiento para que nos dieran la licencia y ahí fue cuando me quedé sin un duro. Yo seguí adelante, qué remedio, pensando que cuando la escuela empezara a funcionar no tardaría en recuperarme. Pero entonces, justo el mismo fin de semana de la inauguración, mi mujer y yo nos separamos. Golpes y más golpes. Es lo que tiene montar un gimnasio de boxeo, que la hostia viene de serie. Ella se fue de casa con mis dos hijos y yo me quedé solo. Dicen que si cambias el entorno cambias el comportamiento y vaya si lo cambié. Para mal. Porque la soledad no es mala de por sí, pero yo en

aquel momento no supe qué hacer con ella. Por no saber, no sabía ni cómo poner una lavadora. Cuando llegaba a casa me consumía la tristeza. Así que, sin dinero y sin familia, solo me quedaba el gimnasio. Y a eso me dediqué en cuerpo y alma. Pero los peores golpes son los que no ves, y a mí aún me quedaba uno por encajar. Me centré tanto en sacar adelante el negocio que me olvidé de mí mismo. Mi autoestima se fue por el desagüe y a mí solo se me ocurrió la maravillosa idea de pedir ayuda a mi otro yo: un personaje altanero, rozando la chulería, que se creía un poco por encima del bien y del mal. Empecé a salir de noche, por aquello de conocer gente nueva, y vaya si conocí. Volví a fumar compulsivamente, que yo de joven, igual que tú, también había fumado, bebía mucho y picaba a menudo con la cocaína.

Cola tenía los ojos como platos. Jamás habría imaginado que su entrenador hubiera probado las drogas duras. Imposible. Fernando se encogió de hombros reconociendo su desliz.

—Durante el día lo daba todo en el gimnasio y me esforzaba al máximo para darme a conocer y hacer que la gente del barrio viniera a entrenar conmigo, pero por las noches todo se descontrolaba y yo vivía abonado a un carrusel autodestructivo. Me juntaba con las peores compañías. En un año, pasé de no conocer ningún garito a que me llamaran por mi nombre en todos. Lo que me pasó fue un poco lo mismo que a ti en La Línea. Cuando me fueron mal dadas recurrí a mi ambiente de cuando era joven. Supongo que es normal. Las cosas conocidas nos dan sensación de seguridad. De que controlamos. Aunque sea mentira.

Cola se quedó pensativo. Fernando tenía razón. Siendo sincero, él había acabado en Los Junquillos, en parte, porque había querido encajar con los demás. Porque era un tipo tímido, pero en aquel entorno peligroso se sentía seguro. Porque le resultaba familiar.

—Más de una vez estuvo a punto de pasar una desgracia. Algún día te contaré. El caso es que, afortunadamente, la gente empezó a venir a entrenar conmigo y así, al menos, poco a poco, empecé a ver la luz en lo monetario. Pero basta ya de tanta cháchara, que al final hoy no hemos hecho nada.

—¡Pero si no has acabado la historia!
—La historia acaba bien, porque si no, no estaría aquí, ¿no crees? Va, a lo tuyo.
Cola aún refunfuñó un rato, pero se levantó y se puso a golpear el saco. Le encantaban las historias de Fernando y detestaba quedarse a medias.
Apuntó mentalmente volver a preguntar.

50

Pocos días después, justo antes de empezar a entrenar, Fernando decidió que había llegado el momento de sacar un tema peliagudo:

—Oye, Cola, ¿tú cuándo piensas empezar a venir a entrenar con los demás y conocerlos?

—Ay, Fernando, ya sabes que a mí no me gusta mucho la gente...

—Es que me da igual, rey. No podemos pasarnos la vida entrenando solos tú y yo. Que me tienes *reventao*. Además, nos conocemos demasiado y estás cogiendo vicios. Tienes que guantear con más gente.

—Pero es que...

—Ni pero ni pera. Además, ya va siendo hora de que entres en la tribu.

—¿La tribu?

—Sí, la tribu. Hace unas semanas te conté lo mal que lo pasé cuando abrí el gimnasio, ¿verdad?

Cola asintió y se sentó en el suelo para escuchar lo que venía.

—Pues al final lo que me salvó y me sacó de mi espiral de autodestrucción fue precisamente la tribu. Mis chicos, vamos. La gente que se vino a entrenar aquí a pesar de que cuando abrimos el gimnasio esta zona estaba completamente desangelada y llena de fumetas y yonquis. Un cuadro. Todas las farolas hasta llegar aquí estaban rotas. Lo único que no se atrevían a tocar era los focos de la puerta, que al final eran casi la única luz de la calle.

—En mi barrio pasaba igual.

—Imagínate. Hasta que llegaste tú, yo siempre cerraba a las diez de la noche. Y costó convencer a la gente de salir de entrenar tan tarde, la verdad. Pero después de alguna colleja dirigida, los maleantes entendieron con quién se estaban jugando los cuartos y aprendieron a

no tocarnos mucho las narices. Mira, si vienes a entrenar antes, conocerás al Frutas.
—¿Quién es?
—El Frutas es mi sangre, que yo lo llamo así por no llamarlo hermano, que ya está muy visto. Si yo fuera don Quijote, él sería mi Sancho Panza. Es un gran tipo. Cuando teníamos problemas con los que se sentaban en el banco de ahí enfrente era él quien salía disparado a solucionarlos. La verdad es que es más difícil de frenar que de arrancar. Tiene menos mecha que tú, que ya es decir.
Fernando rio con ganas y Cola torció el morro.
—No te piques, tonto. Mira, me acuerdo de una vez que un aprendiz de grafitero que debía de andar despistado tuvo la idea de firmarme la persiana metálica. Pobrecillo. Dos llamadas y un paseo por el barrio fue lo que tardamos en localizarlo. Luego bastó un tirón de orejas y una siestecita en el maletero para que el niñato supiera lo que no tenía que volver a hacer. Después de aquel susto no hemos tenido que volver a repintar.
Cola miraba a Fernando con los ojos como platos. Hasta entonces, desconocía aquel lado macarra de su mentor y que lo compartiera con él le hacía sentirse muy arropado y comprendido. Por primera vez sintió que tal vez él también podría encajar en aquella tribu de la que hablaba.
—¿Quién más hay en la tribu?
—La tribu son también todos los que pasan por esa puerta y están dispuestos a echar una mano al resto. Para mí son mi familia, las personas que me curan las heridas. Yo les pongo motes, están Guinea, Polaco, Flaco y muchos más.
—¿Y yo quién soy?
—Tú eres Cola, mi rey, que ya traías el mote de casa —respondió Fernando con su típico gesto de alborotarle el pelo—. Pero si quieres saber más vas a tener que conocerlos.
—Me lo pensaré.
Esa misma tarde, cuando estaban ya saliendo para volver cada uno a su casa, Cola, que había estado dándole vueltas a lo de la tribu, miró muy serio al entrenador y le lanzó un inesperado recto de izquierda:

—Todo eso que me has contado de la tribu está muy bien, pero tú no tienes muchos amigos, ¿no?...

A Fernando, de primeras, le molestó la impertinencia y lo miró con cara de a ti qué coño te importa, pero al momento cambió de expresión. Sabía que la pregunta de Cola era pura curiosidad. Aquel joven sería muchas cosas, pero no tenía maldad.

—Ya tengo bastante con vosotros, cojones —farfulló entre dientes con la esperanza de que el chaval abandonara las pesquisas. El fracaso fue absoluto.

—Pero, ¿por qué? Si eres un tío de puta madre —insistió Cola—. Aquí todo el mundo te quiere.

A Fernando se le escapó una media sonrisa que se rompió en una mueca de dolor. No le gustaba hablar de aquello, pero se lo tomó como una nueva oportunidad de enseñar algo a su chico.

—Ya te conté el otro día que yo me casé siendo un crío. Nos quedamos embarazados antes de cumplir los veinte. Éramos dos niños, como quien dice, pero decidimos tirar hacia adelante. Hasta entonces yo en el barrio tenía muchos amigos. Un grupo enorme. Y lo hacíamos todo juntos. Quedábamos en el pub, salíamos de excursión con mi furgoneta y muchos coches en procesión. Éramos como una hermandad. Lo que pasa es que todos son muy amigos en las buenas, Cola, pero ¿cuántos quedan en las malas? A mí no me quedó ninguno. Porque cuando lo del embarazo, yo estaba pagando la furgona y tenía menos dinero que uno que se está bañando. Y, encima, cuando se enteraron de lo que venía, despidieron a mi novia del trabajo. El cuadro era de lo más triste, pero apechugamos con todo y salimos adelante, porque no es más fuerte el que no cae, sino el que antes se levanta. Pero no fue gracias a nuestros amigos. ¿Sabes cuántos se ofrecieron a ayudarnos?

Cola negó con la cabeza aunque intuía la respuesta.

—Ninguno, Cola, ninguno. —Por un momento, pareció que Fernando iba a echarse a llorar, pero tomó aire y recuperó la compostura—. Como es lógico, a partir de entonces dejé de considerarlos amigos. Al rey lo que es del rey. Tú me das, yo te doy. Con el tiempo aún hubo quienes me vinieron ofendidos a preguntar que por qué no los había

invitado a mi boda. Yo, que no me callo una, respondía gustoso que solo invité a quienes se preocuparon por mí. Así más de uno salió esquilado y con el rabo entre las piernas. Porque, para la boda, cogimos el dinero que teníamos ahorrado, lo dividimos entre lo que valía cada cubierto y de ahí salió la cantidad exacta de comensales. Pocos, pero bien avenidos. Porque si en las malas no estás, en las buenas sobras.

Cola asintió con convicción. No podía estar más de acuerdo.

—Aquel episodio me hizo mucho daño. Creo que fue mi primera decepción de verdad. Ya me conoces un poco, creo. Y ya habrás visto que para mí la lealtad es muy importante, pero a esa edad lo era aún más. De aquella aprendí que la decepción es directamente proporcional a la distancia entre las expectativas y la realidad.

Fernando giró la llave de la puerta metálica del gimnasio. Afuera ya era de noche.

—A partir de entonces me centré en mi familia y más tarde en vosotros, que sois parte de ella. —Fernando alzó el mentón en un gesto de despedida, dando por acabada la conversación, pero su alumno era incansable.

—¿Y ese hombre grande con barba que está muchas veces cuando llego al gimnasio? ¿Quién es?

—Ese es David y ese sí que es amigo mío de verdad, pero ya te contaré esa historia otro día, que quiero llegar a casa y descansar. ¡Que eres muy cansino, niño!

Y sin darle tiempo a reaccionar, Fernando dio media vuelta y echó a andar hacia su coche.

51

Fernando había conocido a David en sus primeros tiempos como entrenador, antes de tener su propio local. En aquella época, como la falsa moneda, daba clases aquí y allá hasta en siete gimnasios, cada uno de su padre y de su madre. Algunos estaban en los peores barrios, otros en pueblos de las afueras de Madrid y uno, de muy alta categoría, estaba en el barrio de Salamanca. Este último, situado en el centro financiero de la capital, lo frecuentaban presidentes de bancos, marqueses, altos directivos, productores de cine y un señor con barba y más de cien kilos que se dedicaba a ser leído todas las mañanas por media España: David, columnista y escritor. Y de los buenos. Fernando siempre decía que David era como su prosa: sibilino, irónico, ácido y rápido entre los rápidos, aunque cuando se conocieron a él ni siquiera le sonaba el nombre, que por aquel entonces solo tenía la cabeza para partírsela en los cuadriláteros y fuera de la prensa deportiva andaba más perdido que un pulpo en un garaje.

Lo que pasó fue que el tal David era rápido de mente y, encima, gracioso, así que Fernando y él no tardaron en hacer buenas migas. Y lo que empezó como una relación maestro-alumno se fue convirtiendo en amistad a base de tomarse un cafelito después de las clases para seguir echándose unas risas.

Uno de sus temas recurrentes de conversación era el fútbol. Un tema al que tenían que echarle humor sin duda porque David, con su aspecto vikingo, era más del Real Madrid que Santiago Bernabéu mientras que Fernando estaba enamorado del Atlético de Madrid, tanto, que podría decirse que había sido el amor al club lo que lo había aficionado al fútbol y no al revés.

Un día, Fernando le contó a David que él había tardado muchos años en pagar entrada para ver los partidos de su equipo porque, de

pequeño, un vecino taxista, amigo de su padre, lo acercaba al campo y él se colaba como un ratón por los huecos de las taquillas y más tarde, cuando dio el estirón, se convirtió en Spiderman. Resultaba que los hinchas jóvenes, osados y en forma del equipo colchonero ponían verticales las vallas de separar el tráfico, las apoyaban en la fachada exterior del campo y desde ahí se aupaban hasta una especie de alicatado con agujeros.

—Había que echarle cojones, no te lo negaré —le dijo Fernando a David ante su expresión medio incrédula medio divertida—, pero a nosotros nos sobraban. Así que llegábamos trepando al primer anfiteatro y, desde ahí, a disfrutar del partido.

—Lo de disfrutar lo dirás por decir —le dijo el otro a propósito para picarlo.

—¿Qué sabrá uno del Madrid?

—Oye, un momento, ¡que mi padre era del Atleti! Yo iba al campo todos los domingos. Aunque yo entraba por la puerta, claro.

Fernando miró a su amigo desconcertado.

—¡No me jodas! ¿Y va y me sales merengue?

David sonrió.

—Era una época en la que el Atleti no pasaba por su mejor momento. Aunque tampoco es que haya vivido otras...

—No toques los cojones y cuenta, coño —dijo Fernando haciéndose el ofendido.

—Bueno, pues que un aciago día de derrota, allí mismo en el campo, mi padre, con la bufanda rojiblanca al cuello, se puso muy serio, me miró y me preguntó: «¿Tú qué prefieres, David, la realidad o la felicidad? Porque si quieres la realidad tendrás que ser del Atleti, pero si lo que quieres es la felicidad, no te va a quedar otra que ser del Madrid».

Fernando no pudo evitar estallar en carcajadas.

52

En el regreso a casa después de dejar a Cola con la palabra en la boca, Fernando se sintió mal por haberle mentido. No en lo de la tribu, que era cierto que todo el que entraba por aquella puerta pasaba a formar parte inmediatamente de su familia, sino en que había dejado atrás los días de juerga desenfrenada.

Aunque habían pasado ya unos cuantos años desde su separación, él no estaba siendo capaz de levantarse. Para empezar, lo de vivir separado de sus hijos lo tenía roto. Y no es que él hubiera sido un gran padre cuando vivía con su ex. Siendo sinceros, su trabajo como boxeador lo había tenido fuera de casa muchos días y muchas noches. Pero ahora que su horario y su calendario eran mucho más tranquilos, los echaba muchísimo de menos. Verlos un fin de semana cada quince días no le bastaba. Y no era capaz de quitarse aquella sensación de abandono de la cabeza.

Además, él nunca había vivido solo antes de aquello y, claro, se le caía la casa encima. Su boda de penalti a los diecinueve años había hecho que Fernando pasara de vivir con su madre a vivir con su novia, sin llegar nunca a tener que sacarse las castañas del fuego. Y así estaba. Hecho un asco y sin perspectiva de remontar.

Alargaba las noches por no tener que enfrentarse a esa casa vacía y, claro, por las mañanas estaba hecho un trapo. Y eso le dolía aún más. Porque Fernando era muy consciente de sus responsabilidades con los chavales. De que debía ser un buen ejemplo. Y no lo estaba siendo.

En la vida y en el ring todo el mundo necesita una esquina y Fernando no encontraba la suya. Él como todo el mundo, también necesitaba a alguien que lo ayudara a aguantar un asalto más cuando el cansancio lo invadía. Una voz de aliento que lo cuidara, lo protegiera y supiera tirar la toalla por él cuando no era capaz de ver el peligro.

Fernando sabía que tenía que enderezarse y que tenía que hacerlo ya, pero no sabía cómo. Necesitaba un rincón y no sabía ni dónde empezar a buscar.

Solo sabía que si seguía haciendo el gilipollas perdería todo aquello por lo que había luchado.

Y eso no era una opción.

53

—¡Menuda colección, ¿no?!

Cola estaba totalmente anonadado. Fernando lo había invitado a ir a su casa para enseñarle unas cintas de peleas. Quería mostrarle algunos asaltos míticos porque creía que le podrían ayudar a mejorar su técnica. Lo que el carabanchelero no esperaba era que Fernando tuviera toda una habitación llena de estanterías con cintas de vídeo y el televisor más grande que había visto en su vida.

—Pues la verdad es que sí —respondió Fernando algo avergonzado. Era la primera vez que llevaba a uno de sus chicos a su casa. La primera vez que alguien veía su archivo—. Yo nunca había coleccionado nada, pero cuando me puse a entrenar pensé que sería buena idea ver muchos combates para aprender de los mejores. Y, oye, con la tontería empecé a comprar y recopilar cintas de peleas y también de métodos de entrenamiento y a lo mejor se me fue un poco de las manos. —Fernando se echó a reír—. Mira, esta es la que te quería enseñar. Es de Salvador Sánchez, un boxeador mexicano que es, de calle, mi favorito.

—Un momento, ¿qué es esto?

Mientras escuchaba a Fernando, Cola había estado repasando los nombres de los lomos de las cintas y una le había llamado poderosamente la atención: «Fernando – Campeonato Europeo».

—¿Este Fernando eres tú?

—¡Suelta eso ahora mismo! ¿Tú sabes lo que costó conseguir esa cinta?

—¡Eres tú! ¡Yo quiero verla! ¿Ganaste?

Fernando suspiró, se encogió de hombros y asintió.

—La vemos si quieres, pero luego nos ponemos serios, que no hemos venido aquí a pasar el rato, sino a estudiar.

Cola se sentó en el suelo frente al televisor y Fernando en su sillón. La cinta era una retransmisión de una televisión local. El locutor hablaba en francés, pero Cola no necesitaba entender nada. Sobre la lona se veía a Fernando unos cuantos años más joven y muy en forma dándole una soberana tunda al otro.
—¿Saliste por la tele?
—La verdad es que no. Grabaron la pelea para emitirla en diferido, pero como el francés se fue calentito a casa, decidieron no hacerlo.
—Y entonces, ¿cómo grabaste la cinta?
—No la grabé. Me la consiguió Rafa unos cuantos años después. Tuvo que investigar dónde había ido a parar y acabó viajando a París a recogerla en mano. Creo que le costó una pasta, pero nunca me ha querido decir cuánto.
—¿Rafa tu mánager?
—Sí, Rafa mi mánager. Si vinieras a entrenar por las tardes, lo conocerías. Que él también es de la tribu.
Cola asintió.
—He pensado que tienes razón. Ya va siendo hora.
—¡Aleluya! Hala, vamos a ponernos con lo nuestro de una vez, que se hace tarde.

54

Aquella noche, después de que Cola se fuera a su casa, Fernando se bajó al bar con la intención de tomarse una sola copa y volver enseguida a acostarse.

Por supuesto, esa era la misma promesa que se hacía todos los días y, como pasaba siempre, no la cumplió.

Y, sin saber cómo, acabó en el Aúpa, un after que había a apenas doscientos metros de la escuela, y que era ideal para cuando se le hacía muy tarde. Si se liaba mucho, bastaba con ir directo a la escuela, darse una ducha y a seguir con su día. Con ayuda de alguna sustancia, claro está.

—Que no tienes cojones.

—Yo tengo más huevos que tú, ¡payaso!

—A que voy yo solo y le saco de allí.

Los que discutían eran el Flores y el Rata, viejos conocidos de Fernando, amigos del barrio de su niñez.

—Tú solo no vas a ningún lado —intervino el entrenador, tan borracho como ellos y con esa determinación temeraria que solo se tiene a las cuatro de la madrugada.

La discusión la había provocado una visita bastante inusual. Hacía un rato que había aparecido en el Aúpa una mujer madura, elegante, muy bien vestida y con semblante preocupado, que no encajaba en absoluto en el ambiente del local. Era la esposa de un tipo que frecuentaba la escuela, que había acudido en busca del Flores para pedirle un favor. Resultaba que el tipo en cuestión, un empresario adinerado que hacía clases particulares con un ayudante de Fernando, se había pasado un día entero sin dar señales de vida, pero hacía poco que la esposa había recibido una llamada del susodicho donde le había explicado que estaba secuestrado en un burdel. Había sido él

quien le había indicado que fuera al Aúpa en busca del Flores.
—Me ha dicho que usted sabría qué hacer —había rematado la mujer con poca convicción—. Si me trae de vuelta a mi marido, le daré 200.000 pesetas como pago por las molestias.
Después de aquello, le había dado una tarjeta con su dirección y se había ido.
Según el relato de la mujer, visiblemente cabreada, su señor marido había acudido a un club de carretera con unos amigos y le había dado por hacer cierta ostentación de posibles. Cuando sus amigos habían dicho de volver a casa, los de seguridad habían convencido a su marido de quedarse un rato más y así había empezado una bacanal de sexo y cocaína que se le había ido muchísimo de las manos. La llamada la había hecho en un momento de lucidez, cuando el tipo había comprendido que salir de allí iba a ser complicado, sobre todo teniendo en cuenta lo que estaba dejando a deber.
Y ahí estaban el Rata y el Flores, discutiendo sobre quién tenía los huevos más gordos para llevar a cabo el rescate, y Fernando que, en conciencia, no podía dejar que aquellos dos cabestros se fueran solos a aquella ratonera. Un buen par de tiros por la nariz y un ron con limón hicieron el resto. Sin comerlo ni beberlo, Fernando se vio en un piso cogiendo dos uzis y una pistola. Mejor no preguntar de quién eran. Metieron las armas en el maletero del deportivo de Fernando, un coche rojo y cantoso hasta no más, y allá que se fueron los tres, como si de una secuencia de *Perros callejeros* se tratara, con la radio a todo meter, camino del puticlub.
Antes de entrar, se repartieron las armas y a Fernando, que no había tocado una desde la mili, le tocó la uzi, un subfusil de asalto que, con la culata plegada, se esconde bien debajo del abrigo.
Entraron como si fueran clientes, pero cuando el Flores preguntó por el marido la cosa se tensó inmediatamente. Primero apareció gente de seguridad, después el jefe de sala, al Flores se le empezó a hinchar la vena del cuello, hubo un forcejeo y, de repente, el Rata sacó la uzi.
—¡Que dónde tenéis al pipiolo! —gritó.
—Que aquí no tenemos a nadie —dijo el jefe de sala en tono conciliador.

—¡Me cagüen vuestra puta madre! —berreó el Flores Glock en mano —. ¡Que me deis al pardillo o monto la de Puerto Hurraco!

La música dejó de sonar y se hizo el silencio. Clientes, camareros, seguridad, prostitutas y hasta el propio Fernando palidecieron. Solo el jefe de sala tuvo presencia de ánimo para intentar acercarse, pero fue peor. El Flores, completamente desquiciado, reaccionó con unos cuantos tiros al aire que, como es obvio, impactaron en el techo.

—¡Que no dejo a uno vivo, cabrones!

Fernando, en solidaridad con su colega, sacó finalmente su uzi de debajo del abrigo y pegó también una ráfaga al aire. Entre el ruido, el polvo y la gente por el suelo, aquello parecía una película de gánsteres de serie B.

Aunque la cosa surtió efecto, ya que al rato apareció el tipo al que buscaban luciendo solo unos calzoncillos y con la nariz como si se acabara de comer una ensaimada.

Fernando y el Rata lo agarraron uno de cada brazo y se lo llevaron afuera a rastras, porque el tipo a esas alturas ya no sabía ni de dónde le soplaba el aire. La salida fue tan espectacular como la entrada, con los tres amigos apuntando a la puerta y saliendo de allí quemando rueda.

Ya amanecía cuando depositaron al tolai en una de las urbanizaciones más lujosas de Madrid, donde su santa lo esperaba con cara de pocos amigos. A cambio, recibieron un sobre con el dinero prometido y aquí paz y después gloria.

Con la adrenalina por las nubes, regresaron al barrio y se fueron a desayunar.

Café con churros y Fernando a abrir el gimnasio. Las uzis del maletero, ya vería qué hacía con ellas.

55

Tras la derrota contra el catalán en el campeonato de España, Cola pasó los doce meses siguientes preparándose para volverlo a intentar. En ese tiempo, no perdió ni uno solo de sus combates y se pasó más horas que un reloj en el coche con Fernando, viajando a donde hiciera falta para ganar experiencia.

—¡Cuidado, despierta!

El grito de Fernando sobresaltó a Cola, que estaba dando una cabezada en el asiento del copiloto.

—¡Joder, qué susto!

—No, no, para susto el mío. No te puedes dormir en el coche, que como se te caiga la cabeza hacia delante va a ser esto la muerte del loro...

—¿La muerte del loro?

—Sí, la muerte del loro, ¡que se clavó el pico en el pecho y se murió!

Fernando se echó a reír a carcajadas mientras Cola lo miraba confuso, como solo puede estarlo alguien recién despertado de una siesta. No era la primera vez que su entrenador se metía con su nariz porque, para qué negarlo, Cola gastaba buenas fosas nasales. Y, más allá de la estética, ese no es buen rasgo para un boxeador. Más bien es como llevar una diana en el rostro. Una que puede dar problemas.

Y Cola estaba a punto de descubrirlo.

Fue en Santander, en su segundo campeonato de España, donde llegaba con todas las ganas de lograr su ansiada medalla de oro. La cosa pintaba bien y tanto Fernando como él tenían las expectativas a tope.

Tras un par de lances preliminares que Cola ganó casi sin despeinarse, llegaron los cuartos de final. Su rival, nuevamente, un mallorquín. Casualidades. El chaval era fuerte y valiente, pero al poco de sonar la

campana empezó a comerse uno tras otro todos los rectos de izquierda que lanzaba Cola. Regalado.

El carabanchelero estaba entusiasmado y muy metido en la pelea cuando, al acortar distancias, sintió de repente un dolor muy agudo en el hombro. Confundido, miró de reojo para ver qué había pasado, pero estaban en mitad de la pelea, no era momento de parar, así que siguió a lo suyo hasta que, de repente, el mismo dolor. Y entonces lo entendió: ¡el mallorquín le estaba clavando los dientes como si le fuera la vida en ello! Cola se quejó al árbitro, este le retiró un punto y, al momento, la esquina del chaval tiró la toalla.

Cola, extrañado por aquel comportamiento, se acercó al otro para preguntarle por qué demonios le había mordido, a lo que el mallorquín juró y perjuró que él no había hecho nada. Por desgracia, la forma de la herida no dejaba lugar a dudas y, al final, llegaron a la conclusión de que, conmocionado por los golpes, el tipo se había puesto a morder por instinto.

—Ahora te curo la herida, Cola —le dijo Fernando—, pero olvídate enseguida de este tema, porque te ha tocado en semifinales el gallego ese, Manolo, que es una bestia. De treinta peleas ha ganado unas veinticinco por KO, así que no te me despistes.

Cola asintió.

Al día siguiente, volvía a estar sobre el ring y haciéndolo de maravilla. Pegaba y se iba, picaba y bailaba. Los dos primeros asaltos fueron para enmarcar y Cola se las prometía felices. Pero, como siempre decía Fernando, las cosas no son como empiezan y, al empezar el tercer asalto, el guante izquierdo del gallego aterrizó de pleno sobre la nariz de Cola. Y no es que el golpe fuera muy contundente, pero sí le hizo un corte y el «pico de loro» del carabanchelero empezó a sangrar profusamente. Tanto, que el árbitro llamó al médico y este paró la pelea. Si hubiera sido en profesional, posiblemente habrían podido seguir, pero en amateur no estaba permitido pelear con una hemorragia. Era la segunda vez que una herida durante el combate acababa con las posibilidades de Cola de llevarse el campeonato.

Fernando estaba ya preparando todo su arsenal de consejos y anécdotas para consolar al pobre Cola, pero este, impasible, le miró a

los ojos y le dijo:

—¿Sabes qué, Fernando? Me voy a operar de la porra.

El entrenador asintió pensando: «No es mala idea. Y hasta puede que lo dejen más guapo».

Lo de salir poco y dejar los vicios había permitido a Cola ahorrar dinero suficiente como para operarse la nariz la semana siguiente. Y eso hizo. Que cuando se le metía algo en la cabeza, lo hacía y punto. La baja no fue larga y a las pocas semanas ya volvía a entrenar, eso sí, con cuidado de no romperse la napia durante un tiempo.

56

—¿Sabes que yo ahora también boxeo?

A Raúl le brillaban los ojos al decirlo. Era domingo por la mañana y Cola y él estaban comiendo pipas en un banco.

—Como estoy estudiando para las opos, he dejado el curro de seguridad y me he quedado solo en la frutería para echar una mano a mis viejos. Así que algunas tardes voy a un gimnasio de aquí del barrio y doy unos golpes.

—Me alegro mucho. A ver si un día acabamos pegándonos en un ring en vez de en la tapia del cementerio.

Raúl se echó a reír con ganas.

—No sé. Yo sigo queriendo ser policía, no competir. Pero nunca se sabe, hermanito. Igual sí. Igual hasta te gano.

Cola se levantó de un salto riendo y se puso en guardia frente a él.

—¿Ah, sí? ¡Demuéstralo!

Cualquiera que los hubiera visto en aquel parque riéndose y amagando golpes habría pensado que eran dos chavales de doce años y, aunque en realidad tenían ya veinticuatro, no habría ido muy desencaminado.

57

A diferencia del Rata o del Flores, que eran colegas de juerga, la amistad de David y Fernando se sustentaba sobre una base de lealtad pero, sobre todo, de admiración. Uno quería ser el otro y el otro quería ser el uno. Es decir, a David le habría gustado ser boxeador y saber lo que se siente al oír la música del arrabal todos los días, mientras que a Fernando le habría encantado escribir la mitad de bien que su amigo y, por qué negarlo, vivir al otro lado del río, donde los barrios son menos bravos.

Y esa admiración mutua que se profesaban los hacía ser comprensivos el uno con el otro, mirarse siempre con bondad y generosidad y, por encima de todo, había hecho que su amistad no peligrara a pesar de la mala época que atravesaba Fernando.

De hecho, había sido él quien le había dado la idea de crear una clase a mediodía que bautizaron como La Ley Antigua. La cosa era que David se había aburrido de entrenar en su barrio, rodeado de banqueros, y donde solo podía guantear con Oli, un abogado penalista muy prestigioso y con un gran crochet de izquierda.

—Me aburro, Fernando —le había confesado un día tomando uno de sus cafés—. Ya me sé todos los trucos de Oli. Quiero guantear con gente nueva, hacer cosas nuevas, ¡quiero diversión!

Y así había nacido aquel grupo de cuarentones, conocidos, alumnos y exalumnos de Fernando de aquí y de allá, que se ponían los guantes todos los miércoles en su escuela. Y en aquel planeta metido en un garaje empezaron a llover los golpes a base de bien, porque La Ley Antigua peleaba en minirrings de encuentro, llamados así porque en ellos te encuentras siempre. Es lo que tienen los sitios estrechos, que es difícil fallar el golpe. Quienes creen que el cuadrilátero reglamentario es pequeño, es porque nunca han peleado en uno

dividido en cuatro partes iguales. Fernando había decidido hacerlo así porque los de La Ley eran muy suyos, y todos querían guantear en el cuadrilátero y a la vez para ir cambiando de rival en cada asalto.

—Pues nada, rings de encuentro y ¡sálvese quien pueda! —había decidido Fernando en una de sus primeras reuniones.

La Ley Antigua era una cita obligatoria e ineludible para Fernando. Daba igual si la noche anterior había dormido poco, mucho o nada. Daba igual si tenía el día bueno o el día malo. Para él, aquellos encuentros eran tanto o más importantes que los entrenamientos con Cola o con sus demás chicos. Eran una de las cosas que le recordaban por qué había abierto el gimnasio y qué era lo que le gustaba del boxeo.

58

Que Cola se hubiera fijado en David llamó la atención a Fernando sobre un hecho inusual: últimamente, su amigo se pasaba mucho por el gimnasio y no tanto a entrenar como a observar y, a veces, también a charlar. De vez en cuando guanteaba, sí, pero las menos. Había días, incluso, que aparecía con su Harley y se iba a dar una vuelta por el barrio.

—Ten cuidado dónde aparcas, barbas —le había dicho Fernando el primer día que lo había visto llegar en su montura—, que aquí no te conocen y a la que te descuides te vuelves a casa en metro.

David se había echado a reír y le había hecho un gesto de que no se preocupara, así que Fernando no había insistido. Pero, bien pensado, ¿a qué venía tanta visita y tanto garbeo?

La respuesta llegó al cabo de unos meses.

—Te traigo una cosa —dijo David tendiendo una carpeta bastante gruesa a Fernando.

—¿Qué es?

—Una novela que he escrito. Quiero que te la leas antes de mandársela al editor.

—¿Por qué?

—Ya lo verás.

Fernando la empezó aquella misma noche y, por una vez, su falta de sueño al día siguiente no tuvo nada que ver con los bares. Resultaba que las visitas de David habían sido, en realidad, un largo trabajo de investigación destinado a recopilar información para su historia, que hablaba de boxeo, de barrio y de delincuencia. En aquellas líneas, Fernando reconoció su coche, su gimnasio, sus calles, sus boxeadores, hasta Cola salía por allí en algún fragmento. Al día siguiente había llamado a David por teléfono para felicitarlo y agradecerle aquella

ficción que tan bien había relatado su mundo. Aquella historia era un regalo, un acto de generosidad por parte de su amigo que le había hecho sentir un orgullo especial por lo que había construido.

Aunque no todos los retratados se lo tomaron tan bien como él.

Resultó que aquella novela tenía un malo malísimo y que, para escribirlo, David se había inspirado en otro íntimo suyo, el Frutas, que también se pasaba la vida en el gimnasio, lógicamente, sin pedir permiso ninguno. La noticia no tardó en llegar al interesado, que fue directo a pedir explicaciones a Fernando.

—A ver, primo, que es una novela, una ficción. Los personajes están basados en nosotros, pero no somos nosotros. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

La explicación del entrenador no convenció del todo al Frutas, pero lo calmó. Aunque solo el tiempo justo hasta que autor y personaje coincidieron como público en una velada. Fernando estaba con su chico en el vestuario y allí apareció Pedro, otro periodista amigo de David y suyo, anunciando a gritos que el Frutas estaba de bronca en la barra con su amigo común.

Fernando salió disparado a poner paz antes de que la cosa fuera a mayores.

—A ver, ¿qué coño pasa aquí? —preguntó poniéndose en medio de los dos hombres.

—Pues que el Frutas está un poco mosqueado por lo del libro —dijo David.

—Pero bueno, ¿no te he explicado yo ya que ese libro es una ficción? ¿Que son personajes? Vamos a ver, Frutas, ¿acaso sale tu nombre?

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes? ¿Pero no te la has leído?

—Pues no.

Se hizo un silencio sepulcral.

—Pues el día que te la leas, hablamos —sentenció Fernando con voz de predicador dando media vuelta y llevándose a David.

Como era de esperar, no se volvió a hablar del tema.

59

Dicen que a la tercera va la vencida y, al menos para Cola, así fue. El tercer año que disputó el campeonato de España amateur logró por fin proclamarse campeón. Por una vez no hubo lesiones, ni tropiezos, ni problemas de ningún tipo. Solo tres combates impecables y una constatación: había llegado el momento de convertirse en profesional.

—Ya va siendo hora de que tengas un mánager, Cola —le dijo poco después Fernando.

—¿No puedes serlo tú?

—No, mi rey. Yo soy tu entrenador y es lo único que quiero ser. Los mánagers y los promotores se pasan el día organizando peleas, buscando patrocinadores y lugares donde montar veladas y a mí todo eso me interesa entre poco y nada. Pero tú tranquilo, porque después de lo bien que lo hiciste en el último campeonato y con la carrera que llevas, seguro que no tarda en aparecer alguien.

Y así fue. Al poco llamó a la puerta de la escuela un tal Francisco, un promotor que llevaba poco tiempo en el negocio, pero del que todo el mundo hablaba bien. Después de charlar con él y consultarlo con Fernando, Cola decidió ponerse en sus manos. Su primer objetivo sería organizar el primer combate del carabanchelero como profesional.

Al cabo de unas semanas se fijó fecha y lugar. El escenario sería una discoteca de las afueras de León. El rival, asequible. Siguiendo el dicho del gremio, una carrera de campeón se esculpe alternando dos palomas y un gavilán, es decir, dos rivales flojos y uno complicado. Para el primer combate tocaba paloma. En este caso, llegada del este de Europa, de Yugoslavia para ser exactos.

Cola subió al cuadrilátero con una bata negra y roja, a juego con el pantalón y las botas. Todo nuevo y hecho a propósito para la ocasión. Había sido un regalo de Fernando, que apenas había podido contener

la emoción al dárselo. No pasa todos los días que uno de tus chavales debute. Tenía motivos para emocionarse y estar orgulloso.
—Pero no te lo creas mucho —le había dicho a Cola— y tampoco te confíes. Ahora es precisamente cuando las cosas se ponen serias. ¿Entendido?
El chico miró a su alrededor y vio la discoteca llena hasta la bandera y al público entregado. Por un instante, recordó el ambiente del Palacio de los Deportes de su infancia y pensó en su abuelo y en qué le diría si pudiera verlo. Fernando lo vio distraído y le dio un golpe en el hombro.
—Cola, a lo que estamos.
Él asintió.
En cuanto sonó la campana el debutante se metió a fondo en el combate. Los dos primeros asaltos fueron de maravilla, pero todo se torció en el tercero. El púgil del este lanzó un crochet de izquierda y a Cola se le apagaron las luces. Al momento se vio sentado en el suelo. La voz de Fernando gritándole a pleno pulmón:
—Esto no es como empieza…
—… sino como acaba —Cola terminó la frase entre dientes.
Estaba cabreado. Muy cabreado. Su primer combate no podía acabar así. De ninguna manera. Se levantó, se puso el mono de trabajo y en los siguientes tres asaltos le dio un repaso al otro de órdago. El combate acabó con Cola alzando el brazo y el yugoslavo agradeciendo que hubiera sonado la campana.
Al bajar del ring, Fernando lo abrazó como si le fuera la vida en ello.
—Bien hecho, Cola. Todo el mundo se cae, pero solo algunos se levantan.

60

Un par de días después, Cola salió a correr por El Pardo, como de costumbre. Aunque, ese día, decidió tomar una ruta distinta y acercarse al cementerio. Allí estaba enterrado su abuelo. No sabía exactamente dónde, porque no lo recordaba, pero eso daba igual. Desde afuera, desde el muro, pensó que había llegado el momento de hacer algo que tenía pendiente desde hacía tiempo.

—Hola, abuelo. Hace tiempo que no hablamos...

Habían pasado casi diez años desde la muerte del abuelo Gabriel y Cola aún no había sido capaz de perdonarse por no haberse despedido. Aquella mañana, por fin, logró pasar página. Sentado contra el muro, le contó al abuelo todo lo que había sucedido en aquel tiempo. Las cosas buenas y las malas. Los sustos y los aprendizajes. Le habló de Fernando y de cómo, a veces, su entrenador le recordaba a él. De sus tropiezos y de aquella primera victoria. De cómo el boxeo, una afición que había heredado de él, se había convertido en su vida.

Y allí, contra la tapia del cementerio, Cola lloró. No de miedo, como aquella otra vez hacía años a orillas del Manzanares, no de rabia, como cuando discutía con su madre, sino casi de alegría. De liberación. Le había costado, pero había encontrado el camino de vuelta. En adelante, Cola acudiría a menudo al cementerio de El Pardo a hablar con el abuelo. A partir de ahora todo iría bien.

61

La victoria de Cola renovó el ánimo de Fernando, que se propuso por enésima vez dejar la noche y enderezarse.

Lo hizo por la vía radical. Se encerró en casa y decidió salir solo para ir al gimnasio. Pero al cabo de pocos días tuvo claro que le iba a ser imposible aguantar aquella vida de asceta. La soledad le consumía, así que se le ocurrió buscar un punto intermedio. Pasó de las noches con amigotes a salir a los bares a ligar. Al fin y al cabo, el matrimonio y la paternidad prematuras no le habían permitido golfear demasiado en ese aspecto, así que ahora, en plena crisis de los cuarenta, decidió aprovechar la oportunidad y llenar su vacío con mujeres. Cada día una. Y a cuál más guapa. Porque lo mejor, o lo peor, es que se le daba muy bien. Al principio, la estrategia de conocer mujeres en los bares y llevárselas a su pisito de soltero, a pocas calles de la escuela, le funcionó de miedo. Aquellas mujeres le ayudaban a mantener alta la autoestima y espantar al fantasma de la soledad. Además, lo de ligar era divertido. Muy divertido.

Hasta que dejó de serlo.

Sin saber cómo, Fernando, que dejaba de fumar, de beber y de drogarse con solo proponérselo, se vio enganchado a la espiral de sexo esporádico. Lo supo cuando fue consciente de que había perdido la cuenta de cuántas mujeres había subido a casa. Lo que había empezado como una diversión, se había convertido en necesidad. Ya no sabía dormir solo. Fernando se miraba al espejo y sentía asco. Más de una vez había fantaseado con mandarlo todo a la mierda. Acabar con todo. Solo las visitas quincenales de sus hijos lo sacaban del hoyo, pero el tiempo pasaba muy lento entre ellas.

Además, al final había sido peor el remedio que la enfermedad, porque donde más y mejor se liga es por la noche. Y ahí Fernando

volvió a caer con la cocaína, porque no es fácil aguantar veinticuatro horas despierto y más dándole a la zambomba si no vas con un poco de trampa.

Hasta que una noche, a las cuatro de la mañana, en uno de los peores garitos de Madrid, por fin vio la luz. Arrodillado en un baño, como quien reza a Dios, tuvo la sensación de que su alma abandonaba su cuerpo y se vio a sí mismo desde fuera agachando la cabeza frente a una papelina de farlopa.

Y aquella imagen lo rompió.

De repente, Fernando hizo clic y supo que aquello terminaba en aquel momento.

Tiró la papelina por el desagüe y salió de allí como alma que lleva el diablo.

Los siguientes días fueron complicados. Fernando estaba hundido. Cuando llegó el fin de semana se encerró en casa y se puso a pensar en formas de remontar, pero no se le ocurría nada. En un momento de desesperación llamó por teléfono a su amigo Román.

Román, además de ser uno de los mejores tatuadores del mundo, era un hombre tranquilo y muy equilibrado. Cuando oyó la voz de Fernando al teléfono, no lo dudó ni un segundo y salió corriendo a su piso. Al llegar, se encontró al exboxeador con los ojos hinchados de tanto llorar y aspecto de no haber dormido en días.

—Fernando, tú lo que necesitas es terapia.

—Pero qué dices, Román. Yo seré un golfo, pero no estoy loco.

—Claro que no, pero necesitas ayuda. Y yo no te la puedo dar.

Entonces, Román le explicó que él había hecho casi un año de terapia para superar un incidente que a punto estuvo de dejarlo sin trabajo. Resultaba que después de un suceso que no venía al caso, Román había adquirido fobia a la sangre, algo nefasto para un tatuador. Así que después de muchas vueltas había empezado a ir a un terapeuta que lo había ayudado a seguir trabajando.

—¿Tú no habías ido al psicólogo cuando boxeabas? Pues esto es lo mismo, pero para la vida.

Fernando se quedó un buen rato en silencio reflexionando sobre lo que le había contado su amigo.

—Tienes razón. Buscaré a alguien. —«Al fin y al cabo, no tengo nada que perder», pensó.

62

Cola había debutado con muy buen pie, pero le estaba costando encontrar rivales para competir. La situación a la que se enfrentaba era muy distinta a la que había vivido Fernando en sus tiempos. A finales de los noventa, el boxeo andaba de capa caída. Había muy pocos púgiles españoles, los extranjeros eran caros de traer y, por desgracia, el nivel de algunos dejaba mucho que desear. El problema era que lo mismo te podía tocar un checoslovaco que no había guanteado en su vida que un tipo curtido que te daba un susto. Nunca sabías. Por si eso fuera poco, los mánagers españoles se negaban a enfrentar a sus boxeadores entre sí a menos que hubiera un título en juego. Y, claro, así era muy difícil ganar experiencia.

Con todo, Cola había ido haciendo y ganando peleas suficientes como para disputar un título nacional y fue nombrado aspirante oficial al cinturón del supermedio. Fernando torció el morro cuando se enteró.

—Esa no es tu categoría, Cola. Tú eres peso medio. Le estás dando ventaja al rival antes de empezar, ¿no ves que te va a sacar unos cuantos kilos?

—Ya, pero dice Francisco que es lo mejor para mí.

—No sé, Cola, yo creo que a Francisco lo que le pasa es que tiene a muchos en tu categoría y no puede con tantos, así que te ha cambiado a ti porque eres el último en llegar.

El joven negó con la cabeza. Era cierto que no estaba haciendo tantos combates como le habría gustado, pero tampoco le iba mal. Estaba compitiendo y ganando algo de dinero por primera vez. No tenía motivos para desconfiar. Fernando se rindió.

—Haremos lo que tú quieras, rey.

En esas estaban cuando, un día, Cola llegó con una noticia bomba. Al parecer había surgido la posibilidad de ir a México a disputar un

campeonato intercontinental con una estrella en ascenso de aquel país. Solo había un problema, que la categoría sería peso semipesado, dos por encima de la de Cola.

—Esto sí que no —respondió Fernando nada más oírlo—. Te vas a pegar con un tipo enorme que te va a tumbar a la primera de cambio. Vas a ir a perder o algo peor. No llevamos años trabajando para que te destrocen. Esto no es una oportunidad. Es una trampa.

—¡Joder, Fernando, siempre estás igual! —Cola había entrado al gimnasio radiante de emoción y la negativa de su entrenador le había sentado como un tiro—. Que si esto no, que si lo otro tampoco. ¿Es que no confías en mí? Pues resulta que Francisco sí. Él sí cree que puedo ganar. No como tú.

Fernando y Cola se enzarzaron en una discusión muy agria que acabó con el alumno saliendo con cajas destempladas al grito de:

—¡Haré lo que me dé la gana, hostia!

Fernando se sentó un momento y respiró hondo. Llevaba demasiado tiempo en el negocio para no ver lo que estaba pasando. Sabía que alguien que no era Cola iba a ganar mucho dinero con aquel combate. Su chico se convertiría en carne de cañón y él no iba a poder hacer nada para impedirlo. El mánager lo había engatusado con lo del título y el combate internacional. Cola era joven y soñaba con la gloria. Era presa fácil.

Así las cosas, lo único que podía hacer era prepararlo lo mejor posible para que, al menos, no le lesionaran ni le hicieran ningún daño permanente.

63

Fernando cerró la puerta del coche, se agarró al volante y lloró con ganas hasta que liberó toda la tensión y la angustia.

No era la primera vez.

Lo hacía siempre que salía de la consulta de Teresa, su psicóloga, un par de veces por semana. Hacía un mes que había empezado la terapia y aquello estaba siendo una montaña rusa de una intensidad inesperada. Él, que había recibido centenares de golpes sobre el cuadrilátero, jamás pensó que los más duros vendrían de parte de una mujer menuda que lo escuchaba mientras él hablaba sentado en un diván.

Y llorar era lo de menos. Era mucho peor cuando salía de allí vomitando.

Pero Fernando sentía que iban en la dirección correcta y que, sesión tras sesión, a pesar del miedo, la vergüenza, la angustia y todas las emociones que lo invadían, se iban abriendo puertas y cayendo muros. Golpe a golpe, Fernando iba viendo la luz. Nunca había pensado que contarle a alguien sus penas con pelos y señales pudiera ser tan satisfactorio. Bucear en sus mierdas cada semana le hacía soltar lastre, y lo cierto era que tenía mucho. Pero así, poco a poco, la luz empezaba a colarse en la oscuridad que lo había invadido durante tantos años.

Teresa lo escuchaba y, sobre todo, le proponía cambios. Le explicaba por qué le pasaba lo que le pasaba y le daba estrategias para afrontar sus malos momentos y evitar las recaídas. Fernando, por su parte, intentaba obedecerla en todo, aunque no siempre lo lograra.

—La recuperación no es una línea recta y ascendente —le decía ella—. Habrá altibajos y siempre habrá una parte de ti que quiera volver a los viejos hábitos. Pero juntos lograremos que seas quien tú quieras ser,

Fernando. Tú confía.

Y eso hacía él.

64

Faltaba apenas un mes para el combate en México cuando el azar hizo acto de presencia. En el último sparring, Cola fue a dar un crochet de derecha con la mano semiabierta, con tan mala suerte que aterrizó en la cabeza del otro y se hizo una doble fractura en el metacarpiano.

Cola lloraba como un niño cuando Fernando llamó a Francisco desde una cabina del hospital para explicarle la desgracia y decirle que cancelara lo de México.

—¿Lo sabe alguien más? —exclamó el mánager al otro lado de la línea —. No se lo contéis a nadie, voy para el gimnasio.

Al rato se encontraron los tres en la escuela y el mánager, visiblemente nervioso, empezó a hablar de quitar la escayola e infiltrar a Cola para que no perdiera la oportunidad. Alumno y maestro habían estado hablando en el hospital y se habían planteado qué hacer si Francisco aparecía proponiendo algo así. Era algo que Fernando había temido y deseado al mismo tiempo. Porque si lo hacía, sería la confirmación de que el tipo no era trigo limpio. Que no quería lo mejor para su chico.

Fernando miró al mánager de arriba abajo y se limitó a decir:

—Fuera de aquí.

Francisco miró a Cola en busca de apoyo, pero solo se encontró con la mirada gélida de quien se sabe traicionado.

—Y no vuelvas —remató el carabanchelero.

65

Las siguientes semanas fueron muy complicadas para Cola. Por si no bastaba con quedarse sin mánager, empezó a correr la voz en el mundillo de que era un traidor que había dejado tirado al pobre Francisco. Fernando intentaba consolarlo y convencerlo de que todo aquello pasaría y de que enseguida llegaría otro chisme que haría olvidar el suyo, pero el chaval estaba hundido.

Por primera vez en mucho tiempo, Cola empezó a hablar en serio de tirar la toalla. De abandonar y volver a lo de antes. Al barrio. Al trapicheo. A la mala vida. Al fin y al cabo, ¿de qué valía tanto esfuerzo si luego podía llegar alguien y joderte en un momento?

Fernando procuraba disuadirlo, pero se quedaba sin argumentos. Además, él también estaba luchando contra sus propios demonios y todo se le hacía cuesta arriba.

Cola empezó a faltar a los entrenamientos y, cuando sacaba la cabeza por la escuela, a menudo acababa discutiendo con Fernando. Así se los encontró una tarde Rafa, los dos sobre el cuadrilátero vestidos para guantear, pero lanzándose reproches en vez de golpes.

—¿Qué os pasa, amigos?

Rafa, que desde la retirada de Fernando se había desvinculado del mundo del boxeo, no estaba al día de los últimos acontecimientos.

—Fernando, ¿tú confías en el chico? —había preguntado después de escuchar la historia del combate-trampa en México.

—Es el mejor que ha pasado por mis manos, Rafa —respondió Fernando.

—Pues no se hable más. Si quieres mánager, aquí tienes uno, Cola.

El carabanchelero lo miró con desconfianza. Gato escaldado del agua fría huye.

—Escúchame bien, Cola —intervino Fernando claramente emocionado

por el gesto de su amigo—. Rafa tiene empresas y mucho dinero. No necesita ser el mánager de nadie. No necesitaba ser el mío en su momento. De hecho, creo que, en todo caso, perdió dinero. —Rafa se echó a reír—. Si hace esto, es porque le apasiona el Noble Arte. Trabajé con él muchos años y nunca tuvimos ningún problema. Me convirtió en lo que fui. Sin él, yo no estaría aquí. Me dejaría cortar un brazo por él, Cola. Rafa es mi sangre. Igual que tú.

El joven miró a Fernando, respiró hondo, asintió y fue a darle la mano a Rafa, pero este le dio un abrazo.

—Vamos a hacer grandes cosas juntos, ya lo verás, Cola.

66

Fernando la había visto pasar y pararse más de una vez en el umbral de la puerta de la escuela. Era una chica joven, menuda, pero con unos brazos que indicaban que, seguramente, se dedicaba a mover peso. Quizá cuidaba ancianos, quizá vendía carne, quizá reponía en un súper. A saber. Lo único que Fernando tenía claro es que era vecina, porque la había visto muchas veces allí parada. Mirando en silencio. Sin atreverse a entrar. Hasta que, un día, aquella chica morena de mirada traviesa se armó de valor, cruzó la puerta de la escuela y se dirigió hacia Fernando a grandes zancadas.

—Buenos días, es usted el jefe de todo esto, ¿verdad?

—Soy Fernando, el entrenador de estos chicos, sí. —Aunque la chica intentaba aparentar tranquilidad y aplomo, el entrenador supo enseguida que fingía. Estaba muerta de miedo, pero le había echado un par.

—¿Y entrena usted a mujeres?

Fernando, que al verla había pensado que la chica había entrado a pedir trabajo o, como mucho, información para un hermano o un primo, se quedó en silencio sopesando su respuesta.

El boxeo femenino empezaba a despuntar en algunas ciudades con algunos nombres muy concretos, pero lo cierto era que apenas se organizaban combates. Si en aquel momento ya era complicado montar veladas con hombres, imagínate con mujeres. Por un momento, estuvo tentado de decir que no y quitarse de encima el problema. No estaba muy convencido de querer perder el tiempo trabajando con alguien que lo más probable era que no llegara nunca a debutar. Que quién sabe si iba a ser capaz de aguantar lo que supone entrenar en un ambiente lleno de hombres.

Pero había algo en ella que lo intrigaba.

Una fuerza.

Una determinación.

Una sabiduría que solo tienen quienes han recibido muchos golpes y se han levantado después de cada uno de ellos. Un aire de barrio que le recordaba a sí mismo.

—Puedo entrenarte a ti, si quieres —respondió por fin.

—Quiero. —La chica lo miró a los ojos sin parpadear, como quien hace un juramento.

—Pues bienvenida a tu casa, reina. ¿Cómo te llamas?

—Miriam. Me llamo Miriam.

Fernando sonrió, dio media vuelta y empezó a presentarla al grupo.

—De momento solo hay un vestuario, pero empezaré a ver cómo solucionarlo.

67

Lo primero que hizo Rafa fue ponerle un sueldo a Cola para que no tuviera que hacer otra cosa que centrarse en su carrera pugilística y entrenar en serio todas las horas del día. Aquella entrada de dinero regular le permitió por fin hacer algo con lo que llevaba tiempo soñando: alquilarse un piso pequeño y modesto donde independizarse. Dejar de vivir con sus padres y su hermano fue una auténtica liberación. A esas alturas, Cola tenía más que asumido que su familia de sangre no lo acompañaría en su carrera como púgil. Por suerte, tenía la otra, su familia elegida. Su gente. Como Raúl. Por eso no se fue del barrio, para seguir cerca de él.

Lo segundo que hizo el nuevo mánager de Cola fue organizarle una pelea en Vallecas, en el campo del Rayo. Miel sobre hojuelas. El problema fue, una vez más, la proverbial mala suerte del joven, que a esas alturas no sabía ya si le habían echado un mal de ojo o lo había mirado un tuerto. Apenas dos semanas antes del combate tuvo un accidente absurdo con un final trágico. La cosa había ido tal que así. Al salir del gimnasio, se había puesto a hablar con un compañero al lado de su coche con la puerta entreabierta y, al ir a entrar al vehículo, había calculado mal y se la había clavado en el costado. El dolor fue tan agudo que Cola cayó de rodillas sin poder casi ni respirar. Había sido su compañero quien lo había metido en el coche y lo había llevado al hospital. Resultado: una costilla fracturada.

—Monto un circo y me crecen los enanos —se había quejado Cola a Fernando al día siguiente hablando por teléfono.

—Paciencia, rey. No te queda otra. Ahora lo que tienes que hacer es reposo, evitar los gestos bruscos, ponerte hielo e inflar muchos globos.

—¿Globos?

—Sí, globos. Porque con el dolor vas a empezar a respirar

superficialmente y eso puede hacer que acabes pillando una neumonía. Y no queremos que pase. Así que tú hazme caso, que yo también me he roto más de una costilla.

—No, si al final será verdad lo que dicen los chavales de que eres el Señor Lobo…

—¿El qué?

—El Señor Lobo. ¿No has visto *Pulp Fiction*? Yo creo que te gustaría…

68

La psicóloga había recomendado a Fernando que buscara formas de pasar el tiempo, mejor si era a solas, que no implicaran irse al bar. Y así era como había recuperado una de sus aficiones: el cine. A Fernando siempre le habían gustado las películas, y no solo las de acción o peleas, que también. Igual que Cola, en su momento, con la llegada del vídeo, se había pateado su videoclub de arriba abajo y se había convertido en un experto del séptimo arte. Luego, sus noches locas no le habían dejado tiempo para nada, pero ahora volvía a tener horas y ganas. Así que una tarde alquiló esa de *Pulp Fiction* que le había dicho Cola. Le comía la curiosidad. Y la verdad es que no pudo evitar soltar una enorme carcajada cuando apareció el personaje de Harvey Keitel: el Señor Lobo.

Qué puñeteros eran sus chicos y qué calado lo tenían. Porque aunque él no se dedicaba a hacer desaparecer cadáveres, sí que era un solucionador nato. Sobre todo, si de lo que se trataba era de coser heridas.

Y es que Fernando no tenía estudios sanitarios, pero siempre le había interesado esa habilidad de los entrenadores de boxeo de zurcir cortes a sus púgiles en menos de un minuto para que pudieran seguir peleando. Así que cuando él mismo se había convertido en uno, se había dedicado a comprar pollos, rajarlos y coserlos hasta aprender todo lo que hay que saber a ese respecto. Aunque, con el tiempo, aprendió a usar una herramienta aún mejor que la aguja y el hilo: el Loctite. Sí, resulta que ese pegamento instantáneo que lo pega todo sirve también para dar puntos improvisados sobre la piel y funciona de perlas. Según había leído Fernando, los primeros en usarlo habían sido los médicos militares ya en la Segunda Guerra Mundial. La primera vez que lo había aplicado había sido consigo mismo, por

aquello del por si acaso, pero una vez vistos los resultados, Fernando empezó a no salir de casa sin un tubo en el bolsillo.

Y así, como quien no quiere la cosa, y con todo el respeto a los oficios de médicos y enfermeros, había acabado teniendo una casa de socorro informal en el gimnasio. En el barrio, todos sabían que Fernando te arreglaba las cejas tristes tras un puñetazo y, si no eran graves, hasta alguna puñalada trapera. Y todo eso mientras te escuchaba y te daba consejos. Que Fernando era bueno enderezando a los demás aunque le costara enderezarse a sí mismo. Qué ironía.

Fernando recordaba aquel día que había cosido de madrugada al Frutas después de recibir un tajo en un duelo de after que se quedó a menos de un centímetro del corazón. Se lo habían llevado volando al vestuario del gimnasio y lo habían tenido que agarrar entre dos y darle una buena dosis de polvos de esos sin receta que te hacen volar para arreglar el desaguisado.

—Otra raya para el tigre —le había dicho el Frutas al oído, con la herida recién cerrada y saliendo por la puerta para seguir con la juerga.

Aunque su intervención más sonada como el Señor Lobo de Lucero había sido en una discoteca de la periferia de Madrid. Era un sitio enorme, se llegaban a juntar diez mil personas, y Fernando siempre pensó que debían de hacer buena caja, porque solo abrían los sábados y un domingo al mes. A él le gustaba ir, sobre todo, porque la mitad de los de seguridad entrenaban en su gimnasio y el jefe de sala era un buen amigo. La mayoría de las veces ni siquiera llegaba a entrar, se limitaba a quedarse en la puerta charlando con sus chicos y bebiendo con ellos agua mineral.

Total, que un día estaba allí pasando el rato cuando llegó un aviso de que a Miguelín, uno de sus chavales, lo habían atacado tres empastillados en uno de los pasillos. El diminutivo en este caso le venía al pelo, porque Miguel tenía mucha cara de niño. De hecho, sobre el ring le habían puesto otro apodo, el Universitario, por la cara de joven y por lo imberbe. Aunque Fernando sabía que bajo aquella apariencia se escondía un tipo que a las buenas era buenísima persona, pero a las malas, sacaba la batidora de hostias y se quedaba

solo. Total, que aquellos 67 kilos de púgil con cara de niño bueno habían dejado KO a los tres pastilleros: uno que no podía ni abrir un ojo, otro con la nariz en dirección a San Martín de Valdeiglesias y el tercero con un corte en la ceja.

—Menudo cuadro —había murmurado Fernando entre dientes mientras salía corriendo al coche a buscar su botiquín de emergencias. Y es que la novia de uno de los tres valientes estaba gritando y asegurando que iba a llamar a la Guardia Civil.

Había que moverse rápido.

Al volver, Fernando se fue directo al cuarto, ese que tienen todas las discotecas con empaque, y allí se encontró a los heridos sentados cada uno en una silla. Con el primero bastó aplicar hielo frotando bien hasta que bajó la hinchazón. El tipo se quejaba, pero no mucho, que las pastillas anestesian que es un primor. La nariz rota crujió con estrépito, pero enseguida estuvo recta como una vela. Eso sí, hubo que reanimar a su dueño, que se desmayó un poquito. Con la ceja bastó un poco de Loctite y quedó como nueva. Y, entre lamento y lamento de los susodichos, Fernando les iba dando collejas y diciéndoles que el chaval de seguridad al que habían atacado iba camino del hospital con numerosas lesiones. No era cierto, claro, pero él tenía la esperanza de quitarles las ganas de denunciar. Aunque fue en vano, porque la novia ya había llamado a las fuerzas de seguridad del Estado.

Afortunadamente, cuando llegaron por fin, entre el pedo que llevaban los tres tenores, los arreglos de Fernando y que Miguelín llevaba una hora en su casa, la cosa se quedó en nada.

«Pues un poco Señor Lobo sí que soy, la verdad», pensó Fernando.

Al cabo de una semana, decidió gastar una broma a sus chicos. Alquiló un traje negro con pajarita y apareció con él en la escuela sin decir ni mu, como si fuera lo más normal del mundo.

—Si vais a llamarme Señor Lobo, tendré que vestir a la altura, ¿no? —había dicho al ver sus caras de estupor.

Las risas resonaron en toda la manzana.

69

Mientras su pupilo se recuperaba de su lesión, Fernando se informó sobre qué tenía que hacer para entrar en la Federación de Boxeo. Tenía dos buenos motivos para hacerlo. El primero y principal era conocer la organización desde dentro para poder ayudar y orientar mejor a Cola y al resto de sus chicos. El segundo, mantenerse ocupado y alejado de las actividades que lo arrastraban al lado oscuro.

En ese ambiente, Fernando descubrió que tenía buenas dotes para la organización y las negociaciones en los despachos. Quizá porque al final era un poco como mediar en los conflictos de la calle, quizá porque llevaba algún tiempo guanteando con su amigo Rafa, que a menudo le comentaba sus problemas y conflictos con sus empresas y le pedía consejo cuando tenía que tomar decisiones. En el fondo, aunque no hubiera estudiado ni acudido a una escuela de negocios, Fernando tenía mucho conocimiento aplicable a esos campos, y su entrada en la Federación le hizo darse cuenta de ello. Su autoestima mejoró, lo que sumó una pieza más a su recuperación. La verdad es que cada día estaba mejor.

Cuando a Cola se le soldó por fin la costilla, Fernando le había conseguido una pelea gracias a sus nuevos contactos. La cita era en Azpeitia, en Guipúzcoa, y para allí que se fueron Rafa, Fernando y Cola en el coche del primero, que era de alta gama y comodísimo.

Durante el pesaje, el carabanchelero pudo examinar a su rival, un tipo ruso, más bajito. «Anda, mira, si es zurdo como yo —pensó Cola al verle firmar el contrato—. Verás qué sorpresa se lleva cuando vea que yo sé pelear de diestro.» Y es que, a propuesta de Fernando, y en vista de que nunca había perdido esa facilidad para cambiar de guardia que al principio llevaba a su entrenador por el camino de la amargura, el joven púgil había empezado a perfeccionar el cambio consciente. A

esas alturas podía afirmar ser un boxeador ambidiestro, el primero de la historia del pugilismo patrio. Antes que él, había habido peleadores que podían hacerlo esporádicamente y durante poco tiempo. Pero él podía hacerlo de forma consciente para adaptarse a su rival. Una innovación en toda regla.

Al día siguiente, el combate empezó pausado. El ruso y Cola comenzaron poco a poco. Vigilándose. Observándose. Midiendo fuerzas. Dos felinos esperando para saltar sobre su presa. Cuando el ruso empezó a lanzar bombas con su mano izquierda, Cola se dedicó a evitarlas con un rosario de esquivar rotativas y ballestas que alternaba con algún directo de izquierda tímido, como para engañar, porque él había subido al ring como diestro, con el pie izquierdo delante. Su intención era desgastar al ruso y esperar al fallo. Con toda la paciencia del mundo. Y entonces, llegó la ocasión. El soviético tiró un crochet con su mano atrasada, Cola basculó con una ballesta calculadísima, se asomó por su lado zurdo y vio la pista de aterrizaje. Puñetazo rápido y preciso a la zona hepática del ruso, que penetra como un cuchillo en la mantequilla.

Fernando siempre decía:

—Hay manos que pegan y manos que empujan. No todos los golpes son iguales. Existe el golpe percutante, seco. El puñetazo que sale más rápido de lo que entra. Así es como solemos lanzar al rostro. Pero en las partes blandas los golpes secos se pierden. Abajo se pega de otra manera, hay que empujar. Hay que apuñalar. Que las entrañas choquen contra el diafragma. Que se encojan las tripas.

Aquel combate no pasaría a la historia, porque no se disputaba ningún título. Y es una lástima, porque el golpe de Cola, cocinado a fuego lento y lanzado con maestría, hizo que el ruso hincara la rodilla en tierra y no se volviera a levantar.

La sonrisa de Cola no dejaba lugar a dudas, aquella pelea le había hecho recuperar la ilusión.

70

Para sorpresa de Fernando, Miriam resultó ser una gran alumna. Aplicada, disciplinada, sacrificada, fuerte, lista. Sobre el ring era pura picardía. Las pillaba al vuelo. En cuestión de medio año, bailaba entre las dieciséis cuerdas. Y Fernando, cuanto más la miraba, más claro tenía que aquella chica tenía que debutar. Se lo merecía.

Aunque fuera en amateur.

Aunque fuera en un combate informal.

Porque estaba harta de guantear con los chicos del gimnasio.

Ella quería medirse las fuerzas con otras mujeres.

Así que Fernando se arremangó, levantó el teléfono, empezó a hablar con otros gimnasios y otros entrenadores y no paró hasta dar con unas cuantas chicas que aquí y allá estaban empezando a dar forma al panorama del boxeo femenino del país.

Una vez localizadas, fue relativamente fácil montar una velada amateur en un gimnasio mediano para que probaran lo que era la competición. Todos, entrenadores y púgiles, lo estaban deseando.

Cuando llegó el día, la liturgia fue la misma que en cualquier otra cita de ese tipo. Lo primero, los pesajes. A medida que se acercaba el momento, Fernando notó que Miriam se ponía nerviosa. Normal, pensó. Al fin y al cabo, los primeros pesajes siempre son incómodos, porque no es agradable quedarse en paños menores ante tanta gente.

Lo que el entrenador no se esperaba era que el cuerpo de su alumna estuviera lleno de marcas, arañazos y moratones que no se correspondían para nada con el daño que uno recibe cuando boxea.

—Miriam, ¿qué es eso? ¿Quién te ha calentado así?

—Ah, no, no es nada. El otro día, guanteando, que se nos fue un poco la olla...

—¿Guanteando con quién? Porque estas no son maneras.

La respuesta nunca llegó porque en aquel momento Fernando fue requerido por otro entrenador para resolver unos temas logísticos de última hora y Miriam salió disparada al vestuario para prepararse.

Más tarde, la primera victoria de la Reina, como la llamaban todos en el gimnasio, distrajo a Fernando de cualquier otro tema. Aquella chica le iba a dar muchas alegrías.

71

El chaval lo había esperado en la esquina del gimnasio y le había llamado por su nombre al pasar. De primeras, Cola no lo había reconocido, pero después de oír su nombre, Antonio, y que habían hecho juntos la EGB, había empezado a ligar cabos. Ahora, sentados el uno frente al otro en una cafetería cercana al gimnasio, el recuerdo de un chaval tímido y apocado invadió la mente del carabanchelero, aunque seguía sin tener ni idea de qué hacían allí sentados.
—Madre mía, si no llegas a saludarme tú, yo ni te reconozco —dijo Cola para romper el hielo.
—Tú, en cambio, estás igual —respondió Antonio algo serio.
—No, si tú también, pero yo qué sé, ha pasado tanto tiempo...
—Sí, la verdad, mucho. Casi quince años.
Se hizo un breve silencio que Cola aprovechó para pedir un par de cafés y Antonio volvió a hablar.
—Leí la entrevista que te hicieron en el periódico el otro día. —Un periódico local había hablado con Cola a raíz de su debut como profesional—. Me alegré mucho por ti. De que hubieras encontrado una forma de canalizar tu... rabia, supongo.
—No me puedo quejar, la verdad. El boxeo me ha cambiado la vida y estoy muy contento de poder dedicarme a esto.
—Salta a la vista que has cambiado mucho desde los tiempos del cole. Ya me lo pareció al leer la entrevista. Por eso pensé que me gustaría hablar contigo... para decirte que te perdono.
Cola lo miró sorprendido. No tenía ni idea de qué estaba hablando.
—¿Perdonarme a mí? ¿Por qué?
—¿En serio no lo recuerdas? —Cola negó levemente con la cabeza—. Yo no lo olvidaré jamás. Octavo de EGB fue un año muy malo para mí. No quería ir al colegio, me daba pánico. Apenas dormía, vomitaba

todas las mañanas de nervios y me sentía como una mierda. Lloraba mucho. Todo porque había un chico que la pilló conmigo. No sé por qué. Quizá porque yo era tímido, un blanco fácil. No sé. El caso es que me hacía la vida imposible, me insultaba, me gastaba bromas pesadas, me robaba los cromos y el bocadillo, me humillaba constantemente. Yo ya no sabía qué hacer. No me atrevía a enfrentarme a él físicamente, porque sabía que me ganaría, y tampoco atendía a razones. Además, todos los demás le reían las gracias, aunque fuera por miedo a convertirse en blanco de sus bromitas, así que yo cada día me sentía más solo y más impotente. Más de una vez subí a la azotea de mi edificio y me asomé pensando en saltar y acabar con todo de una maldita vez. No tenía fuerzas para seguir. Aquello era una tortura de la que no podía escapar, porque no podía no ir a clase. Me sentía tan acorralado que la muerte me parecía la mejor opción. Por suerte, el curso acabó antes de que yo me decidiera a volar y ese chaval dejó el colegio. Y mi vida mejoró. Y aunque sé que nunca olvidaré aquel año de mi vida, sí que creo que ha llegado el momento de perdonarte... Cola.

Cola lo miró desolado y con lágrimas en los ojos. Incapaz de decir nada, lo abrazó con fuerza y se echó a llorar.

—Lo siento... lo siento... lo siento... —murmuraba.

72

Un par de días después, llegó al gimnasio con los hombros caídos, como avergonzado. Hacía mucho tiempo que Fernando no lo veía así, casi desde los primeros meses que habían pasado entrenando juntos, y supo inmediatamente que algo no iba bien.

—Ven aquí, chaval. A ti te pasa algo. —Cola agachó la cabeza—. Cuéntame. ¿Qué pasa? El último combate fue de maravilla y Rafa ya está trabajando para montarte otro muy pronto. ¿Se puede saber a qué viene esa cara?

—¿Podemos ir a tu despacho?

Fernando asintió y se preparó para lo peor. La cosa pintaba grave.

—Me ha pasado una cosa.

—A ver, Cola, rey, podemos jugar a que te arranque las palabras una a una, pero ya hay confianza, ¿no? —Fernando estaba a punto de perder los nervios, así que Cola le empezó a explicar la conversación con Antonio hasta que, al llegar al final, se le rompió la voz y empezó a llorar a borbotones, con un desconsuelo que Fernando reconoció enseguida.

—Y… y yo… solo he sabido pe-pedirle perdón… y llorar… y…

Fernando abrazó a su chico con fuerza hasta que dejó de temblar. Un poco más tranquilo, Cola terminó la historia.

—Me ha dicho que me perdonaba, que ahora ve que soy un buen tipo y que seguramente fueron cosas de niños. Que igual tendría yo mis motivos. Pero es que yo ni siquiera recuerdo lo que me ha contado. O sea. Sí sé que yo robaba cromos y bocadillos, y repartía collejas, pero no era de malas. Era lo normal, ¿no? Además, yo no quería que nadie se matara. Yo… Es que no podía evitarlo. Lo hacía porque me hacía sentir bien. En paz. Como el boxeo. No sé. Pero yo no pensé que nadie… Yo no quería… Yo no quería… Fernando, él dice que me

perdona, pero ¿cómo me perdono yo?



73

Fernando volvió a abrazar con fuerza a Cola.

Hacía unos meses que él había tenido un momento similar a este con Teresa, su terapeuta. Un momento que había sido crucial, porque le había desvelado un secreto sobre sí mismo que hasta entonces desconocía. Después de aquello, Fernando había acudido a un especialista y se había hecho unas pruebas. Su caso era tan de manual que no hubo duda en el diagnóstico.

—¿Sabes, Cola? Creo que a ti te pasa como a mí. Que eres un trastornado.

Su pupilo lo miró con los ojos como platos. Si no hubiera sido su querido entrenador, lo más probable era que le hubiera partido la cara ahí mismo.

—No me mires así. Yo lo he descubierto hace poco. Y no es ningún insulto, solo una descripción. No te lo he contado, pero llevo meses viendo a una psicóloga, porque no estaba sabiendo recuperarme de la separación con mi mujer y todas esas cosas.

—No tenía ni idea.

Cola mentía. Fernando no era tan buen actor como él pensaba y las noches de juerga y poco sueño habían dejado huellas que sus alumnos veían. Pero nadie le había dicho nada, porque él seguía cumpliendo con sus obligaciones diarias, así que ¿quiénes eran ellos para juzgarlo? Aunque en los últimos tiempos, eso también era verdad, su aspecto había mejorado muchísimo.

—Pues sí. Y entre las muchas cosas que he descubierto sobre mí mismo hay una que destaca en importancia. Y es que soy un trastornado. Resulta que tengo una cosa llamada TDAH, trastorno por déficit de atención e hiperactividad. Ojo, que no es una enfermedad. Es más bien un conjunto de rasgos que me hacen ser como soy. Según

cómo, un superpoder, que bien enfocado da muchas satisfacciones, pero cuando se descontrola… A los que tenemos TDAH —Fernando estaba usando el plural con toda la intención del mundo— el cerebro nos baila al son de heavy metal. Vamos en turbo. Somos impulsivos y nos gustan las emociones fuertes. ¿Te suena?

Cola no habría estado más sorprendido si en aquel despacho se hubiera aparecido la Virgen. Lo que le estaba contando Fernando encajaba a la perfección con su vida, con esa necesidad de peligro que lo había perseguido y había sido su maldición durante tantos años. Con aquella rabia que lo había llevado a maltratar a otros críos, como Antonio.

—Desde que me lo han diagnosticado no hago otra cosa que buscar información sobre el tema, porque quiero entenderlo lo mejor posible. Por lo que sé, los que tenemos este superpoder —Cola sonrió— tenemos un cerebro que se desequilibra con facilidad y que, por lo tanto, siempre anda buscando el equilibrio. ¿Y cómo se hace eso? Segregando dopamina. A la dopamina la llaman también el neurotransmisor de la recompensa. El problema es que se segrega fácilmente haciendo cosas no muy saludables o recomendables como bebiendo alcohol, consumiendo determinados tipos de drogas, comiendo sin control, con los juegos de azar, en situaciones de violencia y peligro… Y esa dopamina ayuda al cerebro a recuperar el equilibrio.

Lo que Fernando le estaba dando a Cola era una explicación muy técnica para lo que él llevaba toda la vida experimentando. Aquella sensación de paz y de estar conectado con el momento que lo inundaba en situaciones de peligro, pero también cuando boxeaba.

—Pero, una cosa, Fernando. Entonces, ¿por qué me sienta bien boxear? ¿Por el peligro?

—No, por el deporte. La actividad física también te hace segregar dopamina. Y como el boxeo, además, te exige orden y disciplina, al final todo suma. Resulta que cuando yo decía que el boxeo salva vidas tenía razón, pero no por lo que yo pensaba. O sí, pero además nos la salva a tipos como nosotros. Porque si yo no hubiera encontrado el boxeo a estas alturas quizá estaría en la cárcel, o algo peor.

El joven asintió.

—Yo también.

—Mira, Cola. No puedes cambiar lo que hiciste de pequeño y el trastorno no puede servirte de excusa para ser un irresponsable. Pero tienes que pasar página. Lo hecho, hecho está. Ahora que sabes lo que hay, aprovecha este conocimiento y ponlo a tu servicio. Nos caemos y nos levantamos.

—Nos caemos y nos levantamos —repitió Cola.

Fernando abrazó a su alumno para que este no viera que estaba a punto de echarse a llorar.

74

Fernando pasó unos días tan preocupado por Cola y por su descubrimiento que tardó un poco en notar la ausencia de Miriam.

—Oye, Cola, ¿tú sabes algo de la Reina?

—No, precisamente te iba a preguntar si le había pasado algo. No la veo desde antes del campeonato aquel que organizasteis. ¡Si ni siquiera le he podido dar la enhorabuena!

—Sí, hace más de una semana que no pasa por aquí. Y tampoco me coge el teléfono. Creo que esta tarde iré a su casa a ver si me entero de algo.

—Te acompaño, si quieres.

Fernando y Cola se acercaron en el coche del entrenador al Pozo del Tío Raimundo, el barrio de Miriam, pero era como si se la hubiera tragado la tierra. A ella y a su novio, un tipo que a Fernando le había caído gordo las dos o tres veces que lo había visto y que ahora tampoco aparecía por ningún lado. Fernando y Cola pasaron unas cuantas horas dando vueltas y preguntando, pero fue en vano. Nadie sabía nada o nadie soltaba prenda, que venía a ser lo mismo.

Fernando no se quedó tranquilo y siguió llamando y pasando de vez en cuando por el barrio unas semanas más, pero al final la rutina, el día a día y sus propios problemas le hicieron olvidar poco a poco a aquella chica que, a todas luces, no quería ser encontrada.

75

El diagnóstico fue lo último que necesitaba Fernando para culminar su cambio de vida. Al cabo de unas semanas, se mudó a una casa en la Sierra, lejos del ruido y de las peligrosas tentaciones. Allí, rodeado de naturaleza, aprendió por fin a estar solo. En su nuevo hogar leía, escuchaba música, veía películas, paseaba por el monte, se relajaba, estaba en paz.

Y pensaba.

El inesperado giro de acontecimientos lo llevó a plantearse cosas sobre el Noble Arte y su papel como entrenador que antes no había siquiera imaginado. Pensó en cómo el boxeo lo había ayudado a equilibrarse en su juventud, en cómo había ayudado también a Cola y a saber a cuántos más. Pensó en cómo podría haber sido su vida si hubiera sabido lo que le pasaba desde pequeño. En si le hubiera servido de algo boxear de niño. En si tenía algún tipo de sentido boxear si no era con miras a hacerse profesional. También pensó en las veces que había echado una mano a Rafa en sus decisiones empresariales abordándolas como quien aborda un combate de boxeo. Y empezó a leer libros que le recomendaba su amigo. Libros de *coaching*, un palabro que él no conocía, pero que había dejado caer Rafa más de una vez, y que estaban escritos por tipos que a Fernando le parecían entrenadores, pero de la vida. Leyó a John Whitmore y a Timothy Gallwey, dos pioneros del tema, y empezó a ver conexiones entre aquellas teorías y su práctica diaria en el gimnasio.

Así pasaba las horas Fernando en su nueva casa, pensando en el futuro, diseñando nuevos abordajes para sus clases, imaginando formas de abrir el gimnasio y el Noble Arte a personas nuevas.

Tenía una libreta donde apuntaba ideas y copiaba datos, una libreta que se llenaba día a día y que cada vez se parecía más a un plan, una

hoja de ruta para el futuro, para los años venideros.

Se moría de ganas de empezar a poner todo aquello en práctica.

76

Y cuando más tranquilo y a gusto estaba consigo mismo, pasó lo inesperado.
Gadea.
Todo había empezado una mañana de otoño, cuando los días refrescan y parece que todo recupera un poco el pulso después de las vacaciones.
Fernando acababa de llegar al gimnasio y estaba preparándolo todo para la jornada que estaba a punto de empezar cuando sonó el teléfono del despacho. No era muy normal recibir llamadas tan temprano, así que estuvo a punto de no descolgar, pero le pudo la curiosidad.
—¿Quién es?
—Hola.
—¿Qué pasa?
—Hola, me llamo Gadea. ¿Es la escuela de boxeo?
—Sí, sí, es aquí, ¿qué quieres? —Fernando no conocía a ninguna Gadea.
—Pues, verá, es que hace un par de meses pasé por allí delante y vi a una mujer entrenando y quería pedir información porque a mí también me gustaría acudir a entrenar.
Fernando sintió una punzada de dolor al pensar en Miriam y en su desaparición, pero se apresuró a responder que sí, porque entrenar a más mujeres era una de las cosas que había apuntado en su libreta de ideas. Le explicó las condiciones y le dijo que se pasara por allí cuando quisiera. La desconocida se despidió educadamente y le dijo que lo haría. Fue una conversación agradable. Al colgar, Fernando pensó que era una chica muy maja, pero enseguida empezaron a llegar los primeros alumnos del día y el recuerdo de aquella llamada se

desvaneció.

La jornada pasó más o menos como cualquier otra, con mucha actividad y muchas clases hasta que, ya por la tarde, Fernando, que en aquel momento estaba mirando hacia la puerta, en vez de al ring, que era donde se reclamaba su atención, vio entrar a una chica menuda de andares decididos y una sonrisa que lo dejó clavado en el sitio.

—¿Gadea? —preguntó cuando la tuvo a pocos metros y recuperó un poco el control de sus cuerdas vocales. Ella asintió y él hizo un gesto en dirección al despacho.

Cola, que era uno de los que estaban sobre el ring, observó la escena divertido. Nunca había visto así de nervioso a Fernando. Nervioso como un adolescente. Casi a punto de ponerse rojo.

La chica salió del despacho en dirección al vestuario y en nada estaba ya allí con todos los demás, calentando.

Fernando la siguió con la mirada como hipnotizado hasta que Cola se le acercó por detrás y le susurró:

—Hay que reconocer que es guapa.

—¿Pero qué dices, chaval? Anda y tira pa'l ring, que tenemos trabajo —exclamó Fernando bajando la mirada como un niño pillado en falta.

77

La intuición de Cola no pudo ser más cierta.

Fernando bebía los vientos por aquella chica y parecía que a ella también le gustaba el entrenador. Al principio, él fue muy cauto. Gadea era una mujer hecha y derecha, veinticuatro años tenía, pero en chándal y sin maquillaje aparentaba muchos menos. Y él no quería malentendidos ni que nadie pensara que se dedicaba a ligar con las alumnas.

Fernando no era de esos.

Pero el corazón tiene razones que la razón no entiende y hay cosas que son inevitables.

Día a día, clase a clase, conversación a conversación, Fernando supo que Gadea era abogada y periodista, ahí es nada, que se había criado en Mallorca y que estaba soltera y encantada de la vida. Fernando pensó que él también estaba soltero y feliz, pero que aun así estaba dispuesto a tener una relación con ella. O al menos a intentarlo. Y no porque temiera la soledad o para distraerse de su tristeza, como había hecho antes tantas veces, sino porque intuía que con alguien como Gadea a su lado las cosas mejorarían aún más.

Y así, Fernando decidió poner toda la carne en el asador y empezar a derrochar carisma y chulería siempre que ella andaba cerca hasta que, apenas quince días después, empezaron a pasear de la mano por las venas de La Latina y a besarse en los portales, hasta que una mañana Fernando vio dos cepillos de dientes en su baño y supo que podía coger la agenda de sus antiguas conquistas y quemarla para siempre.

Solo había pasado un mes desde su primera cita y las cosas iban viento en popa cuando una noche, mientras cenaban en un restaurante, Gadea le tomó la mano y lo miró muy seria.

—Tenemos que hablar. —Fernando sintió una punzada en el

estómago. Un sudor frío. Esa frase nunca augura nada bueno, sobre todo si quien la pronuncia es tu pareja. Aunque en realidad ellos no se habían dicho que fueran novios, ni pareja, ni nada, que las etiquetas son cosa del pasado y, si me apuras, una ordinariez—. No te preocupes. No es nada malo. Solo es una pregunta, pero es importante para mí.

—Pregunta lo que quieras. —Fernando se esforzó por que su voz sonara tranquila.

—¿A ti te gustaría volver a ser padre? Porque me has contado que tú ya tienes dos hijos casi criados, pero mi ilusión en la vida es ser madre. —Fernando la miró sin decir nada. Aquella pregunta era lo último que esperaba. Uno de los golpes más duros que le habían propinado dentro y fuera del ring—. Fernando, yo me estoy enamorando de ti, pero si tu respuesta es no, aunque me duela en el alma, esto nuestro no podría seguir adelante.

Fernando tomó aire. Sabía que aquello no era ninguna broma. Tampoco un órdago ni un ultimátum. Solo una pregunta sincera e importante de una mujer sabia e inteligente. Su respuesta debía ser igual de sincera. Los dos se estaban jugando mucho.

—Mira, Gadea. Yo creo que si tú y yo podemos estar bien cuatro años, que creo que es un tiempo considerable para conocernos, te juro que lo que tú necesites lo necesitaré yo también.

Gadea sonrió y asintió.

Un beso selló aquella promesa.

78

Desde que Cola debutó como profesional y había descubierto su naturaleza trastornada, su relación con Fernando había cambiado. O, más que cambiar, se podría decir que había evolucionado. En algún momento dejaron de ser maestro y alumno para pasar a ser amigos, camaradas, familia. Aunque Cola seguía acudiendo a menudo a la tapia del cementerio de El Pardo a hablar con su abuelo, Fernando había ido ocupando poco a poco ese vacío. Y, un día, el antiguo alumno se dio cuenta de que había algo de lo que su maestro no le había hablado nunca.

—Oye, Fernando, ¿tú por qué te retiraste?

El entrenador lo miró con ternura. Aquel chaval lanzaba las preguntas como los golpes. Sin rodeos y a hacer daño. Sin complicarse la vida.

—Esa es muy buena pregunta, Cola —respondió—.Una que todos los que debutamos nos planteamos de vez en cuando. Yo me retiré porque dudé y la duda en el boxeo es un peligro tanto dentro como fuera de la tarima brava. Mira, chico, en nuestro deporte, como pasa en otras disciplinas como las del motor o el alpinismo, nos jugamos la vida. Por eso no puedes subirte al ring con incertidumbres. Si dudas, paso atrás. Yo llegué a un momento en mi carrera en que no solo competía, sino que ya empezaba también a entrenar a otros. Y me estaba costando compaginar las dos cosas. Tenía que elegir entre seguir peleando y no poder atender bien a mis alumnos, o retirarme y dedicarme de lleno a entrenar, lo que, a la larga, iba a ser mi forma de vida. Y opté por lo segundo. Aunque estaba en mi mejor momento, lo dejé.

—¿Y ha valido la pena?

—A ver. Nunca me he arrepentido. Creo que hice lo que tenía que hacer y lo hice a conciencia. ¿Se merecían todos mis alumnos que renunciara a mi carrera por ellos? Pues seguramente no, que hay

mucho desagradecido en este deporte nuestro. Pero a mí no me gusta buscar excusas ni culpables, ni sacudirme la responsabilidad por mis decisiones. Esa es la mejor manera de no equivocarse, Cola. Tomar las decisiones a conciencia y asumir las consecuencias. Lo demás es echar balones fuera y eso nunca sirve de nada.

El joven asintió.

79

—Ha muerto Raúl.

Cola había aprendido a encajar todo tipo de golpes. En los años que llevaba peleando sobre la tarima brava había asumido que algunos se pueden esquivar y otros solo pueden encajarse. Pero nada ni nadie lo había preparado para aquel.

—¿Estás ahí?

—Sí, sí, perdona. —Cola estaba aturdido—. Pero no puede ser, si hablé con él hace poco, me dijo que tenía que ir a un servicio a Málaga o algo así.

—Sí. Ha tenido un accidente con el coche camino de allí. Mañana lo traen a Madrid, ya te diré.

Cola dio las gracias a Jesús, un primo de Raúl al que también conocía de toda la vida, y colgó un segundo antes de romper a llorar.

Aquello no tenía ningún sentido.

Raúl tenía su edad. Veintiocho años. Toda la vida por delante. La última vez que habían hablado le había dicho que pensaba casarse pronto. Ahora ya no podría ser. Cola pensó en su abuelo y en lo mucho que le había dolido su muerte. Pero esto era peor. Raúl ni siquiera estaba enfermo. Aquello era injusto. Muy injusto.

Pensó en todas las tardes en la tapia del cementerio. En las horas pasadas imitando las peleas de sus películas favoritas. En cómo aquello lo había ayudado en parte a convertirse en el boxeador que era en aquel momento. En cómo se habían reído al descubrir que los sacos de boxeo no se llenan de arroz, como habían hecho ellos con aquel petate de la mili con el que practicaban, sino con tela. En los domingos en el banco del parque comiendo pipas. En las horas y horas de confidencias.

Y se sintió solo.

Muy solo.

Solo como nunca antes.

Como si se hubiera hecho mayor de golpe.

Como si con Raúl muriera una parte de sí mismo.

Y se prometió que algún día ganaría un título importante.

Para poder dedicárselo.

80

La ocasión llegó mucho antes de lo esperado, la verdad.

Al cabo de pocas semanas, Cola tenía que disputar su primer campeonato de España profesional. La velada se iba a celebrar en el casino de Torrelodones, una de las catedrales del boxeo de Madrid, y el carabanchelero estaba impaciente por subirse al ring para poder dedicar la victoria a su querido amigo. Pero, como de costumbre, la mala suerte tuvo que hacer acto de presencia, y Cola pilló el típico trancazo de finales de noviembre que lo tuvo la semana anterior al combate con picos de fiebre y sin poder tomar apenas nada, para evitar dar positivo en el control antidoping.

—¿Por qué siempre me pasa a mí todo, Fernando? —se había lamentado Cola cuando el entrenador había ido a su casa para llevarle comida y echarle una mano.

—Porque si es fácil no es divertido —le había respondido Fernando revolviéndole el pelo.

Afortunadamente, el día en cuestión Cola despertó lo bastante bien como para subirse al ring. Cierto que no iba a estar al cien por cien físicamente, pero lo compensaría con sus ganas. Vaya que sí.

Después del vendaje, Fernando lo dejó en el vestuario que, teniendo en cuenta que aquello era un casino, era poco más que un almacén medio acondicionado, lleno de mesas y sillas. Allí se había puesto el joven púgil a calentar, y había tenido la feliz ocurrencia de ponerse a hacer sombra con un extintor. Mala idea. El apagafuegos, quizá ofendido por tanto golpe, se dejó caer y aterrizó sobre el dedo gordo del pie izquierdo de Cola. Afortunadamente, el grito que soltó fue amortiguado por el ambiente de afuera. Faltaban cuarenta y cinco minutos y tenía el dedo como un pimiento. Si se enteraba Fernando, no le dejaría subirse, así que se puso un vendaje compresivo, se apretó

bien la bota y confió en que la adrenalina hiciera el resto. Además, Fernando parecía preocupado, seguramente porque la velada era muy importante. No quería preocuparlo más.

El problema era que el dedo le dolía de verdad, así que había pasado sus cuatro primeros asaltos un poco sin pena ni gloria, disimulando su cojera y moviéndose más bien poco. Fernando lo había disculpado al principio por el catarro, pero la cosa pasaba de castaño a oscuro. Si seguía así iba a perder el combate y eso no podía ser. Y menos aquel día. De modo que, en el descanso del cuarto asalto, le empezó a abroncar:

—¿A ti qué cojones te pasa? ¿Es que quieres regalarle el campeonato al chaval? ¿Es lo que quieres? —Fernando estaba frustrado, y la mirada de cordero degollado de Cola lo estaba cabreando aún más—. ¡Enfádate, cojones! ¡Que se nos va! ¿Tú no querías dedicarle la victoria a Raúl? ¡Pues como no muevas el culo, ni victoria ni nada! Mira, Cola, o empiezas a darle candela a esto o me voy de la esquina. No me apetece perder el tiempo.

Cola temía los enfados de Fernando más que a un nublado. Y, además, tenía razón. Tenía que espabilar o lo único que tendría para ofrecerle a la memoria de Raúl era un combate mediocre y un ridículo como una casa.

Saltó al cuadrilátero con fuerzas renovadas. De repente, el dedo del pie ya no dolía, la flojera del catarro había desaparecido y los golpes iban entrando uno detrás del otro. El otro chaval, alicantino para más datos, empezó a perder la paciencia y el norte y, al final, Cola logró darle un *uppercut* preciso en el mentón que lo sentó de culo sin posibilidad de levantarse.

Cuando el árbitro lo proclamó campeón, Cola alzó la vista al cielo y murmuró un «va por ti», pero cuando se volvió en busca de Fernando para darle un abrazo y contarle lo de su dedo, vio que ya no estaba. ¿Acababa de ganar su primer campeonato de España profesional y su entrenador se había ido? Algo grave debía de haber pasado.

81

Fernando había llegado temprano al casino. Antes que Cola. Aquella velada la había organizado Rafa y él había decidido ir a echarle una mano. A comprobar que todo estuviera perfecto. Aquella noche, su chico, su Cola, podía ganar su primer campeonato de España profesional. Y, si pasaba, Fernando quería que todo fuera impecable.

Pero por muchas vueltas que le dé uno a las cosas, la vida a veces tiene otros planes.

En medio de la vorágine, Fernando vio entrar a Gadea. Eso le extrañó. Habían quedado en que acudiría a ver el combate, pero aún faltaban muchas horas para que empezara. Además, su rostro no dejaba lugar a dudas.

—Fernando, tengo que decirte una cosa, ¿podemos salir afuera un momento?

—Claro, pero no me preocupes, ¿ha pasado algo?

Ella asintió brevemente y echó a andar hacia la salida.

Una vez fuera, con algo más de tranquilidad, le cogió de la mano.

—No te pongas nervioso, ¿vale? Pero me ha llamado a casa la mujer de David. Me ha dicho que está en el hospital.

—¿En el hospital?

—Sí. Se ve que esta mañana ha salido a correr y, cuando ha llegado a casa, se ha desplomado. Han llamado a una ambulancia y se lo han llevado.

—¿Un infarto?

—No, creen que no es del corazón. A lo mejor un derrame. Aún no lo saben. Le están haciendo pruebas. Él está inconsciente.

—Tengo que ir al hospital.

—Fernando, no.

Fernando se había dado la vuelta para ir a coger el coche, pero Gadea

no le había soltado la mano.
—Ven.
Él intentó apartarse.
—Fernando. ¿Qué va a pasar con Cola? ¿Lo vas a dejar solo precisamente hoy? David está inconsciente. Ahora mismo da igual que tú estés allí o no. Te voy a decir lo que vamos a hacer. Al hospital me voy yo, ¿de acuerdo? Así, de paso, hago compañía a su esposa. Me llevo el teléfono de aquí y te prometo que si pasa alguna cosa yo llamo y te aviso.
Gadea le apretó la mano y le dio un beso.
—Ah, y otra cosa. Su mujer me ha pedido que no se lo contemos a nadie aún.
Fernando respiró hondo y asintió. Mientras ella se alejaba para subir al coche, camino del hospital, él decidió quedarse un rato afuera y calmarse.
No le cabía en la cabeza que David hubiera tenido un derrame, ni un infarto, ni nada semejante. Aquella semana se habían visto dos veces. El miércoles, como siempre, en La Ley Antigua y el jueves por la noche, porque tocaba cena con Pedro, un periodista deportivo amigo de David, que había acabado siéndolo también de Fernando. Aquellas cenas mensuales, que se hacían en el barrio de quien pagaba, eran otra de esas citas sagradas para Fernando que lo mantenían alejado de los vicios y las malas compañías. El jueves anterior, al despedirse, se habían citado para la velada. David iría a animar a Cola y celebrar con él, llegado el caso, su victoria y Pedro iría como amigo, pero también como profesional, para escribir una pieza al respecto en su diario al día siguiente. Nada hacía augurar que a David le fuera a pasar algo. Nada. Fernando no podía concebir no estar a su lado en el hospital, pero Gadea tenía razón, tampoco podía dejar solo a Cola en aquel momento. Aquel día no. Así que el entrenador pasó el resto del día intentando mantenerse ocupado para no pensar mucho en lo que estaba pasando y esquivando a Pedro, que seguro que se extrañaría de la ausencia de David y él no tenía cuerpo para mentirle.
Antes del combate, Fernando había previsto dar una charla motivacional a Cola, pero en el último momento no se había sentido

capaz. Al final, se había limitado a darle un abrazo y alborotarle el pelo. Luego, a medio combate, y al ver a su chaval a medio gas le había salido toda la rabia contenida y le había pegado la peor bronca de su vida.

Pero había funcionado.

Fernando vio al árbitro levantar el brazo de Cola y decidió que su trabajo allí aquel día ya estaba hecho. Salió corriendo sin despedirse y llegó al hospital saltándose todos los límites de velocidad.

Al llegar, Gadea y la mujer de David le contaron que seguía inconsciente. Se había confirmado el derrame cerebral y solo cabía esperar y confiar.

82

Al día siguiente, Cola se enteró de lo que había pasado y fue corriendo al hospital. Allí, en la sala de espera estaba Fernando que, al verlo, esbozó una sonrisa, aunque su rostro delataba que no había pegado ojo.

—Qué bien que hayas venido, Cola. Así puedo darte el abrazo que no te di ayer... Perdona por abandonarte sobre el ring...

—No me pidas perdón, Fernando —dijo el joven abrazándolo con fuerza—. Ya me lo han contado todo. ¿Cómo está?

—Inconsciente. Hay que tener paciencia. Y confiar.

—No puedo ni imaginar cómo debió de ser quedarte allí sabiendo que David estaba en el hospital. Nunca te lo podré agradecer lo suficiente. Sin ti en mi rincón, yo habría perdido aquel combate. Si no me llegas a pegar aquellos gritos, no habría reaccionado. Si me dejaste solo para cambiarme y calentar y casi me rompo un dedo del pie...

Fernando se soltó y lo miró con los ojos como platos, sin saber si enfadarse o no.

—¿Que casi te qué?

—Se me cayó un extintor encima, da igual, ya te contaré...

Fernando negó con la cabeza y se echó a reír.

—Mira, Cola, si me llegas a decir esto ayer te mato, pero hoy no tengo ganas ni fuerzas. Al final reaccionaste, ganaste y, sobre todo, ganaste bien. Que es lo importante.

—¿Qué quieres decir con lo de ganar bien?

Fernando lo miró. Cola acababa de hacerle una pregunta muy importante. No podía no responder.

—Ay, Cola, mira que hemos hablado tú y yo, y ahora me doy cuenta de que me había dejado casi lo más importante. Porque ganar no es fácil y la victoria, como todo, hay que saber manejarla. De hecho, yo

creo que es casi más importante saber ganar que saber perder, porque un triunfo mal llevado te puede convertir en un prepotente y un soberbio y en el boxeo, si pierdes la humildad, lo pierdes todo. ¿Tú sabías que el boxeo es, quizá, la última reminiscencia de los gladiadores del Imperio romano? Y esa gente no peleaba por dinero, sino por su vida y por la gloria. Un poco como nosotros ahora, que bien sabe Dios que en este país nadie se ha hecho rico peleando. En todo caso, cuando nos subimos al ring es muchas veces para recibir el aplauso de la multitud, por puñetero ego.

Cola asintió. Aunque le daba un poco de vergüenza reconocerlo, él también tenía su ego como luchador y, para qué negarlo, verse sobre el cuadrilátero como aquellos tipos a quienes idolatraba de pequeño era una de las cosas que lo había impulsado a acudir a Fernando en primera instancia.

—Y aunque es verdad que yo muchas veces tuve que pelear por motivos más mundanos, como pagar el recibo de la luz, en realidad boxeaba sobre todo por pura necesidad psicológica. Porque necesitaba un objetivo, un sueño, un faro en la niebla. Séneca dijo que no hay viento bueno si no tienes un puerto a donde ir, y el mío siempre fue el cuadrilátero. Y cuando tienes otros objetivos, lo de ganar es muy relativo. ¿Ganamos cuando nos alza el brazo el árbitro? ¿O cuando sabemos que la victoria es nuestra a pesar de que sea el brazo del otro el que se levante? Porque aunque uno podría pensar que en un deporte con jueces y puntuaciones las cosas son fáciles de discernir, eso no es cierto. En boxeo debemos asumir que no solo suma puntos quien pega más o más fuerte, sino también quien juega en casa o quien tiene el entrenador o el mánager más influyente en la Federación. Y, ojo, que saber esto no implica asumir las injusticias. Yo nunca he podido con ellas, y menos teniendo en cuenta que sobre el ring nos jugamos la vida. Pero al final, para mí, mis quince fracturas de nariz, mis dos roturas de metacarpianos, mi falta de pigmentación alrededor de los ojos y las decenas de puntos de sutura que llevo en el cuerpo son los galones que atesoro. Y, por encima de todos, el no haberle comido el miembro a nadie, que estos lares hay mucho mamabicho, comevergas y amante de las felaciones. Yo tengo poco,

pero lo poco que tengo me lo he ganado con las manos y no con la lengua. Y así es como he adquirido la capacidad de saber cuándo gano y cuándo pierdo.

Cola lo escuchaba atentamente. Nunca había visto a Fernando tan serio ni tan enfadado. Tampoco hablando tan claro. Pensó que era su forma de desfogarse y olvidar un poco dónde estaban y por qué. Aunque era obvio que aquel tema le removía mucho por dentro. Que era importante para él.

—En mi segunda pelea profesional me pusieron a luchar contra un bicharraco que me sacaba por lo menos cinco kilos. Cosas de la época. El tipo me sacaba media cabeza, así que yo intenté acortar distancias desde el primer minuto. La mejor forma de acercarse, ya te lo he explicado alguna vez, es agachando y moviendo la cabeza. Así lo hice, pero cuando ya estaba a corta distancia el otro me sujetó la cabeza con el antebrazo y tiró de ella hacia abajo. Yo intenté levantarla haciendo fuerza, pero él siguió presionando en sentido contrario y conectó un *uppercut* de derecha en mi mentón. Esa treta es ilegal, claro, pero lo hizo tan rápido que el árbitro hizo la estatua. Yo, entre que era el primer asalto, que el golpe llegó en frío y que el tipo tenía mucha puntería, caí como un fardo hacia delante y aterricé en la lona. Hubo una cuenta de protección inmediata y yo me levanté con un mareo digno de la mejor montaña rusa. El bicho volvió a por mí como un loco, pero yo estaba dormido, flotando, completamente anestesiado, así que intenté agarrarme a él como un náufrago a una tabla. Hubo un intercambio de golpes y yo me volví a caer, esta vez solo, pero no hubo cuenta de protección, menos mal. Cuando por fin me estaba recuperando y empezaba a capear el temporal sonó la campana y me salvó. Habíamos sobrevivido a la primera batalla. —Fernando miraba a un punto indefinido de la pared alicatada de aquella sala de espera, sumido en su recuerdo—. El segundo asalto pasó sin pena ni gloria, yo me moví mucho para que no me llegaran los golpes y al final lo perdí justamente. La pelea era a cuatro asaltos, así que no me quedaban muchas posibilidades. Había perdido dos y uno con caída, así que andaba tres puntos por debajo. Para el tercer asalto tocaba tirar de cojones. Había que ponerlos encima de la mesa,

no quedaba otra. Y así fue. Nada más empezar me lie a palos como un poseso y el otro empezó a venirse abajo. Al haberme tirado tan pronto, él pensó que tenía la oportunidad de ganarme antes del límite y lo había dado casi todo en los dos primeros. Pero todo lo que sube baja, y ahora me tocaba subir a mí. Necesitaba un KO. Él empezó a agarrarse a mí como una lapa: cada vez que yo me acercaba a sacar mis golpes él se tiraba encima de mí como los cuñados en Navidad. En el cuarto round él ya no podía ni con la coquilla. Estaba muerto. Le quitaron un punto por agarrarse y yo seguí a muerte para tumbarlo, pero esta vez la campana lo salvó a él. Sonó el final del combate y yo me quedé tristón. Era mi segunda pelea profesional, en el pabellón de Granada, que estaba hasta los topes, y había perdido. Pero cuando nos llamaron al centro y dijeron las puntuaciones resulta que me dieron ganador por unanimidad.

—¡Qué bien, ¿no?!

—Todo el mundo reaccionó como tú ahora mismo, Cola. Se pusieron como locos a aplaudir y a decirme «vaya peleón, Fernando, hay que ver cómo te has levantado y has remontado, eres un campeón...» y yo no hacía más que pensar, no se lo creen ni borrachos. Yo ese día no gané. Podrían haber dado un nulo, que habría sido más justo, porque yo gané el tercero y el cuarto y a él le quitaron un punto, pero ¿ganar yo el combate?, ni en sueños. Y así me lo tomé y así seguí entrenando y aprendiendo de los errores cometidos en aquel combate. Porque yo sabía que había perdido aunque me hubieran levantado la mano. Del mismo modo que habrá veces en que ganarás tú y le levantarán la mano al otro. Y en ambos casos hay que saber asumirlo. Porque así es el boxeo y así es la vida. A menudo merecemos más de lo que recibimos y a menudo hay quien se lleva cosas que no merece. Recuérdalo siempre: la vida te pone en tu lugar y el boxeo un poquito antes.

Fernando revolvió el pelo a Cola y le plantó un beso en la mejilla.

—Gracias por venir, chaval, y por hacerme olvidar por un momento dónde estamos. Nos vemos por el gimnasio, ¿vale?

—Claro. Y avísame cuando despierte, ¿eh?

Fernando asintió.

Durante los dos meses siguientes, el entrenador llamó cada mañana por teléfono a aquella habitación de hospital para que su amigo oyera su voz. Le habían dicho que a veces reaccionaba y él pensó que era la mejor forma de contribuir a su mejora.

Pero David nunca recuperó la consciencia y murió al cabo de dos meses.

La Ley Antigua al completo acudió al entierro para despedir a su amigo y acompañar a Fernando, que quedó desolado por la terrible noticia.

Cola no se apartó de él los meses siguientes. Los dos habían perdido a sus mejores amigos con apenas meses de diferencia y aquella desgracia los unió aún más.

Pedro y Fernando habían mantenido durante todo ese tiempo sus citas mensuales para cenar reservando siempre para tres. Tras la muerte de David, siguieron haciéndolo. Por si acaso.

83

La victoria de Cola en el campeonato de España marcó un antes y un después en su carrera. De repente, pasó de ser una promesa del boxeo a confirmarse como uno de los mejores púgiles del país. Y, también de repente, empezaron a llamar a su puerta un buen puñado de entrenadores, promotores y mánagers con ganas de venir a robar a Fernando y Rafa aquel chico por el que tanto habían trabajado.

A Fernando aquello lo cabreaba. Cuando había empezado a entrenar había tenido que aguantar las críticas de la vieja guardia. Por aquel entonces, lo que se estilaba eran los entrenadores entrados en años con gorra y pitillo colgando del labio. Lo contrario que él, que siempre había intentado mantenerse en forma, dar buena imagen y no fumar en el gimnasio y aún menos durante los combates. Él quería que sus chicos fueran pulcros y educados, por eso predicaba con el ejemplo. Pero los demás entrenadores lo veían casi como una amenaza o, aún peor, se reían de él y de su estilo.

Pero, claro, ahora que había llegado el éxito, ahora que Cola había demostrado su valía, entraba en juego una emoción que Fernando detestaba: la envidia. Porque él tenía muchos vicios y aún más defectos, pero nunca había envidiado a nadie. Y los envidiosos le daban lástima.

—No hay nada más triste ni más patético que enfadarse o sufrir porque a otro le va bien —solía repetir a sus chicos. Y lo decía de verdad. Para él no existía esa tontería de la envidia «sana». La envidia envenena el alma y no aporta nada.

Y ahora todos aquellos envidiosos intentaban convencer a Cola con mentiras y cantos de sirena de que todo le iría mejor con ellos. De que ganaría más dinero y más combates.

Fernando estaba que se subía por las paredes hasta que, un día, Cola

lo llevó al despacho para hablar con él.
—Fernando, tú sabes que yo soy de Carabanchel, ¿no? ¿Y tú sabes lo que dicen en mi barrio? Que cuando alguien critica a uno que no está, es que quiere sacar algo.
El entrenador sonrió.
—Mira, yo no soy un desagradecido. Y tengo memoria. Y soy leal. No me iría de aquí ni por todo el oro del mundo, de eso puedes estar seguro. Yo contigo y con Rafa hasta que me retire. O hasta que os hartéis de mí. —Cola le guiñó el ojo y dio media vuelta para empezar con el entrenamiento.

84

Al principio, Fernando no la reconoció.
Recortada en la puerta del gimnasio y a contraluz, solo vio la silueta de una mujer que sostenía una criatura en brazos.
Pero a medida que empezó a entrar en el local con pasos tímidos, Fernando no tuvo dudas.
—¡¿Miriam?!
Había pasado casi un año y medio desde la última vez que se habían visto.
Ella bajó la cabeza para que su antiguo entrenador no viera que tenía los ojos llenos de lágrimas.
Entre balbuceos, la Reina le dijo que estaba allí para pedirle perdón y porque era consciente de que le debía una explicación. Fernando le dijo que se calmara. Que era todo oídos. Ella entonces le contó que el año anterior a su huida había estado sufriendo malos tratos por parte de su novio. Que la cosa empezó con desprecios, insultos y malas palabras, pero había acabado derivando en agarrones, empujones y, finalmente, palizas. Fue un proceso lento de desgaste que había minado su autoestima y sus fuerzas. Aquel desgraciado había logrado que ella se viera como una inútil, incapaz de hacer nada para defenderse. La idea de que Fernando supiera que ella, una tía fuerte y con recursos, se estuviera dejando avasallar por un tío le daba tanta vergüenza que por eso dejó de ir al gimnasio después de aquel pesaje en que el entrenador había visto las marcas.
—Yo no quería mentirte, Fernando, pero tampoco podía contarte la verdad. Y luego, al poco, me quedé embarazada y aquel malnacido siguió dándome palizas hasta que me mandó al hospital. Me pasé días ingresada sin saber si el bebé sobreviviría y ahí ya abrí los ojos y me dije que nunca más, que a mí vale, pero que a mi hija no le iba a tocar

ni un pelo. Y me fui.

Al final, la niña había nacido sana, a la vista estaba, y ella había recuperado las fuerzas para regresar al barrio y a su vida.

Fernando cogió a la pequeña en brazos y le dijo:

—Anda, Reina, ve a ponerte las vendas, que de aquí no vuelves a salir corriendo.

Miriam dio media vuelta y se fue corriendo al vestuario. Ambos, entrenador y alumna, hicieron lo imposible por evitar que el otro viera que estaban llorando.

85

El regreso de Miriam fue un auténtico regalo para Fernando. La Reina era cumplidora y puntual, jamás faltaba a un entrenamiento, pero por encima de todo era una curranta. En ella nunca había un no. Sudaba la camiseta como nadie. Se esforzaba al máximo y era una perfeccionista. No paraba hasta conseguir que los golpes, las fintas y todos los movimientos le salieran como ella quería. Tenía fuerza, tenía garra y tenía ganas, muchas ganas. Tantas, que Fernando la puso a guantear con Cola en cuanto pudo y sus dos discípulos no tardaron en hacerse amigos.

A veces, el entrenador se apoyaba en la pared a verlos pelear sobre el ring y no podía evitar pensar en cómo había cambiado su vida desde que el carabanchelero lo había abordado aquella noche en la calle. Cuando había estado a punto de partirle la cara por no saber si quería saludarle o robarle la cartera.

Antes de Cola, Fernando era como un náufrago que se aferraba al gimnasio para no hundirse del todo en las negras aguas de la tristeza y la depresión. La llegada a su vida de aquel chaval tímido, callado, impulsivo, violento e inquieto le había ayudado a encontrar las ganas y las fuerzas para intentar salir del hoyo.

No había sido rápido. Ni fácil. Ni inmediato. Pero si echaba la vista atrás sabía que sin Cola nada de todo aquello habría pasado. Que aquel chaval había marcado un antes y un después en su vida. Porque, cuando lo miraba, a menudo se veía a sí mismo. Y cuando le hablaba, sentía que le estaba ahorrando todo el dolor y todas las adversidades que él no había podido esquivar. Porque a él nadie lo había avisado. Nadie lo había cuidado. Y esa sensación de estar rompiendo un ciclo, de estar cambiando una vida, era lo que le daba fuerzas para seguir.

Y ahora además estaba Miriam. Otra vida que había dado un giro.

Otro mar de posibilidades.

Cola, Miriam, Gadea. La tribu.

Ellos eran su esquina.

Por primera vez en mucho, mucho tiempo, Fernando miraba al futuro y le gustaba lo que veía. Ya no tenía que buscar motivos para levantarse por las mañanas. Ahora al abrir los ojos saltaba de la cama con ganas de comerse el mundo. Por él y por ellos.

Porque valía la pena.

86

Cola pensó que, como campeón de España, empezaría a tener muchos combates, pero sucedió todo lo contrario.

Un año en blanco.

La culpa fue de un cúmulo de circunstancias.

Por un lado, Rafa se vio absorbido por su trabajo como empresario y no podía dedicar tanto tiempo a las veladas. Por otro, había muchos rivales que no querían enfrentarse a Cola por lo que pudiera pasar. Y, por si eso fuera poco, la Federación empezó a poner una serie de trabas que complicaban la rentabilidad de las peleas.

Una tormenta perfecta que condenaba al flamante campeón a la inactividad.

Y para alguien como él, eso era peor que un veneno.

Cola seguía yendo a entrenar a la escuela a diario, pero empezaba a dudar. Sobre todo, a dudar de sí mismo, pero también de Rafa, de Fernando, de sus capacidades, de la Federación, de su carrera y del lucero del alba. Su expresión era cada día más triste y su espalda comenzaba a encorvarse. La idea de tirar la toalla definitivamente empezaba a asomar. Hasta Fernando, que como entrenador siempre ejercía de Pepito Grillo y susurraba a sus chicos «un asalto más, un asalto más», se estaba quedando sin argumentos.

—¡Tengo una noticia que os va a encantar!

Rafa había irrumpido en el gimnasio por sorpresa y había pillado a Cola y Fernando guanteando, más para pasar el rato que para otra cosa.

—Me han llamado de la Federación. Resulta que está vacante el campeonato de Europa y que el aspirante oficial quiere disputarlo con Cola, en Italia. Aunque no todo son buenas noticias. Tu contrincante es un tipo experimentado, Cola, más que tú, peleará en casa y,

además, es el hijo del organizador. —Rafa se encogió de hombros—. ¡Nadie dijo que esto fuera a ser fácil!

Cola y Fernando se miraron y el entrenador hizo un gesto a su chico para que decidiera él.

—Pues para Italia, ¿no?

87

Aquel viaje fue una auténtica aventura para Cola.

Su primer trayecto en avión.

Su primera vez fuera de España.

A punto de cumplir los treinta y ahí estaba, como un niño la mañana de Reyes. Fernando se reía al verlo caminar por los pasillos del aeropuerto con los ojos como platos. Como si no pudiera creer que todo aquello estuviera pasando en realidad.

Y es que era precisamente así como se sentía Cola. Porque sí que, muy al principio, había soñado con pelear más allá de las fronteras españolas. Pero después del chasco de lo de México había ido dejando de pensar en ello. Y, cuando menos lo esperaba, ¡pam! Ahí estaban. Los tres mosqueteros en Italia. Su destino, Montesilvano, un pueblo a orillas del Adriático, con tintes de película clásica. Cola se tenía que pellizcar constantemente para confirmar que nada de aquello era un sueño.

Una vez instalados, el día antes del combate, Fernando habló con él.

—Mañana es el gran día, chaval. Sabes que lo tienes todo en contra. Hemos venido a su pueblo, a su barrio. Y hemos venido a ganar. No va a ser fácil, pero mañana quiero verte agarrar esta oportunidad con las dos manos, apretar los dientes y tirar para adelante. Sé que puedes hacerlo.

Cola asintió.

—Y recuerda todo lo que hemos entrenado este último año. Aguanta los primeros tres asaltos y lánzate en el cuarto. Deja que se canse y luego ataca. Como hemos practicado.

Cola volvió a asentir.

Era lo que les había dicho Narcleiro, un preparador físico argentino, medio loco, calvo, fuerte, exigente y perseverante al que Fernando

había recurrido para intentar afinar al máximo el cuerpo de Cola para aquel combate. El tipo venía muy recomendado y, después de estudios y análisis, había entrado un día por la puerta con una sentencia:
—¡Fernando, boludo! Los datos dicen que para pelear doce asaltos, el pibe no puede subir de pulsaciones durante los tres primeros rounds.
—Pero, vamos a ver, señor Narcleiro, cómo no se va a pasar Cola de revoluciones si vamos a pelear en casa del otro y con su público. El italiano va a salir como un miura, a arrancarle la cabeza a la primera de cambio.
—Pues vos sabrás, que sos el entrenador. Yo lo que digo es que si se acelera al principio, se muere pronto, pero si aguanta, a partir del cuarto será incansable.
Fernando asintió poco convencido. En el Noble Arte la cosa es sencilla: o pegas o te pegan. Y si pegas te suben las pulsaciones.
Además, aunque Cola era más viejo, más sabio y más paciente que al principio, seguía siendo un tipo con TDAH. Impulsivo. Con tendencia al descontrol, aunque fuera algo en lo que llevaban años trabajando. Y, cuando se ponía nervioso, se aceleraba. Mucho.
Fernando sabía que el argentino tenía razón en su diagnóstico y que debían obedecerlo, pero ¿cómo? ¿Cómo lograr que Cola no devolviera los golpes? ¿Cómo contener sus instintos?
—Mira, Cola. Un marinero no demuestra su serenidad cuando el mar está en calma, sino cuando hay tormenta. ¿Qué merito tiene mantener la calma cuando no hay nada que te esté poniendo nervioso?
—Ya lo sé, Fernando, pero tú me conoces. Tú sabes que soy un trastornado. Puedo aguantar un poco, pero al final perderé los nervios. Lo sabes tan bien como yo.
—No. No lo harás. Lo que tienes que hacer es concentrarte en otra cosa. Lo primero, en lugar de mirar los guantes de tu rival, quiero que mires sus hombros para adelantarte a sus golpes y bloquearlos. Lo segundo, quiero que cantes.
—¿Que cante?
—No en voz alta, pero sí en tu cabeza. ¿Cómo se llama esa canción que te gusta tanto y que me haces poner todo el rato en el gimnasio? La del quieto parao…

—«Corazón de mimbre», de Marea.

—Esa. Pues tú me la vas cantando y mientras suene, prohibido lanzarte. ¿Oído?

88

Tal y como había vaticinado Fernando, el combate empezó duro. El italiano jugaba en casa y había salido a ganar. El ruido en aquella sala era ensordecedor. Tres mil italianos rugiendo desaforados y celebrando cada golpe del púgil local.

Cola, por su parte, capeaba el temporal con un buen surtido de esquivas y desplazamientos. Sus movimientos eran gráciles, rápidos, pero su rostro mostraba una tranquilidad absoluta, como si estuviera en otro plano.

«Quieto parao, no te arrimes, ya son demasiados abriles para tu amanecer desbocao, mejor que me olvides.»

El italiano seguía lanzando palos como si no hubiera un mañana, pero Cola se limitaba a alzar las manos para que no lo decapitara y a meterle algún golpe al hígado para frenar su ímpetu.

«Yo me quedo aquí a tender mi pena al sol, en la cuerda de tender desolación.»

Cola estaba concentrado. Bailando a su ritmo. Como aquella primera vez en el gimnasio con Fernando. La primera vez que había encontrado la paz sobre un ring, hacía una década. Su corazón latía lento, acompasado. Como había pedido Narcleiro.

—Tranquilo, tranquilo —musitaba Fernando entre dientes sin apartar la vista del cuadrilátero.

Rafa, en primera fila, se desgañitaba intentando contrarrestar, sin éxito, los gritos de los italianos.

«Luego empezaré a coser te quieros en un papel...»

Pero Cola solo oía su música. Y allí, en ese lugar privado dentro de su cabeza, se sintió fuerte, seguro, en paz.

Y así pasó el primer asalto.

Y el segundo.

Y el tercero.

Y cuando empezó el cuarto…

—¡Vamos, Cola! ¡Tira, tira, tira! —Fernando, desde su esquina, dio inicio a la segunda parte del combate.

Y vaya si tiró.

El italiano, que a esas alturas pensaba que el combate era suyo, se encontró de frente con un Cola nuevo, convertido en un demonio incansable que repartía a derecha e izquierda como si le cambiaran las pilas tras cada asalto.

¡Qué festival!

¡Qué exhibición!

Rafa desde la primera fila iba gritando a quien quisiera oírle:

—¡Ese es mi chico! ¡Mi chico!

Fernando, desde la esquina, solo repetía:

—¡Bien, Cola! ¡Vamos, Cola! ¡Así se hace!

Y Cola bailaba, esta vez a ritmo de heavy metal. Totalmente conectado consigo mismo y con el Noble Arte, el mejor combate de su vida.

Dos veces cayó al suelo el italiano y dos veces se levantó.

Las primeras filas empezaron a alborotarse y a amenazar con romper las sillas sobre la cabeza del español.

El púgil local acabó el combate sin hincar rodilla de puro milagro, mientras que Cola casi se sorprendió al oír la campana final. Tenía la sensación de que podría haber seguido entre las dieciséis cuerdas unos cuantos asaltos más.

Diez minutos tardaron los jueces en dar su veredicto.

Victoria para el italiano.

89

Las tres mil personas que hacía un momento querían matar a Cola se pusieron a silbar y a gritar improperios contra los jueces y su compatriota. El robo había sido tan flagrante, tan desvergonzado, que la hinchada se había vuelto en contra de su púgil.

El flamante campeón no tenía fuerzas ni para mirar a Cola. Solo quería salir de allí.

Fernando estaba rojo de ira. Nada más ver el gesto del árbitro había arrojado los guantes con muy malas formas contra el ring y había soltado una ristra de improperios y blasfemias que habría avergonzado al mismísimo Satanás. Estaba a punto de ir a partirle la cara al árbitro cuando Rafa subió de un salto al ring y lo había agarrado de un brazo.

—Vamos, vamos, Fer, no vale la pena, vamos. Ven. —Rafa tiraba de él para llevárselo de allí. Los aficionados amenazaban con invadir el ring y la seguridad les estaba haciendo señas de que debían ir a los vestuarios.

Cola, en cambio, sonreía.

De pie en el centro del cuadrilátero, miraba a su alrededor como si todo aquello fuera nuevo para él. Como si no acabaran de arrebatarle la victoria de la peor manera posible. Tranquilo, sereno, casi divertido.

—¡Vamos, Cola, por aquí! —Rafa lo llamaba desde la esquina mientras tiraba de Fernando, que estaba fuera de sí.

Cola se acercó tranquilamente y, antes de bajar, alzó un segundo la vista al cielo.

90

Los de seguridad los habían escoltado al vestuario como si fueran los Rolling Stones y se habían quedado en la puerta a custodiarla. Afuera, una horda de italianos gritaba el nombre de Cola y pugnaba por entrar para conseguir una foto con el ganador moral del combate.

Dentro, en cambio, el panorama era muy distinto.

Cola se había sentado en el banco y había alargado el brazo para que Fernando le cortara las vendas, como siempre. Pero su entrenador era incapaz de hacer nada. Sentado en el suelo, con la espalda apoyada en la pared y la cabeza cubierta por una toalla sucia, lloraba desconsoladamente.

Cola y Rafa se miraron preocupados.

Ninguno de los dos había visto nunca así a su amigo.

No sabían qué hacer.

Por fin, el alumno se levantó y se acercó donde estaba el maestro. Apoyó la espalda en la pared y, poco a poco, se deslizó por ella hasta quedar sentado al lado de Fernando, que seguía negándose a mostrar el rostro.

Cola le pasó el brazo por encima de los hombros y apoyó su cráneo recién rapado sobre la toalla que escondía los rizos negros del otro.

—Ya está. Ya pasó. No podemos hacer nada —susurró Cola.

—Esto es una puta mierda —empezó a decir Fernando entre sollozos —. Tú no te mereces esto, joder. No te lo mereces. Has trabajado mucho para llegar hasta aquí. Tú has ganado esa pelea. ¡Si lo ha visto todo el mundo!

—Sí, ya lo sé. La he ganado mucho antes de que acabara. La he ganado en el tercer asalto.

—¿Pero qué dices? —Cola lo había intrigado lo suficiente como para arrancarse la toalla de la cabeza y mirarlo por primera vez desde que

habían entrado al vestuario.

—Pues eso. Que yo hoy no venía aquí a ganar al Lorenzo ese. Bueno, sí. Pero lo que yo quería era ganarme a mí. Pelear conmigo, con mis demonios, y ganarles de una puñetera vez. Y lo he hecho, ¿no lo entiendes, Fernando? Lo he hecho.

—A ver si encima el italiano ese de los cojones te ha dado en la cabeza y te ha dejado gilipollas… —Fernando estaba demasiado obcecado para ver lo evidente.

—Fernando, joder, deja ya de llorar, ¿me oyes? —Cola no había hablado nunca así a su entrenador—. Todo lo que he hecho. Todo lo que he luchado. Todo lo que me ha pasado era para llegar hasta aquí. Para subirme a ese ring contigo en mi esquina y ser capaz de bailar con mi miedo, con mis demonios, con mis impulsos. Ser capaz de controlarlos. De decidir yo. De hacer las cosas a conciencia y no porque no me queda otra. De mirarme al espejo y asumir quién soy y cómo soy.

Fernando lo miraba con lágrimas resbalando por sus mejillas. Sus ojos verdes clavados en los azules de su pupilo. Mudo por primera vez.

—Escúchame, Fernando, porque todo esto me lo has enseñado tú. Tenías razón en todo lo que me dijiste aquel día en la sala de espera del hospital —siguió Cola—. Yo hoy antes de subir al ring no sabía si era boxeador o solo seguía siendo un peleador, como cuando crucé por primera vez la puerta de tu gimnasio. Y sí, ya sé que esta no era mi primera pelea. Pero hasta hoy yo siempre me había sentido un impostor. Un tipo que se había colado en una fiesta a la que nadie lo había invitado. Pero cuando ha empezado el cuarto asalto he sabido que sí. Ya no me han quedado dudas. He sido capaz de decidir qué hacer y cómo hacerlo. De aguantar los golpes y mantener la calma. De controlar mi cuerpo y mi mente. Yo. ¿Tú entiendes lo que significa eso? Claro que lo entiendes. Tú también eres un trastornado. Tú también has sido boxeador. Sabes lo que se siente. Yo lo he sentido hoy. ¿Sabes? Cuando mi abuelo Gabriel me llevó con cinco años a ver mi primer combate de boxeo en vivo, me pregunté qué debían de sentir esos dos gladiadores en el ring. Hoy por fin lo sé. Y sé que todo ha valido la pena. Y que ha sido gracias a ti. No llores porque los

jueces hayan dicho que he perdido. Llora, si quieres, de alegría por mí. Porque me has salvado la vida. Porque me has hecho feliz. Porque jamás pensé que esto fuera posible.

Fernando se puso de pie poco a poco, cogió de la mano a Cola para que hiciera lo mismo y lo abrazó como nunca había abrazado a nadie mientras, por una vez, era su alumno quien le alborotaba el pelo.

Rafa se acercó a ellos y solo susurró:

—Bueno, ¿qué? ¿Le cortas ya las vendas al pobre chaval o qué?

Y las lágrimas se convirtieron en carcajadas.

Agradecimientos

Es de bien nacido ser agradecido.

No hay nada más educado que saber dar las gracias:

A mi motor, a mi gasolina, sin ella nada sería igual, nunca hubo una Gadea tan guapa. Fernando no habría sido nada sin ella y yo no sería nadie sin Paula.

A ellos, los que me salvaron la vida, los que me pusieron en mi lugar, mis hijos; Azahara, Iván, Gabi y Román, os amo.

Todo el mundo necesita una esquina y yo he tenido en este libro a la mejor, Sergi y Gema. Sin vosotros y toda la gente de Temas de Hoy (Grupo Planeta) esto habría sido imposible.

A Juan Bastos, si no me hubiera martilleado los oídos con lo de escribir mientras nos dábamos de hostias, no lo habría hecho.

A Pedro Simón, por dejarme novelar su prólogo.

A mis alumnos, pues Cola tiene un poco de todos.

A mis compañeros de profesión, esos pequeños entrenadores de boxeo que nos dejamos la vida entre cuatro paredes forradas de pósteres, Fernando tiene un poco de todos.

A Roberto Leal, por ayudarme en lo que le pida, le pides la mano y te da el cuerpo entero.

A Rafa Salama, por ser mi hermano mayor y estar siempre ahí.

A Tomas, Alex y Brian, por castigarlos con mi ausencia y hacerlos currar de más, los planetas metidos en garajes no se cuidan solos.

Y gracias a los que no están, a los que se fueron, a los que emprendieron el último vuelo, a los que me ven desde el tercer anfiteatro del cielo, porque ellos me siguen inspirando.

Cola de lagartija
Jero García

Edición a cargo de Gema Moraleda

temas de hoy, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com
Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
Fotografías de la cubierta: © Eric Fowke / Getty Images
Fotografía del autor: © Jesús Ugalde
Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2023
ISBN: 978-84-19812-14-8 (epub)
Conversión a libro electrónico: Realización Planeta